





EL ACTUAL ESTADO DEL MALESTAR
✦ **LA CRISIS COMO METÁFORA DEL CAPITAL** ✦
(2009-2013)

ETCÉTERA



Editorial Klinamen

Primera edición: Mayo de 2014

Autor: Etcétera

Edición a cargo de: **Editorial Klinamen:**

www.editorialklinamen.org

editorialklinamen@gmail.com

Coste de producción por ejemplar: 1,50 €

Impreso en Gráficas de diego

- Invitamos a la reproducción total o parcial del presente texto para su debate o difusión no comercial.

EDITORIAL KLINAMEN

Nuestra forma de funcionamiento es horizontal, siendo la asamblea el camino que hemos elegido para sacar este proyecto adelante.

Experiencias ajenas nos han demostrado que no es posible conjugar el proyecto político y la remuneración económica: algo difícilmente puede ser negocio e instrumento de lucha a la vez. Por eso este no es un proyecto editorial comercial, sino autónomo y libertario. Cada euro conseguido es reinvertido en una nueva propuesta de edición o en apoyar otras luchas revolucionarias.

Entre nuestros objetivos están:

- Facilitar el acceso a nuestros libros con una política de precios que esté al alcance de cualquier persona que desee adquirir algunas de nuestras publicaciones. Salvo las excepciones indicadas, el precio de los libros siempre triplica el precio de producción.
- Recuperar la memoria histórica: rehacer los eslabones con nuestro pasado más cercano para aprender de los errores y aciertos de los procesos revolucionarios de los que nos sentimos herederos, y en los que muchos se han quedado en el camino.
- Intentar dar voz a mucha gente anónima que lucha a diario en diferentes lugares del mundo por la liquidación social y por lo que les pertenece: su vida en libertad.
- Dar a conocer diferentes análisis entre los movimientos revolucionarios: análisis que nos permitan golpear más fuerte y defendernos de quien desee quitarnos las fuerzas para seguir.
- Generar un pensamiento crítico abriendo la cota fuera de nuestras fronteras ideológicas, trataremos de lanzar un mensaje anticapitalista dentro y fuera del círculo de “l@s convencid@s”.



ÍNDICE

Prólogo.....	9
Algunas consideraciones para analizar la actual crisis llamada «financiera»	13
Algunas sugerencias a propósito de la crisis.....	29
Crisis del capital, crisis del trabajo	35
Lo real de la crisis: consideraciones y reacciones.....	45
La crisis y su enigma	45
Lo real de la crisis.....	47
Los movimientos del capital.....	48
Más allá de los media	51
El estado del malestar en España	55
El paro juvenil	55
Despilfarro y corrupción.....	65
Continuando con el actual estado del malestar... ..	75
La sociedad del cemento, el ladrillo, las finanzas y los políticos.....	75
Resistencias: recuperar espacios	81

Algunos datos.....	83
1) El proceso especulativo inmobiliario.....	83
2) Paro y salarios.....	85
3) Pobreza y precariedad.....	89
4) Dinero.....	90
5) Banco malo, banco tóxico.....	93
6) Ética y economía.....	94
La ilusión del bienestar.....	95
Apreciaciones frente al Estado del bienestar.....	95
Del bienestar al malestar, o ni una cosa ni la otra.....	104
La política del malestar y el bienestar de la economía..	108
Sobre el malestar del bienestar.....	112
La crisis, metáfora del capital.....	117

PRÓLOGO

A cargo de la Editorial Klinamen

Frente a los análisis difundidos por los especialistas adscritos a la Economía política, esta recopilación de textos sobre la crisis publicados entre 2009 y 2013 en la revista *Etcétera. Correspondencia de la guerra social*, no se pierde en terminologías pretenciosas, ni se expresa en el enrevesado léxico dominante para buscar la explicación por el placer de la explicación misma.

Al contrario, los trabajos del Grupo Etcétera que incluimos en esta edición son desmitificadores en la medida en que despejan los tecnicismos y su parafernalia, para hacer frente a los tópicos, los argumentos manidos de columna barata y los lugares comunes que existen en torno a la actual crisis del capital y su conceptualización.

No nos enfrentamos a una coyuntura financiera, la denominada *crisis financiera* es tan solo la manera en que se aparece una crisis mucho más profunda, que tiene que ver en el fondo con las condiciones en las que se ve sumido Occidente tras la proyección exterior del capital productivo durante los años 80, como forma de hacer frente a la caída de la tasa de beneficio en las economías capitalistas avanzadas durante los 70, aumentando la tasa de explotación hacia la periferia (*Tercer Mundo*) e intensificándola en el interior, mediante la precarización de la fuerza de trabajo: aumento de la tasa de explotación, pérdida de derechos laborales, desaparición progresiva del salario indirecto... Se trata de la crisis de un modelo de organización internacional de la producción y del trabajo.

En gran medida, el proceso de financiarización es consecuencia de la caída del beneficio del capital productivo en los países que, durante el siglo XX, estuvieron a la cabeza del mercado internacional.

Como los propios autores aseveran, esta no es una crisis financiera; es una crisis sistémica. Y puesto que el capitalismo es una relación social basada en la producción y el intercambio de mercancías, la crisis no pertenece tan solo a la esfera de la economía; tiene una fuerte dimensión social y ecológica que cristaliza en las largas colas en las oficinas del INEM, o en el suelo vibrante y resquebrajado de la campaña inglesa, objeto del *fracking*¹ en esta Europa histórica por alcanzar nuevos métodos, por muy invasivos y destructivos que sean, para la extracción de combustibles fósiles.

El propio grupo ya realizó esta misma compilación de sus trabajos en torno a la crisis, publicados a lo largo de estos últimos cuatro años en siete números de su revista, en formato libelo; nosotros hemos decidido contribuir a la difusión de su labor, reeditándolos en un libro e incluyendo, transcrita, la ponencia que realizaron en el XI Encuentro del Libro Anarquista de Madrid, en diciembre de 2013.

Además de la importancia de estos textos como arsenal político, existe un valor añadido: sus autores no son un círculo académico más de intelectuales renombrados; el Grupo Etcétera nace a mediados de los años 70, en el escenario de una Transición instaurada a golpe de gatillo y porra, marcada por la movilización proletaria, fundamentalmente en los núcleos urbanos que habían sido, durante la anterior década, orgullo del crecimiento productivo y el desarrollismo del llamado *Milagro Español*.

1. Anglicismo utilizado para referirse a la técnica de extracción de gas no convencional consistente en la fracturación de la roca madre (pizarras y esquistos) utilizando una técnica de perforación mixta: en primer lugar se perfora hasta 5.000 metros en vertical y después de 2 a 5 kilómetros en horizontal. En ese momento se inyecta agua con arena (98 %) y una serie de aditivos químicos (2 %) a gran presión, haciendo que la roca se fracture, liberando el gas que asciende a la superficie a través del pozo. No son pocos los geólogos y geofísicos que relacionan directamente esta práctica con el aumento de la actividad sísmica.

El núcleo originario del grupo, que surge del ámbito de la autonomía obrera vinculada tanto a fábricas como a barrios, proviene especialmente de las Plataformas de Trabajadores Anticapitalistas de Barcelona, el sector más radicalizado de las Comisiones Obreras de la época, y genera un espacio para la difusión editorial y la traducción de textos que se engloban en la colección *Crítica de la política: Sobre la servidumbre voluntaria*, de La Boétie, *Código de la comunidad*, de Th. Dezamy o *Glosas críticas marginales al artículo: "El rey de Prusia y la reforma social. Por un prusiano"*, de Karl Marx.

En 1983 se incorporan al grupo nuevos componentes que formarán parte de los grupos de discusión que ese mismo año darán a luz el primer boletín, expresión de los debates en curso en el seno del grupo, que buscan profundizar en los cambios del modo de producción capitalista y de las luchas antagonistas que surgen en su interior.

Así, como una manera de comunicar los avatares de la lucha de clases, surge la revista *Etcétera. Correspondencia de la guerra social*.

Sin duda la crisis se ha visto agravada en estos últimos años, pero el capitalismo es una concatenación permanente de crisis cíclicas: desde ese prisma, esta crisis puede analizarse al mismo tiempo como un modo de funcionamiento ordinario del capitalismo y como una reorganización de su propia manera de existir.

Y es que este juego macabro incluye su propia contradicción... Precisamente, es en esa grieta en la que los proletarios podemos incidir.

"Los levantamientos insurreccionales son tan viejos en España como el poderío de favoritos cortesanos contra los cuales han sido, de costumbre, dirigidos".

La España revolucionaria (1854), Karl Marx.



Algunas consideraciones para analizar la actual crisis llamada «financiera»

1. «¿Qué quieren de nosotros?». Es quizás una buena pregunta cuando todos los media acuerdan aturdirnos y abrumarnos con insistencia sobre un peligro inminente, sobre una realidad envolvente. En el caso actual, también es una buena pregunta que hacernos dado el ruido mediático sobre la crisis que venimos soportando

Antes de entrar a valorar el alcance de tal crisis, vemos, de momento, las ventajas que el capital saca con este choque informativo-propagandístico (la información ha pasado a ser directamente propaganda) que expande la sensación de crisis. Esta primera sensación recurrente sirve ya para reducir plantillas con menor resistencia obrera; para dejar de pedir aumentos salariales; para aceptar con mayor resignación nuevos recortes en los salarios, más precariedad en las relaciones laborales, en la cesta de la compra, etc. En definitiva, una mayor aceptación (resignación) del incremento de la explotación y de la represión. En efecto, la represión selectiva se acentúa una vez conseguida esta aceptación vía propaganda. Aceptación que nos lleva a contemplar resignadamente la gran estafa por la que los diversos Estados del capital reparten, entre esta minoría capitalista, una gran parte del monto del dinero extraído a la mayoría mediante los impuestos.

Los medios de comunicación, al privilegiar el lado espectacular y excepcional de la noticia, al insistir sobre el mal funcionamiento de los gestores del capital financiero, al cargar sobre la corrupción y los corruptos especuladores, dan por justo el mismo sistema que esto produce y solo se condena su desvío corrupto y especulativo, y se propone como esfuerzo común la vuelta al capital productivo basado en el mérito, en el trabajo bien hecho, en la ética de un capitalismo humano. Pero no es la excepción sino la regla; no es su

anormal extravagancia sino su normal comportamiento lo que produce épocas de endurecimiento de la sujeción y la explotación, lo que generaliza la miseria. Es la manera de producir las mercancías mediante la fuerza de trabajo tratada como otra mercancía, que puede comprarse según su valor de cambio y utilizarse según su valor de uso, donde está el secreto a veces de la acumulación capitalista. No hace falta, después de 150 años de escrito *El Capital*, volver a lo que deberían ser banalidades de base: el fetichismo de la mercancía, la búsqueda del máximo beneficio, el valor de cambio de las mercancías, único valor que contempla el capital.

Aumentar la resignación y el consenso y dar por insuperable el sistema capitalista en su buen funcionamiento, e involucrarnos en ello, son, pues, dos objetivos (conseguidos momentáneamente) de la propaganda. En efecto, la propaganda no consiste tanto en difundir unas ideas y hacernos comulgar con ellas, sino en promover una praxis determinada, una *ortopraxis*, como explica Jacques Ellul en su libro *Propagandes*. Este logro propagandístico funciona bien para el orden capitalista hasta que la crisis se hace real, cuando aumenta la inactividad y, como consecuencia, el desempleo, y disminuye el poder adquisitivo y, por tanto, el consumo. El capital no puede entonces realizar el valor, no puede maximizar la tasa de beneficio.

Esta situación es insostenible para los capitalistas y suele derivar en conflictos y guerras. Entre los currantes, se abre en cambio una oportunidad para pensar el presente y la realidad futura en este sistema capitalista, para ver si nos interesa continuar por este camino de la producción de mercancías, del trabajo y del dinero, dinero que siempre es poco, siempre falta porque esta es precisamente su esencia.

No se trata de reelaborar un discurso maximalista y tremendista sobre la crisis final del capitalismo, ni de una llamada al militantismo, cuyo error vanguardista conocemos.

Simplemente se debe aprovechar el momento crítico (o así percibido) para alargar la discusión sobre la situación a la que nos lleva el modo de vida capitalista; continuar la crítica de este modo de producción; profundizar en la crítica al progreso y al desarrollo técnico, empalmando con las raíces del primer movimiento obrero *luddita* y sindicalista revolucionario. Sumarse a las múltiples acciones teóricas y prácticas que se llevan a cabo en este sentido anticapitalista: decrecimiento, resistencia a la lógica sindical y empresarial, resistencia a la pauperización, ocupaciones de espacios y edificios, etc. Dar a conocer lo que los medios callan: formas de lucha fuera del corsé sindical, fuera de la razón económica. No sumarse a las falacias de los que claman por una vuelta a la economía real, al capitalismo productivo, reforzando el papel del Estado, sino abundar en la crítica de un sistema en crisis, causa de la crisis social de hoy, insistiendo en que no es el mal funcionamiento de la economía lo que produce la crisis sino la economía misma.

2. También, antes de entrar a valorar la situación actual, describiendo lo que está sucediendo, llámese o no crisis, necesitamos precisar que esta palabra recubre varias realidades según desde dónde se mire: crisis energética, crisis ecológica, crisis financiera, crisis sistémica, crisis de un modelo de civilización... Para el capital, en cambio, crisis siempre es crisis de acumulación de beneficios: no poder realizar la plusvalía obtenida en el proceso productivo. Algo que, para Marx, es inherente al modo de producción capitalista y reviene de forma cíclica.

A lo largo de la historia, el capital se ha enfrentado a diferentes periodos de crisis, generados por su propia dinámica, que lo han obligado a implantar nuevas formas de producción, así como de control y gestión social.

A la crisis de valorización de mediados del siglo XIX, el capital hace frente con una nueva organización del trabajo (OCT²), con nuevas fuentes de energía (electricidad, petróleo...) y con el desarrollo de la ciencia. Se busca la máxima producción, el máximo rendimiento de la mano de obra. Crecen las industrias, se extiende la cadena de montaje, se produce la aglomeración obrera en la fábrica. Es el tiempo del obrero-masa y de la centralidad de la fábrica, lo que conocemos como taylorismo y fordismo.

La crisis de los años 30 del siglo XX fue una crisis de sobreproducción. La capacidad productiva superaba con creces la demanda. Este desequilibrio se corrigió primero con la reconstrucción tras la destrucción provocada por la Segunda Guerra mundial y las posteriores de Corea y Vietnam, y después mediante el impulso de una producción para el consumo público inducida por el propio Estado, con políticas para incentivar la demanda (aumento del gasto público y del empleo público), lo que denominamos keynesianismo, *New Deal*. Se impone la sociedad de consumo y de desarrollo del sector terciario: los servicios.

La crisis de los años 70 fue una crisis de rentabilidad. La organización productiva era demasiado rígida en las sociedades modernas y el capital necesitaba una mayor flexibilidad en el uso de la mano obra y en los mercados. Se impuso una nueva organización del trabajo, el *Just in Time*, que llevó consigo la deslocalización productiva y la dispersión y fragmentación obrera. Lo que conocemos como fordismo disperso o toyotismo.

En los años 80 y 90, a pesar de la gran transformación experimentada por el mundo del trabajo y del mercado, la rentabilidad sigue siendo débil y los capitales tienden a ale-

2. La organización científica del trabajo, o «taylorismo», fue un sistema de organización racional del trabajo, elaborado por el estadounidense Frederick Winslow Taylor, cuyo fin era aumentar la productividad y reducir el control del obrero sobre los tiempos de producción.

jarse de la esfera productiva para concentrarse en productos financieros especulativos; también se desplazan del sector terciario (servicios) hacia el sector financiero.

La necesidad de aceleración del proceso de rentabilidad del capital impone la extensión del crédito como único modo de obtener liquidez para las operaciones mercantiles. Empresarios y trabajadores se endeudan con la esperanza de que el crecimiento económico sea constante y les permita hacer frente a sus compromisos, así como obtener los ansiados beneficios. Es el gran momento de la banca y de sus empresas financieras que no paran de inventar y consentir operaciones y productos especulativos que se extienden por toda la trama económica mundial.

Así llegamos a la situación actual, a una crisis que se define como financiera y que se basa en la constatación de que el capital financiero en circulación está lejos de tener el valor que representa. A pesar de los esfuerzos para seguir manteniendo la ficción, esta realidad estalla por los puntos más débiles del sistema: por los impagos. Las necesidades de liquidez provocan el cierre del crédito y así se paraliza todo. Sin el crédito –anticipo del beneficio y que por tanto necesita de un futuro– no funciona la producción. Además, el crédito, que ha devenido un objeto de especulación como cualquier otra mercancía y es muy útil para superar la barrera al crecimiento que tenía el capital especulativo, se ha convertido en deuda.

A todo ello, como medida de urgencia, los Estados nacionales inyectan liquidez a los grupos financieros (siempre insuficiente), a los propios grupos causantes de la deriva y que se han venido beneficiando hasta ahora de un espacio sin ningún control para sus operaciones de alta rentabilidad.

La congelación del crédito retrae la inversión, lo cual deriva en una disminución de la actividad económica y en la

caída de la producción, con el consiguiente aumento masivo del desempleo y la intensificación de la competencia entre capitales. Se entra en un claro período de recesión.

Todo esto aquí en España tiene su concreción en la explosión de la burbuja inmobiliaria, la principal actividad económica de estos últimos años, el parón de la construcción y las industrias relacionadas. Lo que conduce a un gran aumento del paro, la consiguiente disminución del consumo y el cierre de empresas y negocios. Además, la pérdida de capacidad adquisitiva entre los trabajadores afectará al turismo masivo, la otra industria importante en España, perturbada por los propios cambios que se producen en el sector. Desaparece el espejismo de la España moderna, altamente competitiva y en línea con el desarrollo de los principales países europeos.

La crisis en España tiene su razón en la conjunción de la crisis financiera mundial con el desplome de la industria de la construcción, que ha sido el motor de la economía en este país durante los últimos diez años. El sector del ladrillo tenía a principios de 2008 un peso del 17,9 % en el PIB y daba empleo al 13 % de la población activa, o el 34 % del PIB si se tiene en cuenta su influencia directa en otros sectores. La especulación inmobiliaria ha sido la causa del hundimiento del sector, que es concomitante, desde mediados de 2007, con la crisis hipotecaria estadounidense que ha afectado en España al tener más dificultades para conseguir liquidez, lo que se traduce en menos préstamos a empresas y hogares.

En España, además, ha pesado la inflación, superior a la de Europa, pues se ha dado también un fuerte incremento de precios de las materias primas que, a su vez, ha representado un aumento significativo de los precios de los productos de alimentación.

Para nosotros, la crisis financiera no está en el origen de la crisis económica sino que traduce la crisis de un sistema

basado en la producción de mercancías (o servicios) de las que solo interesa su valor de cambio, siendo la fuerza de trabajo también una mercancía. Es un sistema basado en la explotación de esta fuerza de trabajo, así como de la naturaleza. Restablecer la tasa de beneficio ha pasado siempre por aumentar la explotación del trabajo, la expropiación de la naturaleza y el desarrollo de los mercados. Para ello se han ido imponiendo diferentes modelos de gestión del territorio y de las personas. El control de los mercados, las materias primas y la fuerza de trabajo ha sido estratégico para el desarrollo del capital. El mundo debía ir incorporándose a la máquina capitalista ordenadamente para poder garantizar el crecimiento continuo de los beneficios. Las guerras y la miserabilización de grandes zonas han servido para ello.

También han servido las políticas sociales que benefician a los trabajadores excedentes del primer mundo manteniéndolos como consumidores y modelo referencial del bienestar de las sociedades capitalistas.

Los capitalistas lo prueban todo en su carrera por la obtención del máximo beneficio; hacen alianzas o compiten, crean o destruyen riqueza, instalan o cierran empresas. Las estrategias pueden ser variadas pero el fin siempre es el mismo: hacer rentables las operaciones, ya sean productivas, de servicios, mercantiles o especulativas. Sin embargo, esta carrera tiene un gran obstáculo que salvar: la contradicción que representa que las fuerzas productivas (los trabajadores) sean, a la vez, los destinatarios de lo producido (los consumidores), en un mundo cada vez más interrelacionado. Así, por esta incapacidad de consumo de la fuerza de trabajo que ve depreciarse continuamente su salario (su valor), se ha llegado a un momento caracterizado por la sobreproducción y la sobreacumulación de capital. Se ha llegado al único sitio al que se podía llegar.

Además, una de las características de la moderna economía capitalista es el complejo entramado económico

financiero mundial que hace que los diferentes *lobbies* nacionales e internacionales compitan entre ellos a la vez que comparten intereses. La caída de unos puede representar un descalabro económico para los demás a la vez que una oportunidad ventajosa en el mercado. La difícil gestión de todo ello también complica, cada vez más, la implantación de reformas al propio modelo capitalista.

3. La situación actual viene marcada por la recesión en los primeros países desarrollados y por el aumento acelerado del desempleo. Desempleo que se prevé en aumento ya que las políticas anticrisis que llevan a cabo los Estados van hacia las ayudas al capital y no hacia el aumento de la masa salarial. Ante ello, la primera reacción que vemos por parte de los asalariados es la demanda y exigencia de la continuidad de los puestos de trabajo, y la creación de nuevos; incluso al precio de admitir el endurecimiento de sus condiciones laborales, por la disminución de su salario y el aumento de la productividad.

Parece existir una «comprensión» hacia las condiciones más difíciles en que se encuentran los administradores del trabajo; así, si al principio, hace unos meses, se hablaba de presuntos responsables de la llamada crisis a los que debería pedírseles responsabilidades, en estos momentos, y cada vez más, se habla, desde las instancias gubernamentales y mediáticas, de formar un frente común, arrastrando a toda la ciudadanía a un problema que es de «todos». Así es como se invocaba a la patria frente a las guerras de imperio para implicar a todos los ciudadanos y pedirles solidaridad y sacrificio.

Esta situación de desempleo masivo es un buen caldo de cultivo para un discurso populista y xenófobo, y en un momento de inmigración galopante (la población extranjera en España ha pasado de representar el 0,52 % de la población total, en 1981, al 11,3 % en el año 2008, y en los últimos cinco años se ha duplicado, pasando de tres millones a casi

seis millones de extranjeros censados). Frente a este problema de «todos» es fácil manipular la demanda de que los puestos de trabajo sean para los originarios de cada nación. El canto a la belleza del mestizaje queda para el exotismo, evidenciando un folclorismo que tenía su encanto. Posiblemente asistiremos a escenas, más o menos edulcoradas, de formas de enaltecimiento del patriotismo.

El trabajo, además de ser el principio de la plusvalía y, por lo tanto, de la acumulación de beneficios, tiene también el plusvalor simbólico de ser una de las causas y consecuencia de la dominación. El trabajo es aún una forma de socialización y culturalización en esta sociedad capitalista, y por ello la desaparición de los puestos de trabajo pone en peligro el propio sistema. Es difícil imaginar a la sociedad disponiendo de dinero pero afrontando el día a día sin trabajo, pues este ordena la vida y las diferencias, bloquea los deseos y conduce a la sumisión.

También el sindicalismo encuentra en esta situación más espacio para su discurso, mejor terreno para continuar su tarea de sometimiento de los trabajadores a la lógica empresarial de mayor competitividad. Los sindicatos posiblemente asumirán –ganas no les faltan– un nuevo protagonismo; habrá trabajadores que confíen en su interlocución para resistir pérdidas de empleo, y por parte del Estado y el mundo empresarial serán diluyentes y parachoques de conflictividad. La crisis del 29 sirvió también para el desarrollo y fortalecimiento del sindicalismo. En las grandes huelgas de 1932-1937 contra los recortes salariales estaba presente también la reivindicación del reconocimiento de los sindicatos, aunque después sabotearan las iniciativas salidas de las bases.

Para aquellos que pensaban que el Estado ya no sería necesario por cuanto el mismo capital, con sus grandes empresas de beneficios, lo supliría gestionando la sociedad, hoy se pone de manifiesto su importancia, no como un ente salva-

dor y árbitro que estaría por encima de la economía como nos lo cuenta la propaganda ideológica, sino como lo que en realidad es: una parte muy importante, garante y siervo del sistema capitalista. Así, según vocea esta propaganda a la sociedad, el sistema financiero y el sistema productivo pueden errar y excederse en sus pretensiones y finalidades, en tanto que el Estado vela por el bien global de la sociedad. Y para aquellos que antes reclamaban la no intervención, ahora se convierte en su tabla de salvación y garantía de continuidad, sin ruptura ni cambios de naturaleza.

También cabe esperar en esta situación de alto índice de desempleo, acciones de los parados, más allá de la reivindicación del puesto de trabajo, tal como lo hemos visto en otras situaciones parecidas. Así, con la crisis del 29, se desarrolló en EE.UU. toda una serie de acciones tendentes, primero, a sobrevivir en la situación de desempleo —centros autoorganizados de ayuda mutua, formas de trueque y de intercambio, saqueos masivos y organizados de supermercados— y, después, la multiplicación de huelgas contra los recortes salariales que los patronos trataban de imponer, huelgas largas y muy duras, con ocupaciones de los centros de trabajo, que enfrentaban a los huelguistas con la policía, las milicias patronales y la guardia nacional. O, más reciente, las acciones que tuvieron lugar en Argentina por parte del movimiento de parados a partir de 1995: los piqueteros, con su particular forma de lucha, no dentro del espacio fabril sino fuera del lugar de trabajo, impidiendo la circulación viaria. Y también con otras formas de lucha como el hacer funcionar los talleres ellos mismos o la producción orientada a la propia manutención y no a la venta. O, más cercano a nosotros, las acciones desarrolladas por el incipiente movimiento de parados en Barcelona al finales de los años 90, poniendo la gratuidad como divisa. Así, producir de otra manera (colectivizaciones), producir otras cosas (pensando en el valor de uso y no en el de cambio), la

autoorganización, la autoayuda... son buenos ejemplos de una actividad posible, que en estos momentos más críticos toman mayor relieve.

Hablamos desde este denominado primer mundo, y, dentro de este, del más cercano que tenemos. Desgraciadamente, estos hechos sociales se extienden también, salvando algunas o bastantes diferencias, a otras regiones: otra vez Argentina, China, India, etc.

La división del trabajo nos divide, ¿quizás como nunca? No lo sabemos, ni es lo más importante. Pero sí a unos niveles paranoicos como lo confirman de manera real y emblemática los muros físicos que la arquitectura del capital levanta: EE UU-México, Israel-Palestina, Melilla-Marruecos; en el mismo barrio suní de Azamiya, en Bagdad; Pakistán ha empezado la construcción de un muro de defensa a lo largo de la frontera con Afganistán, etc. Y nos divide también al enfrentarnos entre los mismos trabajadores, en el rechazo al otro, al que recientemente se ha desplazado, por fuerza, para buscar trabajo y dinero; aquel que, perteneciendo a nuestra misma clase, nos dicen los medios de propaganda que es un ajeno, un competidor y quizás finalmente un contrincante o enemigo a eliminar.

¿Llamar a todo esto «guerra»? Quizás sea la palabra más acertada, aunque aquí, entre nosotros (la mayoría de los habitantes de los ocho primeros países), suene fuerte, pero de otra forma debe sonar en Irak, Afganistán, India, México, en buena parte de África... en aquellos países donde el capitalismo se muestra con toda su virulencia haciendo tan profunda como insalvable la brecha que separa la minoría de los muy ricos con la mayoría de los muy pobres, con hambrunas que motivan las recientes revueltas del hambre, y las más de treinta guerras abiertas... Y en tantos otros pueblos desposeídos.

4. La crisis hace más evidente la miseria de un sistema que nace marcado con la ambivalencia de desarrollar la riqueza y la miseria al mismo tiempo; un sistema que establece una correlación fatal entre la acumulación de capital y la acumulación de la miseria, de tal forma que la acumulación de riqueza en un polo es acumulación de pobreza, de sufrimiento, de ignorancia, de embrutecimiento, de degradación moral y de esclavitud en el polo opuesto, en el lado de la clase que produce el capital mismo, capital que viene al mundo chorreando sangre y lodo por todos los poros, de la cabeza hasta los pies... Así se expresaban los críticos del capitalismo en sus inicios. La misma ambivalencia la encontramos respecto al trabajo: el capital vuelve el trabajo libre, liberándolo de sus antiguas trabas feudales y, al hacerlo, ata al obrero al puesto de trabajo y lo somete a la más férrea disciplina de la organización del trabajo, convertido en mercancía. Así pues, explotación y alienación han ido, y van, juntas con revolución capitalista y desarrollo de las fuerzas productivas.

Hoy, tal ambivalencia toca techo y estas fuerzas productivas muestran solo su lado destructivo. La emergencia de lo nuclear, la destrucción sin retorno de la naturaleza, el beneficio como único objetivo de la civilización capitalista, la propaganda como único fin de la información, la miseria creciente en la población mundial, etc., dibujan un estado de barbarie sin que aflore al mismo tiempo en el imaginario colectivo como fuerza social el socialismo. La misma penetración de la lógica capitalista hace que el socialismo, entendido como una sociedad no capitalista, nos parezca como no viable, y a la disyuntiva socialismo o barbarie opone la de capitalismo (ahora reformado) o barbarie.

Este capitalismo reformado, humanizado si cabe (*New Deal*, sociedad del bienestar...), se instauró (no como un regalo sino a través de un importante ciclo de luchas) en el centro capitalista entre los años 1950 y 1970. Reivindicar

hoy una vuelta a aquella situación, que por otra parte aquí en España apenas conocimos, es utópico. Que el Estado intervenga en la regulación del mercado en la perspectiva nekeynesiana; que se refuerce la economía real, productiva; que los sindicatos luchen para mantener los puestos de trabajo; que todos nos esforcemos en salvar un sistema en crisis, ¿tiene sentido? ¿Vale la pena apoyarlo aunque sea críticamente? ¿No es este sistema capitalista, esté o no en crisis, el que pone en crisis la vida de todos? ¿No es esta civilización capitalista la negación de lo que más de humano hay en todos nosotros?

¿Vale la pena sostener un sistema que deja morir de hambre a la mitad de su población; que arranca de sus tierras a sus pobladores en busca de una difícil supervivencia; que aglomera en megaciudades polucionadas y estresantes a la mayor parte de su gente; que traslada a la sequía, a la lluvia o a otras causas naturales el hambre u otras calamidades por él generadas; que destruye la naturaleza; que enriquece a los ricos y empobrece a los pobres, y en el que una minoría decide sobre el destino vital de la humanidad, extendiendo con guerras de rapiña la muerte? Un sistema que diciendo combatir el terror, lo expande; que en nombre de la democracia, ejerce un control totalitario; que convierte la información en propaganda; que convierte la comunicación y la enseñanza en industria; que convierte la solidaridad en negocio (vía cajas de ahorro, fundaciones, ONGs, etc.).

Pero, más allá del discurso, ¿qué quiere decir no sostener este sistema? ¿Acaso podemos no sostenerlo? Somos conscientes de la versatilidad del capital y de su capacidad de integración de los diferentes modos de vida, pero siempre podemos intentar la extensión de otros modos de vida. Otro modo de vida que vemos, por ejemplo, entre los indígenas que discuten por su misma afirmación arcaica la esencia del capital: el afán de lucro, el valor de cambio, la destrucción

de la naturaleza, la construcción de un Estado. Otro modo de vida que se intenta con prácticas críticas al desarrollo técnico y al crecimiento; con formas alternativas de intercambio de bienes y servicios sin la mediación del dinero; con reivindicaciones orientadas hacia la gratuidad o hacia una renta básica o un salario doméstico; con distintas formas de trueque, locales y autoorganizadas. Otro modo de vida que se intenta entre nosotros en ateneos, casas ocupadas y asociaciones libertarias; en grupos, gente, individuos que afirman sus ganas de vivir más allá de la supervivencia, que afirman que el sentido de la vida es la vida misma, sin delegarla en otros o dejarla para el futuro. Otro modo de vida, otras relaciones sociales que emergen en todos los continentes en tantas luchas contra la explotación y la dominación...

¿Qué sentido tiene, más allá de lo poético, esta afirmación genuina de la vida, ante el poder militar, técnico, económico y mediático que nos gobierna? ¿Cómo dejar de ser víctimas de un modo de vida para convertirnos en hacedores de otro modo de vida?

Viejas cuestiones (a las que hemos acudido a lo largo de nuestras discusiones en Etcétera), caminos recorridos (que muchas veces hemos criticado, por lo que de alternativo al modo de producción y de vida, sin más, pretenden), a los que volvemos no tanto para quedarnos en estas prácticas, como si fueran la alternativa al capitalismo, sino como caminos en los que encontrarnos junto a tantos movimientos en contra de la actual forma de vida capitalista.

Cuestiones que solo tienen respuesta en la calle, en la vida diaria, y no en la TV, es decir, no en el discurso oficial y mediático que nos transmiten tantos intelectuales, artistas, programadores; voceros todos ellos de una mentira anclada en la propaganda y a partir de la cual vemos el mundo. Es en la calle (no en la TV y la prensa) donde aprendemos que las empresas no vienen a crear puestos de trabajo para nues-

tro bienestar sino para enriquecerse y, si no lo consiguen, se van; o que los bancos no están para dejarnos dinero sino para llevárselo: pedirles otra cosa es como pedirle peras al olmo. Es en la calle donde aprendemos formas de resistir, donde vemos y compartimos formas de crear: grupos de música, de poesía, de creación en general, más allá de lo que la TV dictamina como poesía y arte.

Etcétera, 2009



Algunas sugerencias a propósito de la crisis

El hundimiento del sistema financiero mundial en el segundo semestre de 2008, después de que los primeros síntomas se hicieran patentes un año antes, ha desatado la proliferación de interpretaciones, previsiones, recetas y soluciones de tipo financiero; de nula eficacia incluso a la hora de poner remedio al enorme desaguado del sistema económico. En realidad, como no puede ser de otro modo en el sistema capitalista, la crisis financiera es mero reflejo de una crisis estructural cuyo alcance sin precedentes en la historia apunta hacia el colapso del sistema capitalista como modelo social en general. Las medidas adoptadas por los Gobiernos solo han servido para evidenciar sus limitaciones, o, dicho de otro modo, la ineficacia de las supuestas soluciones financieras para atajar los problemas estructurales que atañen al modo de acumulación de capital. De ahí que ni los discursos bienintencionados de esta especie de regeneracionismo «moral» del capitalismo que encarnan los progresistas, al estilo de Barack Obama; ni la desfachatez con que los timadores de altos vuelos, que se encuentran al frente de las instituciones financieras (bancos, aseguradoras, etc.), se embolsan los fondos generosamente aportados por los Gobiernos, impiden la escalada del desempleo, el descenso de la actividad económica y la amenaza de depresión a escala mundial. La mayor parte de la sobreproducción discursiva sobre la crisis tiene por finalidad, precisamente, desviar la atención de la naturaleza real de la crisis hacia sus aspectos fenoménicos y espectaculares, que solo son una parte superficial de la realidad, ya que la crisis se materializa en términos sociales perentorios: producción y distribución de la riqueza producida, o sea, en la disyuntiva entre las necesidades de acumulación del capital y las necesidades de supervivencia de la sociedad. En la medida en que estas son funcionales a aquellas, se dan las condiciones de expansión

capitalista, de manera que las necesidades sociales quedan subsumidas en las necesidades del capital, como se ha dado en las décadas gloriosas de la sociedad de consumo posteriores a la Segunda Guerra Mundial. El problema es cuando, como ahora, las necesidades del capital exigen un sacrificio de las necesidades sociales cuya magnitud repercute negativamente sobre la acumulación de capital. Así, la precondition de empobrecimiento generalizado comporta una caída del consumo que impide, a su vez, la continuación del proceso de acumulación de capital. Esta aparente paradoja es solo una manifestación más de la naturaleza contradictoria del proceso de acumulación de capital. Pero el cúmulo y el alcance de las contradicciones en la situación actual trascienden el nivel de la mera crisis económica, para apuntar hacia la crisis generalizada del modelo social basado en la economía de mercado. Esa es la particularidad de la crisis en la que nos encontramos inmersos: que, por primera vez, se trata de una crisis mundial, que atraviesa a todos y cada uno de los países insertados en la cadena de reproducción de capital a escala mundial (la manida globalización) y a todas y cada una de las actividades de la vida social, en la medida en que las condiciones materiales de vida de los individuos han sido fundamentalmente sometidas al proceso de valorización de capital a través del mercado (vivir es consumir). De ahí que la crisis financiera sea mero trasunto de la crisis económica estructural, y esta, a su vez, trasunto de lo que podríamos denominar la crisis de la civilización del capital. La manifestación de la crisis en la esfera económica como sobreproducción de mercancías que no tienen salida en el mercado comporta obviamente la sobreproducción de la mercancía fuerza de trabajo o, si se prefiere, de hombres y mujeres que no se realizan como mercancía ya que no tienen salida en el mercado (desempleo). Esa es la clave del problema real de la crisis capitalista: la desvalorización de los seres humanos en el marco general de la desvalorización del

capital. ¿Qué hacer con esa masa de mercancías en forma de mujeres y hombres a quienes la propia sociedad (capitalista) que las genera niega la posibilidad de subsistencia? Todas las supuestas soluciones, desde la invención de hipotéticos nuevos sectores emergentes de actividad, hasta las políticas de corte keynesiano para el encuadramiento laboral de masas de población mediante aumento del gasto público, van encaminadas a dar salida a ese excedente de mercancía humana cuya gestión (y desvalorización/destrucción) es cada vez más problemática: ¿cómo conseguir unas condiciones favorables para el relanzamiento de la acumulación de capital sin socavar la paz social necesaria para la expansión capitalista?

A pesar de la explotación espectacular de la crisis, a medio camino entre la extorsión psicológica del miedo al hundimiento y la ocultación del alcance real del problema y del desconcierto de los gestores del capital —para no desmoralizar demasiado a las masas—, de lo que no cabe duda es de que, por ahora, esto no ha hecho más que empezar.

Precisamente, la parálisis con que se enfrenta la situación, por parte de quienes ya han comenzado a sufrir las consecuencias inmediatas del descalabro de la economía capitalista, denota un cierto grado de conciencia acerca de lo que ya se nos ha venido encima, ya sea por la vía de no querer reconocer la realidad, ya sea por la vía pragmática de cerrar filas con el capital en su eventual plan de salvación. Es la opción de algunas fracciones de la población asalariada, que están dispuestas a sacrificarse por intentar desesperadamente conservar un puesto de trabajo sin futuro (SEAT en Barcelona). Por otra parte, las movilizaciones simbólicas de estos meses con el lema «la crisis que la paguen ellos», más que revulsivo se revela como expresión misma de la parálisis. De la parálisis ideológica y mental de quienes, a pesar de todo, se resisten a reconocer la naturaleza capitalista del mundo en que vivimos y de la propia condición humana en la socie-

dad capitalista. Por eso la crisis solo pueden pagarla quienes producen la riqueza social en la sociedad proletarizada. Y solo pueden hacerlo de la única forma posible: mediante el aumento de la explotación directa de la fuerza de trabajo y la expropiación de los recursos materiales de subsistencia (desde los recursos naturales y públicos hasta los destinados a la asistencia, en general), agravando las condiciones de vida de las fracciones de la sociedad asalariada más dependientes y precarizadas dentro de la jerarquía de la reproducción social, transfiriendo los fondos de pensiones a las entidades financieras e hipotecando las generaciones futuras a través de la emisión de deuda pública, etc. Banqueros, profesionales de la política, aventureros de las finanzas, empresarios y explotadores de todo tipo no son más que la actual clase burguesa parasitaria que simplemente se beneficia de la parte de riqueza que expropia al conjunto de la sociedad. Por eso, la demagogia oficial reclama el concurso de todos para hacer frente a la crisis, y por eso también se producen adhesiones y realineamientos de fracciones de la población proletarizada con los gestores del capital (directivos, empresarios, políticos, funcionarios sindicales, etc.), que buscan preservar sus intereses contra el resto de la sociedad empobrecida. Sin embargo, los márgenes de maniobra de esa nueva burguesía emergente tienen sus limitaciones, a saber, las que determinan la propia lógica de la acumulación de capital.

En este sentido, queremos llamar la atención sobre unos pocos textos que pueden ayudar a la comprensión de la crisis capitalista como fenómeno inherente a la propia naturaleza de la relación social que es el capital (el régimen asalariado) y sus implicaciones actuales. Se trata de textos que, si bien participan de una misma perspectiva anticapitalista, se complementan o confrontan en ciertos aspectos. Así, en el nº 2 de *Etcétera* (junio de 1984: www.sindominio.net/etcetera), en el monográfico en memoria de Paul Mattick, se

exponen las líneas generales de la teoría de la crisis desde la perspectiva de la crítica de la economía política marxiana, lo que representa un referente conceptual básico en el intento de comprender las causas y manifestaciones de la crisis, así como los límites de las medidas propuestas desde las administraciones públicas.

Más cercano en el tiempo, la recopilación de ensayos de Loren Goldner (*Nous vivrons la Révolution*), realizada por *Éditions Ni patrie ni frontières*, en los que aparecen una serie de aportaciones críticas referidas a la evolución del capitalismo en los últimos años (*La crise du dollar et nous, Une pause dans la crise ou l'amorce d'un nouveau boom économique?, Sur le capital fictif*, etc.), describen las causas que han conducido a la situación actual y su gestación a lo largo de la última década. Por otra parte, Paul Mattick Jr., a lo largo de sucesivas entregas publicadas en la revista neoyorquina *The Brooklyn Rail* (las dos primeras publicadas en *Échanges et Mouvement*), traza las líneas generales de los mecanismos financieros que llevaron a la crisis en los Estados Unidos y el análisis de las medidas adoptadas, estableciendo, asimismo, que no se trata de una simple crisis financiera producto de la rapacidad o de la desregulación, sino una consecuencia de la dinámica a largo plazo del capitalismo, lo que ilustra con referencias a la historia norteamericana posterior a la Segunda Guerra Mundial.

Por último, Karl Heinz Roth, en un artículo (*Global crisis-Global proletarianisation Counterperspectives*³) propuesto a debate en el seno del grupo alemán *Wildcat*⁴, lleva a cabo una descripción de la evolución cíclica del capitalismo, estableciendo las diferencias y similitudes de cada una de ellas a lo largo de los siglos XIX y XX, para analizar las condi-

3. NdE: www.wildcat-www.de/en/actual/e068roth_crisis.html

4. www.wildcat-www.de

ciones actuales de la explotación de la fuerza de trabajo y de la acumulación de capital. En cualquier caso, el texto comentado no se detiene ahí, sino que, una vez constatada la imposibilidad de continuación del sistema capitalista, propone un programa de transición hacia el socialismo, basado en una estrategia de intervención práctica a partir de las condiciones sociales inmediatas, desmarcándose de una salida del capitalismo a través de un eventual estallido revolucionario espontáneo. A pesar de algunas imprecisiones conceptuales (como identificar crisis de sobreproducción con crisis de sobreacumulación), el autor tiene el mérito de poner sobre la mesa no solo la (reiterada) cuestión de qué hacer, sino la de cómo salir del capitalismo en crisis. Si bien toda propuesta de intervención positiva en la realidad social comporta el riesgo de una cierta idealización de los medios y el peligro de reducir la problemática del cambio histórico a una cuestión técnica y organizativa, como tradicionalmente han hecho los programas políticos (ya sean reformistas o revolucionarios), en el caso que nos ocupa la plataforma reivindicativa del eventual programa de transición es algo digno de ser discutido.

En cierto modo, todos los textos mencionados son complementarios a la hora de caracterizar las causas y la posible evolución de las condiciones de crisis en diferentes esferas de la actividad económica y, en un sentido más amplio, de la vida social. Son, en cualquier caso, contribuciones nutridas de abundantes sugerencias e indicaciones para abordar la situación social de crisis en la dimensión real de sus implicaciones, más allá del reduccionismo economicista, algo que intentaremos reflejar en posteriores salidas de *Etcétera*.

Etcétera, 2009

Crisis del capital, crisis del trabajo

El recurso a la crisis financiera elaborada por la misma banca es, en realidad, una crisis capitalista desencadenada por las contradicciones propias e inherentes a este sistema económico. Esta crisis⁵ marcará el fin de la prosperidad de la posguerra (1945-1975), los «treinta gloriosos», sucediéndole un profundo cambio de la política económica.

La «crisis financiera» oculta precisamente la suma de factores contradictorios inherentes al sistema económico capitalista, la periodicidad de la crisis de acumulación y valoración y la consiguiente destrucción de fuerzas productivas. Factores de la «economía» dominante, del significado de lo «económico», necesidades de la economía a la que se debe someter la actividad de individuos y colectividades.

La crisis financiera es la metáfora bajo la que se pretende ocultar las contradicciones de esta economía capitalista: la necesidad de reducir los costes de producción (competencia capitalista), que empuja a un desarrollo técnico y a un aumento de la productividad general, constituirá un gigantesco aparato productivo que, sin tener en cuenta las necesidades del mercado, conducirá el sistema a la sobreproducción. Al mismo tiempo la necesidad de aumentar la tasa de plusvalía reduce los salarios y la capacidad de absorber la producción existente, dándose el caso de que para desarrollar el sistema productivo, proporcionalmente debe extenderse la miseria. La necesidad de disminuir el tiempo de trabajo necesario (aumento de la plusvalía relativa) conlleva un aumento del capital invertido por unidad de mano de obra utilizada, es decir, un aumento del capital necesario implicado en su reproducción (aumento del capital constante). Al mis-

5. El 15 de agosto de 1971 Nixon anunció que EE UU no atendería las obligaciones legales contraídas en el Tratado de Bretton Woods, suspendiendo la convertibilidad del dólar en oro.

mo tiempo se reduce la incorporación de fuerza de trabajo (disminución del capital variable) productora de plusvalía. En consecuencia, cae la tasa de beneficio⁶, empujando al capital fuera de la realización de la producción, lo que aboca al sistema necesariamente a la crisis.

Son estas contradicciones las que determinan la discontinuidad del proceso de valorización y de acumulación del capital. La decisión de continuar el proceso de inversión por parte de los capitalistas depende de que el incremento de plusvalor obtenido compense la masa incrementada de capital invertido. El proceso de acumulación, que cada vez absorbe más capital adelantado (fijo), fruto del progreso técnico de la producción, se ve interrumpido cuando la masa de plusvalor de un capital resulta ser igual o menor a la del período anterior a su incremento. La expansión de las fuerzas productivas no puede realizarse sino a costa de desarrollar al mismo tiempo (sus contradicciones) la sobreacumulación de capital. Cuando la expansión de la producción supera su rentabilidad, el proceso de acumulación se interrumpe. Una masa de valor bajo la forma de dinero huye de la esfera de la producción y deja de producir plusvalor porque no se invierte en trabajo⁷.

La sobreacumulación, entonces, desplaza una gran masa de capital hacia el sistema usurario, hacia el préstamo, convirtiéndolo en capital ficticio. Este capital puede convertirse en una poderosa palanca de la sobreacumulación, forzando al extremo el proceso de reproducción; la sobreespeculación prepara las condiciones para que se profundicen la sobreproducción y la sobreacumulación, realimentando las contradicciones que van a aparecer en la crisis.

6. Relación entre las ganancias producidas y el capital total invertido.

7. H. Grossman: *Teoría del derrumbe*, 1929; E. Mandel: *La teoría de las crisis y las depresiones económicas*, 1984; P. Mattick: *Etcétera*, nº 2, junio 1984.

A partir de los años 70, se pone de manifiesto un retroceso económico: el 1 % de los ingresos más altos de EE UU, que antes de la Segunda Guerra Mundial recibía el 16 % del ingreso total, disminuye hasta un 8 % de la riqueza total de los Estados Unidos⁸. A este retroceso le acompaña una caída ostensible de los principales indicadores económicos⁹. La tasa negativa de crecimiento del consumo¹⁰ frena la expansión productiva, dando lugar a la sobreacumulación de finales de los sesenta. La reconstrucción de Alemania y de Japón tras la guerra y el rápido crecimiento de economías en vías de desarrollo (Taiwán, Corea del Sur) añadieron una enorme capacidad productiva e incrementaron la competencia global, convirtiéndola en un fenómeno crónico y persistente. La caída de la tasa de beneficios provoca una retracción continua de la tasa de inversión y del crecimiento del empleo.

En este periodo se diseñará el programa de reestructuración neoliberal (Thatcher, Carter-Reagan) que se ha aplicado hasta el día de hoy. Este programa abandonaba las políticas económicas de inspiración keynesiana de la «Era Progresista» y abrazaba las recomendadas por la Escuela de Chicago de Milton Friedman, centradas en un conjunto de medidas económicas y políticas, fiscales y financieras (TLC, Consenso de Washington I, II, III), de carácter ultraliberal.

Este programa consistirá fundamentalmente en la eliminación de las restricciones a los flujos y movimientos de capitales (eliminación de los acuerdos de Breton Woods, suspensión de la ley Glass-Steagall), a la privatización de las empresas públicas y al endurecimiento de las condiciones

8. Th. Picketty y E. Saez, 2003. G. Duménil y D. Lévy, 2004.

9. La actual recesión en Estados Unidos se desata en unos momentos en que la tasa de ganancia no se había debilitado sustancialmente después de la fuerte recuperación iniciada en el año 2002.

10. El 5,1 % en el período 1961-1973; descendió al 3,1 % en 1974-1979, al 2,7 % en 1980-1989 y al 2,3 % en 1990-1999.

laborales (aumento de la productividad, estancamiento o reducción de salarios, flexibilización laboral, disminución de las prestaciones al desempleo y la jubilación, etc.). También utilizará la reducción de impuestos y la política fiscal que redistribuirá el ingreso de las clases pobres y medias hacia los ricos, la fanfarrona teoría del «derrame hacia abajo», gracias a la cual los ricos aumentarían la inversión y el crecimiento económico.

Se ahorra costes de producción por medio de las deslocalizaciones, que agravarán el problema de sobreproducción, puesto que incrementan la capacidad productiva que no puede ser absorbida en cuanto se ha reducido al mismo tiempo la capacidad de consumo de los trabajadores¹¹. El empuje al endeudamiento y a la financiarización, estimulado por la política monetaria, que puede crear beneficios pero no nuevo valor, será finalmente la expresión del estancamiento del capital productivo y de las dificultades de la producción de plusvalor.

Los beneficios extraídos por las finanzas reafirman el proceso de desvalorización del capital, apropiándose de una «renta de monopolio», un impuesto sobre el resto de la sociedad que, facilitando una extracción del «excedente social» (reparto del capital excedente, trabajo futuro), permite un desplazamiento de los ingresos hacia arriba, concentrando aún más la riqueza: tan solo el 1,5 % de los hogares (EE UU) depende de ingresos capitalistas de manera significativa, considerando el 10 %, las capas superiores de los asalariados con ingresos más altos (directivos)¹²; el resto

11. Las tasas de beneficios de las corporaciones estadounidenses dejaron de crecer hacia 1997, pasándose de 7,15 % en 1960-1969 al 5,30 % en 1980-1990, al 2,29 % en 1990-1999 y al 1,32 % en el periodo 2000-2002.

12. En 1971, el sueldo del alto directivo mejor retribuido equivalía a 47 veces el salario medio; en 1999 era 2.381 veces superior.

de los hogares de Estados Unidos, el 89,5 %, han perdido, desde 1970, 13 puntos del ingreso total del país en favor de los capitalistas y del grupo de sueldo muy alto, gracias a la ofensiva neoliberal.

Durante el período 1980/90, los capitalistas siguieron aumentando sus ganancias a través de la intensificación de la explotación de los trabajadores, pero la inversión de capital cayó a niveles históricos. Los salarios reales por hora trabajada para el 80 % de la población retrocedieron al nivel de 1979 (EE UU), potenciando el aumento de excedentes, y sentando las bases para la siguiente crisis de acumulación.

La pérdida de dinamismo del sistema productivo, el estancamiento del mercado interior y la fuga de capital productivo es seguido por la expansión de la deuda: la inmediata subida de los tipos de interés sobre el endeudamiento del Tercer Mundo (la llamada crisis de la deuda), mediante la intervención de los organismos internacionales derivados de la hegemonía monetaria, multiplicará la deuda, el monto de intereses y el flujo de capital de esos países hacia el centro capitalista. Este crecimiento inicial de los ingresos obtenidos del exterior, esta renta extractiva, no proviene de una mayor inversión, sino de unos mayores rendimientos financieros, producto del dominio económico y político.

A la expansión de la deuda se le añadirá el crecimiento derivado del aumento de los gastos militares. Sin embargo, la descomunal expansión de las actividades parasitarias del sistema financiero («derivados») representa el desplazamiento del capital de la esfera productiva a la formación de capital ficticio, que generará, en suma, nuevos y crecientes desequilibrios y una acumulación incesante de deudas públicas y privadas, internas y externas¹³.

13. La deuda total de los estadounidenses (pública más privada) rondaba, en 2008, los 50 billones de dólares (aproximadamente equivalente al Producto Bruto Mundial, un 350 % del PIB de EE UU).

La rentabilidad de la economía no financiera ha ido cayendo paralelamente a la disminución de la productividad de los ecosistemas naturales, sometidos a sobreexplotación. La revolución científico-técnica, el incesante incremento e incorporación de nuevas técnicas y maquinaria en el proceso de trabajo no ha hecho más que reducir el tiempo socialmente necesario para la producción de mercancías. Esta reducción es cada vez más insignificante para producir valor y plusvalía al límite *natural*. Al incesante aumento de la productividad cabría añadirle la consecuencia lógica del aumento de esta. Al aumento de mercancías producidas por unidad de tiempo le corresponde proporcionalmente una disminución del valor que incorpora cada una de estas mercancías, empujando todo el sistema al ciclo especulativo, a la centralización y a la crisis.

La reducción de la necesidad del trabajo para la producción es simultáneamente un proceso de desvalorización, cuya manifestación externa es la crisis. Se producen grandes cantidades de mercancías con escaso valor añadido que no pueden ser adquiridas por el excedente laboral mundial. Los salarios estancados¹⁴, el desempleo provocado por el aumento de la productividad, la temporalidad del empleo y la caída del ahorro personal empujan el consumo al crédito: el 90 % de la población tratará de sostener el ritmo endeudándose¹⁵. No obstante, el resultado de la ofensiva neoliberal ha sido un éxito, de manera que la apropiación de riqueza ha vuelto a los niveles vigentes antes de la Segunda Guerra Mundial.

Desde los años 90, el proceso se ha coronado con una sucesión de burbujas especulativas que ha definido la nueva lógica del sistema del crédito-deuda: las ganancias

14. La tendencia ha continuado; hoy el ingreso real medio de los norteamericanos es inferior al del año 2000.

15. La deuda de los hogares como porcentaje del ingreso disponible se disparó: si en los años 60 llegaba a un 60 % de sus ingresos anuales totales, ahora supera el 100 %.

del capital financiero proveen nuevos créditos que servirán para aumentar los precios de los activos, y así sucesivamente... Gracias a la política monetaria se ha concedido el dicho del «dinero llama dinero»¹⁶; los *pagos por privilegios* han permitido la creación de una especie de universo virtual apoyado en el *boom* de las técnicas de la información y una ordenación del acceso a la riqueza de las clases ricas («Nueva Economía»). La burbuja monetaria del crédito barato también ha permitido el aumento exponencial de los precios de las materias primas, la energía y los productos agrícolas, con contratos sobre títulos en papel en el Mercado de Futuros (*Commodity Futures*)¹⁷; los bancos de inversión han obtenido enormes dividendos proporcionales al aumento de la pobreza (1.200 millones de personas viven en condiciones de absoluta pobreza), el hambre y la muerte.

La recuperación capitalista se ha convertido en una deriva de la actividad en busca de la riqueza, con rendimientos del 30 o el 40 %¹⁸. La política monetaria ha facilitado la explosión del préstamo hipotecario que ha contribuido al aumento del precio de la vivienda, favoreciendo el incremento del consumo y el empuje de la expansión¹⁹. A mediados del 2008, los derivados y los negocios especulativos habían lle-

16. Tipos de interés real cercanos al 0 % durante más de tres años.

17. Especulación que se ha contraído paralelamente a la disponibilidad del crédito.

18. Entre 1997 y 2002 los beneficios derivados de la manufacturación internacional cayeron un 65 %.

19. Entre el 2000 y el 2006, el valor total de venta de la vivienda en los EE.UU. se dobló, pasando de 11 billones de dólares a 22 billones, mientras en los anteriores 200 años no había pasado del 2 % al 3 %. El consumo privado, más la inversión en vivienda, representó el 90-100 % del crecimiento del PIB entre los años 2000-2005. Solo el sector de la vivienda es responsable del crecimiento del 40 % PIB (EE.UU.). Se calculan alrededor de 6 millones de hipotecas *subprime*.

gado a representar unos mil billones de dólares, equivalentes aproximadamente a unas 18 veces la riqueza real mundial.

Con un volumen de transacciones financieras del orden de dos mil trillones de dólares y un PIB mundial tan solo de unos 44 trillones, la crisis, tarde o temprano, debía producirse. Cuando esta enorme cantidad de capital ficticio que se ha valorizado muy por encima de su valor real, junto al monto monumental de deudas privadas que le acompaña no ha podido verificar su valor real en el mercado, ha estallado la crisis económica²⁰.

Desde el fin del llamado Estado del Bienestar, el Estado promociona abiertamente el sistema financiero a través de los fondos de pensiones, avalando el crédito privado, desgravando propiedad y finanzas, etc. (el capital siempre controla al Estado). Como en otras crisis, el Estado y las autoridades monetarias (BC's, FED) intervienen para apuntalar el crédito financiero, acudiendo al rescate, concediendo nuevos y suficientes créditos a los bancos a fin de mantener la deuda a flote para aguantar la burbuja de los precios y de los activos, evitando así que ese ajuste entre el capital ficticio y el capital real se verifique, bloqueando la salida a la crisis²¹ que pasaría por dejar caer a los bancos y los activos implicados. La solución aplicada al problema de liquidar la gallina de los huevos de oro del mercado de derivados, ya se ha utilizado anteriormente con efectos multiplicadores para la siguiente crisis. Saldar la deuda con más deuda como última solución de la economía capitalista mundial, no es la solución sino la causa²².

20. Los índices más correctos apuntan a que solamente 1 % del dinero es en especie. Otro 11 % son depósitos bancarios perfectamente cuantificados, el 88 % restante es de naturaleza virtual.

21. Los Bancos Centrales y los Gobiernos de todo el mundo ya han gastado más de 7 billones de dólares en acciones de rescate (enero 2009).

22. La continua emisión de deuda pública ha crecido alrededor de 10 billones de dólares, alrededor del 90 % del PIB.

La huida del «patrón oro» de los años 70 ha situado el dólar como reserva de la riqueza mundial, lo que ha permitido a EE.UU. controlar la economía mundial y crear crédito –y deuda externa– sin restricciones. Mientras la política monetaria estadounidense contribuye a subsidiar al sector bancario²³, la política monetaria de los Bancos Centrales de los demás países evita el alza de sus monedas y con ello la pérdida de mercados, gastando sus reservas en la adquisición de bonos del tesoro norteamericano para apoyar la tasa de cambio del dólar, financiando así la burbuja económica de los EE.UU. La continuada absorción de títulos y activos por parte de estos Bancos no dejará otra alternativa que la formación de una nueva burbuja (la de la deuda pública norteamericana), y la emisión de moneda sin respaldo²⁴.

Históricamente, las soluciones capitalistas a la crisis pasan por un proceso de desvalorización de capital generalizado a fin de corregir la tasa media de crecimiento económico; la destrucción de capitales a través de la guerra imperialista (Primera y Segunda Guerra Mundial), la destrucción de capital productivo por medio de la deflación, la destrucción de las fuerzas productivas (despidos), la sobreexplotación del trabajo, etc²⁵.

Tres décadas de políticas neoliberales han transformado la función del Estado, adelgazado en lo económico por

23. El déficit crónico y ascendente del comercio exterior norteamericano, 2.000 millones de dólares en 1971, 28.000 millones en 1981, 77.000 millones en 1991, 430.000 millones en 2001, 815.000 millones en 2007, ilustra con claridad el desplazamiento del capital productivo.

24. El endeudamiento del *Barclays* es igual a todo el PIB de Gran Bretaña, el del *Deutsche* equivale al 80 % de todo el PIB de Alemania gracias a un apalancamiento de 1 a 50, que puede llegar hasta el 1 a 64 del patrimonio líquido...

25. Ya se han producido, en las últimas semanas, caídas en el precio de las materias primas, devaluación del 25 % de la libra esterlina, caída de la producción industrial y aumento generalizado del desempleo (enero 2009).

medio de las continuadas privatizaciones que refuerzan los lazos de la clase de los propietarios y del poder público: en los aspectos de seguridad, control y represión de cualquier manifestación contraria a su lógica, que criminaliza la miseria y su contestación.

Esta destrucción de capital y trabajo, de la que todavía desconocemos su dimensión y alcance, no se realizará sin resistencias. Sin ánimo de predicción, cabe recordar que los miles de millones de ayuda que está suministrando el Estado habrá que pagarlos; estos pagos gravarán a la clase media y reducirán aún más el asistencialismo, provocando movimientos y reacciones en la escala social. Seguramente veremos intervenir más a menudo a los «agentes sociales»; también es probable un repunte del sindicalismo y, según las circunstancias, un cierto cacareo del exiguo PC. Puede anotarse también el elevado grado de desagregación tanto social como político de la clase trabajadora, que deberá confrontarse al reajuste del desempleo, reducción aún mayor de los salarios, aumento de la intensidad y del tiempo de trabajo, temporalidad, despido, etc., que bien puede desembocar en un enfrentamiento interclasista todavía desconocido o en un enfrentamiento en el interior de la propia clase...

Etcétera, enero de 2009

Lo real de la crisis: consideraciones y reacciones

Hace más de un año, los *mass-media* empezaron a propagar el estallido causado por el colapso financiero de Wall Street, al que el Estado estadounidense concurre rápidamente con liquidez para evitar el desplome del capital financiero. Hoy sabemos ya del sinuoso recorrido de tal declive y de la importancia de una crisis no ya solo monetaria, sino que afecta a la esencia misma del capitalismo, a la continuación del proceso de valorización y acumulación.

La crisis y su enigma

«¿Qué quieren de nosotros?», nos preguntábamos en el anterior boletín de *Etcétera* ante el asedio informativo/propagandístico que diagnosticaba «la crisis». Intentábamos entonces salir al paso de la intoxicación mediática que insistía, sin distinción alguna –poniendo en el mismo saco problemas de financiación, cotas inverosímiles de especulación, hechos de corrupción, problemas de acumulación–, en dibujar un panorama de dificultades del capital y del trabajo a las que todos debíamos dar respuesta. Veíamos que con la propagación del miedo se pretendía una mayor sumisión para aceptar recortes salariales, peores condiciones de trabajo, despidos necesarios para la continuidad productiva, etc. Intentamos igualmente entender la realidad de esta crisis financiera, no como causa, sino como reflejo de la crisis de la acumulación del capital, capital que al no encontrar suficiente rentabilidad en la producción la busca en la especulación financiera. No es esta una cuestión nueva para el capital, sino una tendencia *in crescendo*; así, por ejemplo, ya escribíamos en 2000, a propósito de la globalización: «A finales de los años 70 el capitalismo deja su dinamismo productivo, cierra unidades de producción y avanza con la especulación bursátil. Las nuevas técnicas informáticas que facilitan la inmediatez de la especulación financiera, se com-

binan con las políticas de liberalización de los mercados, dando paso al predominio del capital financiero sobre el capital productivo: el capital ya solo invierte en el capital; su parasitismo se ha vuelto estructural» (*Etcétera*, nº 36).

Sin embargo, la propaganda de los *mass-media*, en la voz de los expertos y burócratas, continúa culpabilizando a los malos gestores del sector financiero mientras que aprueba y comprende las continuas ayudas materializadas en millones de dólares y euros que los diversos Estados reparten a los bancos y a las grandes empresas multinacionales del automóvil, del petróleo, de la energía, de la construcción, de las farmacéuticas, etc.

Y ante el porqué de las múltiples y persistentes crisis que en las últimas décadas se han producido en el mundo capitalista (la del petróleo en 1973, la de octubre de 1987, la del sector punto-com; se calcula que más de 100 estados han sido golpeados por alguna crisis: en España en 1973, en los 80, en 1993; México en 1994, Asia en 1997, Rusia en 1998, Turquía en 1999, Argentina en 2001, etc.), surge el misterio del *enigma de la esfinge-crisis*. Enigma, que parece que ningún experto logra acertar, ni sabe prever ni prevenir. Ninguno de los miles de economistas, políticos o burócratas sabe ni cómo ni dónde surge, ni cómo solucionarla; incluso los altos gerifaltes del FMI reconocen públicamente no haber previsto las últimas crisis. Enigma este del que, por cierto, se conocen sus nombres: crisis del petróleo, punto-com, «corralito» o financiera, etc. Y si bien debería suceder que, una vez conocido el nombre, resuelto el enigma, la esfinge-crisis debiera desaparecer —como Edipo al resolver el enigma hizo desaparecer la esfinge—, en este caso resulta lo contrario: cuanto más se grita y publicita su nombre, más muestra sus efectos en nuestra contra (miseria y guerras), y más temor produce en la mayoría de la población. Pues la crisis, con la destrucción de fuerzas productivas, la disminución del sala-

rio directo y del salario indirecto (las prestaciones sociales), es precisamente la manera como se recompone el capital.

Se constata, pues, que con la crisis el sistema capitalista ha encontrado otro artilugio para asegurarse la ganancia a costa siempre de los mismos, y por ello la temen los pobres y los trabajadores, todos aquellos que el capitalismo necesita, en paro o en activo, como mercancía para venderse como fuerza de trabajo. Es a esta gran mayoría de la población, a todos nosotros, a quien permanentemente el sistema capitalista pone y mantiene en crisis.

Lo real de la crisis

«¿Qué quieren de nosotros?», es la pregunta que de nuevo nos hacemos ante la insistencia mediática sobre la recuperación económica, sobre el tan anunciado final de la crisis, por más que en EE.UU. –la locomotora que ha de tirar y sacarnos de la crisis– disminuya un 20 % el consumo y continúe la destrucción de empleo desde el año 2008; o que la OCDE y el FMI prevean para el próximo año en España una caída del PIB de entre el 0,3 y el 0,8 %, y un crecimiento en torno al 1 % para el 2011; o que en España el paro se sitúe en el 20 %. Tienen necesidad de extender la ilusión capitalista, minimizando la dimensión y extensión de la crisis, de una población decidida a tirar hacia delante esta sociedad, una población sumisa pero activa, participativa en sus proyectos, pronta al consumo, lo que no se consigue con una población timorata y empobrecida.

Repasemos lo que se ha hecho realidad a lo largo de este año aquí en España: despidos y cierres de empresas, EREs, reestructuraciones, deslocalizaciones; destrucción de un millón y medio de empleos en este año, que ha alcanzado el récord de 6.000 diarios; 276.000 familias sin prestación social alguna; 1.135.00 hogares sin ningún ingreso; cierres en el pequeño comercio, un sector que agrupa a 3 millones de

personas en 650.000 locales y que ha visto como cerraban 40.000 locales, a un ritmo de 100 diarios; aumento del paro a 4,5 millones, un 20 % de la población activa. Por lo que respecta al paro juvenil (menores de 25 años), se ha doblado en dos años, alcanzando ahora el 40 %.

Estas son las cifras, este es el panorama que los *media* nos ofrecen. No es nuestro propósito ahora abundar en estas cifras, insistir en la miserabilización de amplias capas de nuestra población. Simplemente, vemos la foto de nuestra realidad y la sabemos producto de un modo de civilización que llamamos capitalista, mientras los *media* (al decir los *media* incluimos todo –o casi todo– el discurso intelectual expresado en los medios de formación de masas) la consideran fruto de una mala gestión. Están en contra de esta foto, la rechazan sin criticar lo que la hace posible, el actual modo de producción, y dando por descontado que este no es histórico y transitorio sino natural y para siempre. Quieren lo imposible, el mantenimiento de las condiciones que construyen hoy nuestra vida, sin sus consecuencias. Pero la destrucción de empleo, el abaratamiento de la fuerza de trabajo, la disminución de las prestaciones sociales son, no la excepción, sino la regla, la normalidad de la vida en este sistema capitalista.

Los movimientos del capital

Lo que se ha podido constatar, pues, en este llamado período de crisis, y ahora en su «recuperación», se enmarca en el denominado período neoliberal y en la continuidad de las políticas («Consenso de Washington») que lo caracterizan. Las transformaciones en el funcionamiento del sistema capitalista son, y serán, importantes, y muchas, quizás la mayoría, se ocultan bajo el torrente de propaganda que responde a las estrategias secretas de las empresas. Pero por lo pronto se va materializando la continuación de un enorme proceso de con-

centración del capital que abarca a todos los sectores económicos, tanto financiero como productivo; vemos, por ejemplo, uniones de bancos, de compañías aéreas, de empresas que comercializan y manipulan el agua, de la industria, etc.

Siguen y aumentan igualmente los grandes movimientos de población. Por todo el mundo, allí donde miremos, vemos deslocalizaciones de fábricas, reducciones de plantillas y cierres empresariales, obreros en paro, reducciones salariales, mayor presión para producir más, jornadas interminables, desplazamientos de pobres hacia trabajos precarios o para encontrarse con unas condiciones de supervivencia más precarias aún, etc.

En los últimos treinta años se ha producido en el mundo un acelerado proceso de proletarización que ha atrapado a enormes cantidades de la población mundial; millones de personas se han agregado a la masa de los asalariados en Asia: China, India, Indonesia, Vietnam, etc.; grandes cantidades de seres humanos se han desplazado dentro de los mismos Estados, o de unos a otros, o de un continente a otro. Muchos de ellos se han desplazado dentro de los llamados Estados emergentes; otros, al mundo capitalista occidental: América del Norte o la UE, con la ilusión de transformarse en trabajadores asalariados, en proletarios, con un alto grado de precariedad: trabajadores mal pagados, clandestinos sin papeles y con jornadas de trabajo interminables, en condiciones laborables infames, etc. Por lo que respecta a España, la población inmigrada representa ya el 11,3 % de la total, con más de 7 millones de extranjeros censados.

También comprobamos que el proceso disciplinante sobre los trabajadores no solo no cesa, sino que aumenta y se agrava, convirtiendo en más precaria su situación y haciendo patente aquello de que siempre hay crisis para los mismos, y demostrando lo que hemos repetido tantas veces: que el sistema capitalista aboca nuestra supervivencia a una crisis permanente.

Esta expansión capitalista ha ido acompañada de la aplicación de una serie de fuertes medidas disciplinarias sobre la clase trabajadora que se han dado a través de mecanismos directos, la tan conocida flexibilidad laboral, recortes y ajustes salariales, prolongación de jornadas de trabajo sin remuneración, contratos precarios o trabajo clandestino, bajos salarios, etc., y actuación represiva policial cuando se consideraba oportuna. Pero las medidas disciplinarias también se han ejercido mediante políticas monetarias duras y agresivas, el aumento de la carestía de la vida, el organizado endeudamiento de los obreros vía créditos, etc. Todo ello publicitado y mediatizado a través de los *mass-media*, sobre todo la TV, propaganda que más que una corriente de opinión, crea una actitud, una manera de hacer y comportarse dentro del orden de este sistema capitalista, ante los empresarios, sus instituciones, sus burócratas o políticos.

Y cuando se protesta o los trabajadores y los pobres quieren hacer oír su voz, la respuesta, como siempre, son cargas y represión policial.

Una mirada al mundo carcelario nos ayuda a ver este proceso más represivo. La población penal en España se ha doblado en diez años. Ahora es de 76.400 presos, representando el 1,66 % de la población, cuando hace solo 10 años era de 40.000.

Al mismo tiempo, y a poco que se observe, nada más falso que el mensaje de que el sistema capitalista se encuentra estancado. En los últimos treinta años, la economía capitalista tuvo tasas de expansión superiores al 3 % a nivel mundial. En las últimas décadas, China registró un crecimiento medio del 9,5 % e India, del 7,5 %. El aumento de la productividad económica en EE.UU. desde 1995 fue mayor del 3 % anual, exceptuando el año 2001 que decreció al 0,8 %. Sin embargo, el crédito siguió potenciando el sistema y pronto permitió un nuevo impulso a la expansión de la economía.

Algunos de los llamados expertos economistas opinan que este protagonismo del sistema financiero fue más allá de sus posibilidades, pero la realidad confirma que, en cuanto a la acumulación de beneficios y a la valorización de todo lo que halla a su paso, incluida la esfera financiera, el sistema capitalista carece de límites, pues esta es su vorágine original, como ya señalaba Marx: «no tiene medida».

Es difícil pensar el porvenir de este sistema «sin medida», un sistema que carece de límites o, lo que es lo mismo, que su límite es él mismo: crece destruyendo (Copenhague nos lo acaba de recordar). Hemos visto a lo largo de los años de desarrollo del modo de producción y de vida capitalista distintas formas ligadas al desarrollo de la Técnica. Los distintos modos de organización del trabajo (manufactura, cadena de montaje...) y las nuevas fuentes de energía (vapor, electricidad...) marcaban estas formas. Hoy, la técnica (robotización, computerización, nanotecnología, biotecnología, extensión del campo virtual, etc.) se nos aparece, como el capital, sin límites. Con ella la destrucción se recicla en crecimiento (la polución industrial es reciclada en industrias anticontaminantes que producen plusvalía; el CO₂ puede tratarse técnica y comercialmente y producir ganancia, etc.). El límite del capital ya es sólo humano. Es el «ya basta» que desde Chiapas a Corea escuchamos en todos los rincones de la Tierra.

Más allá de los *media*

Queremos ahora fijarnos en las respuestas de la población explotada por el capital a lo real de esta crisis. Además de las respuestas respetuosas con las necesidades del capital y bien canalizadas por los sindicatos, ya bien pregonadas por los *media*, ha habido otras más irreverentes, más espontáneas y autoorganizadas fuera del corsé sindical, a las que ahora, aquí, con dificultad, nos aproximamos por la ocultación deliberada que se hace de ellas: ocupaciones, secuestros de dirigentes,

destrucción de fábricas y de mercancías, etc. No queremos con esto introducir la falaz distinción entre luchas reformistas y luchas revolucionarias o anticapitalistas: en ambas sus protagonistas procuran mejorar su condición, pero solo unas nos muestran resortes por los que escapar a la lógica productivista, y a ellas ahora atendemos. Tampoco queremos magnificar el grado de violencia de muchas de estas respuestas; no es esta cota de violencia la que valoramos como medida de radicalidad, aunque ciertamente ella nos muestre el grado de determinación del individuo o colectivo en cuestión.

Como ya hemos dicho, no es nuestro interés, al anotar estas respuestas, insistir en las condiciones miserables y represivas que las provocan, condiciones bien conocidas y que los mismos medios de comunicación nos relatan. Lo que queremos subrayar es la respuesta por parte de estos individuos, de estas poblaciones sometidas y explotadas; respuesta individual o colectiva que transgrede el marco de normalidad impuesto por los *media*. Respuestas de la gente normal, espontáneas, autoorganizadas; gente que conserva, en contra de lo que quiere hacernos creer la televisión, una orientación natural por la igualdad y la comunidad. Fuera de la órbita televisiva aprendemos que no todos los trabajadores pactan reducciones salariales para evitar despidos; que muchos, con decisión, consiguen no perder sus mejoras laborales largo tiempo conquistadas, que otros quieren ya dejar el trabajo asalariado y ensayan otras formas de vida. En su órbita solo podemos ser televidentes, consumidores, productores. Fuera de ella, en la calle, aún podemos ser iguales, hablantes, poetas o creadores de nuestras propias vidas.

Etcétera, enero de 2010

Un texto actual de 1867: Deuda pública

«La deuda pública, vale decir, la enajenación del Estado, ya sea despótico, constitucional o republicano, imprime su sello a la era capitalista. La única parte de la llamada riqueza nacional que entra realmente en posesión colectiva de los pueblos modernos es su deuda pública. Por lo tanto, no hay que asombrarse de la teoría moderna según la cual un pueblo es tanto más rico cuanto más se endeuda. El crédito público es el credo del capital; la falta de fe en la deuda pública, desde que esta se incubía, pasa a reemplazar al pecado contra el Espíritu Santo, el único imperdonable antaño.

La deuda pública actúa como uno de los agentes más enérgicos de la acumulación primitiva. Como por arte de magia, dota de virtud reproductiva al dinero improductivo convirtiéndolo así en capital, exento de los riesgos y problemas inherentes a su empleo industrial e incluso a la usura privada. En realidad, los acreedores del Estado no entregan nada, ya que su capital principal, convertido en títulos de la deuda pública, fáciles de negociar, sigue obrando en sus manos como el dinero en efectivo. Pero, aun prescindiendo de la clase de rentistas ociosos creada de esta forma, y de la riqueza improvisada de los financistas intermediarios entre el Gobierno y la nación, así como de los arrendatarios de impuestos, comerciantes, manufactureros particulares, a quienes una buena parte de cualquier empréstito estatal les aprovecha como un capital caído del cielo, la deuda pública ha impulsado a las sociedades anónimas, al comercio de toda clase de documentos negociables, a las operaciones aleatorias, al agio; en resumen, a las especulaciones bursátiles y la bancocracia moderna».

Karl Marx, El capital, vol. I, 1867.



El estado del malestar en España

El paro juvenil

A pesar de que el desempleo juvenil en España alcanza cotas históricas, no parece, sin embargo, que ello quite el sueño ni a tecnócratas ni a gobernantes, una vez garantizada la paz social para sus negocios; lo que es más extraño es que este paro masivo de la juventud no desencadene una revuelta social más amplia. Desde la crisis económica y financiera de los años 80, el desempleo en general nunca ha bajado del 8 %. En los últimos treinta años, la tasa de paro española ha sido el doble de la media de los países desarrollados, incluso en las épocas de crecimiento. Con ello constatamos reiteradamente que España es el país de la OCDE con mayor tasa de desempleo, por delante de Irlanda, Grecia y Portugal.

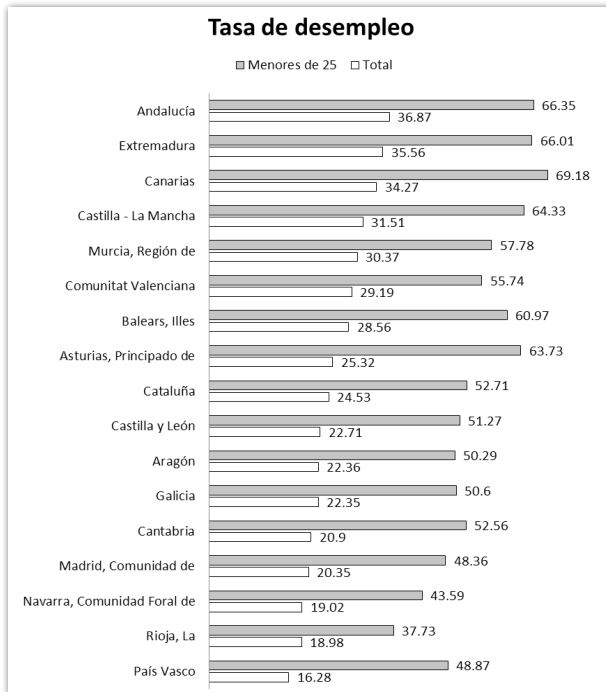


Figura 1. Tasa de desempleo por Comunidades Autónomas.
Primer cuatrimestre de 2012

Para ver la tendencia ocupacional y de paro más reciente utilizamos los datos del 31 de diciembre de 2011. Durante este año han pasado al paro 577.000 personas, lo cual representa un 12,3 % más de parados respecto a los que había a finales de 2010. La tasa de paro a finales de 2011 alcanzaba la cota del 22,85 %, pero en los inmigrantes regularizados la tasa alcanzó el 34,82 %. En 2011 se destruyó más del doble de empleos que en 2010, un total 600.600 puestos de trabajo, frente a los 237.800 que se perdieron en 2010. Y por sectores, el desempleo creció en la construcción un 18,80 %; en la industria, un 3,68 %; en servicios, un 1,58 %, y disminuyó en el sector de la agricultura un 0,49 %.

El aumento del paro ha ido en paralelo con un empeoramiento de las condiciones de contratación. Aunque se realizaron más contratos que en 2010, el peso de la contratación indefinida ha continuado a la baja, y ha pasado del 11,9 % del total de los firmados en el 2010 a solo un 7,7 % en el 2011. En diciembre se firmaron 1.165.465 contratos, lo que supone una reducción de 24.353 (un 2,05 %) sobre el mismo mes de 2010, y del 4,3 % respecto al noviembre de 2011. De ellos, solo eran indefinidos 65.678 (el 5,64 % del total). Se constata el fracaso —o engaño— de las directrices gubernamentales acerca del abaratamiento del despido con el argumento de crear más empleo fijo.

Entre los jóvenes menores de 25 años, el paro subió en noviembre en 9.455 personas (1,98 %) respecto a octubre, y entre los mayores de 25 años, en 50.081 (1,29 %).

El total de hogares españoles es de 17.371.568. Ahora bien, el número de hogares con todos sus miembros activos²⁶ en paro ha aumentado en 149.800 en estos últimos

26. La *población activa* hace referencia a las personas de 16 o más años que están trabajando o dispuestas y en condiciones de hacerlo. Se subdivide en ocupados y parados. La EPA (Encuesta de Población activa, elaborada por el INE), considera como *parados* a los buscadores de empleo disponibles, aunque no necesariamente tengan que estar inscritos en los Servicios Públicos de Empleo como demandantes. La *tasa de paro* es el cociente entre el número de parados y el de activos.

meses, situándose en 1.575.200, cifra nunca alcanzada desde que se realiza este tipo de estadísticas. Los hogares en que no hay ningún miembro activo son 4.388.940. Por su parte, los hogares en los que sus miembros no perciben ningún ingreso alcanzan también niveles desconocidos hasta la fecha, situándose en 560.000; en Catalunya, son 225.300 la cifra de familias que no tienen ningún ingreso, el 8,1 % más que hace un año. El 40 % de los parados –el 8 % de la población activa– vive en hogares donde nadie trabaja, y el 49,3 % de los parados actuales son de larga duración.

Nos queremos fijar ahora en el paro juvenil en nuestro país. El paro en menores de 25 años que buscan empleo ha doblado al del resto de la población durante los últimos cuarenta años. En 2010, la tasa de paro juvenil alcanzó el 41,6 %, es decir 2,3 veces superior a la de la población de 25 y más años; al cierre de 2010, la tasa de paro de los jóvenes de 16 a 24 años era del 42,8 %, frente al 48,5 % del 2011. Uno de cada dos jóvenes españoles no tiene empleo.

Hoy el 50 % de los jóvenes con menos de 30 años no tienen trabajo, y los que lo tienen es de forma precaria, con contrataciones que penden de un hilo. Sus vidas están paralizadas, sin poder hacer planes de futuro ni de vida.

La probabilidad de estar parado de un individuo entre 25 y 29 años era un 4,4 % inferior a la de un joven menor de 21 años durante el período 2000-2007; en 2011, la disminución de la probabilidad de encontrarse desempleado en aquellos de entre 25 y 28 años en relación con los menores de 21, alcanza el 11,6 %.

Si ponemos cifras al desempleo juvenil en perspectiva histórica y las comparamos con las de otros países, vemos como el paro de los jóvenes españoles siempre aumenta muy rápidamente cuando la economía sufre un parón. Baste recordar que el desempleo de los menores de 25 años

subió hasta en torno el 45 % en el tramo 1984-85 (como consecuencia de la crisis de principios de los 80) y en 1994-96 (consecuencia de la crisis de 1991-92). Por tanto, el rápido aumento del desempleo juvenil en España en respuesta a una caída del crecimiento económico no es un fenómeno nuevo, sino recurrente, indicando que tiene unas causas estructurales que persisten en el tiempo.

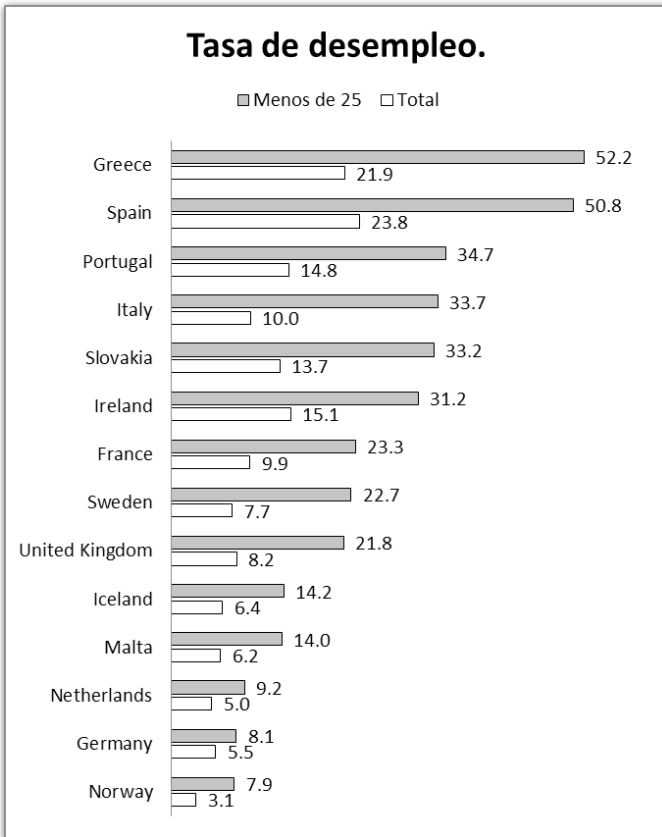


Figura 2. Tasa de desempleo juvenil y general de algunos países europeos

Es cierto que en los datos históricos de la ocupación laboral, dentro del sistema de acumulación del capital siempre, el paro de los jóvenes suele doblar, más o menos, al de los adultos de mediana edad, mientras que en países con un alto nivel de formación, como los escandinavos, esta relación se acerca al triple. Desde los años setenta, estos países han practicado un capitalismo de «rostro humano» buscando el pleno empleo, y los más beneficiados han sido los jóvenes y las mujeres a través de la creación de trabajos de alta cualificación y una alta tasa de empleo público. En 1990, este representaba el 30 % del empleo total. La crisis en estos países, precisamente, ha afectado a este nivel de cualificación, siendo por tanto los jóvenes los más afectados. El Estado era el mayor contratante de empleo público joven en los países nórdicos; con la relativización del Estado del Bienestar, esto ha dejado de ser así, y hoy afecta severamente al empleo juvenil.

En la UE, el desempleo de los menores de 25 años es del 20,9 %, mientras el paro general alcanza al 9,9 % de la población activa. Este desempleo juvenil no solo es elevado en perspectiva histórica, sino también en perspectiva comparada: durante los últimos 20 años, la tasa de paro de los menores de 25 años ha multiplicado por 1,5 la de la UE de los quince, y por 3,1 la de Alemania. Ello pone en claro que la tasa española de desempleo juvenil no es particularmente alta respecto al desempleo general. Por tanto, el problema no es tanto el desempleo juvenil como el elevado desempleo general y sus causas estructurales.

La tasa regional de desempleo juvenil se ha duplicado en cuatro años, al pasar del 24,5 %, registrado a finales de 2007, al 49,57 % al cierre de 2011, según los datos de la EPA. El incremento en esta franja de edad (de 16 a 25 años) ha sido vertiginoso en Canarias, Extremadura, Andalucía, Castilla-La Mancha y Baleares, comunidades que completan el grupo

de las diez regiones europeas con mayor paro juvenil. Canarias, con una tasa del 60,5 %, supera a Túnez y Libia.

España fue el país de la UE que experimentó el mayor incremento de población activa (con trabajo o en su búsqueda) durante la última década: entre los años 2000 y 2010, la magnitud de la inmigración fue tal que el número de activos entre 25 y 64 años aumentó en 5,6 millones de personas (un 36,5 %) hasta alcanzar los 20,9 millones. Por el contrario, la población activa menor de 25 años experimentó una disminución significativa (-452 mil personas desde 2000, un -18,1 %), casi seis veces superior a la registrada en la UE15 (-3,1 %). Sin embargo, este sector es el que más ha sufrido el paro.

Con estos datos haremos algunas consideraciones respecto al paro de la juventud en nuestro país:

Hemos dicho que el paro juvenil es un problema en España desde hace más de veinte años. En 1988, el Gobierno socialista introdujo un contrato temporal para jóvenes trabajadores que provocó, entre otras cosas, la huelga general de 1988. A partir de aquel momento han sido innumerables las reformas basadas en la flexibilización del empleo, sobre todo respecto al empleo juvenil. Sin embargo, las tasas de paro juvenil, lejos de disminuir, han aumentado año tras año, y cuanto más se ha flexibilizado el mercado, más paro juvenil se ha creado. Por el contrario, para el mundo empresarial, la rigidez del mercado laboral es lo que impide la contratación. A pesar de la existencia de infinidad de oficinas y empresas dedicadas a la colocación e intermediación (prestamismo regularizado), y la promulgación de muchísimas modalidades de contratos, como los de obra, de servicio, por horas, temporales con indemnizaciones de 8 días por año trabajado, contratos de becarios, de prácticas, etc., el paro general ha seguido en aumento, y el juvenil, más.

Cabe recordar dos momentos cruciales en los que socialistas y populares impulsaron, en la misma dirección y con los

mismos métodos, el desarrollo y el crecimiento del gran capital: la expoliación o apropiación del suelo español para una consecuente y coordinada especulación inmobiliaria. En primer lugar, recordemos al Gobierno socialista con la ley Boyer de abril de 1985, con la supresión de la prórroga forzosa en los contratos de arrendamientos urbanos, y con la autorización para la transformación de viviendas en locales de negocio.

El segundo momento se dio con la promulgación de la ley del régimen del suelo por parte del Gobierno popular, en abril de 1998, con la reforma y la falacia según la cual, cuanto más suelo se calificara como urbanizable, más barato sería, y, en consecuencia, también lo sería la vivienda. Estos dos momentos aceleraron el proceso que llevaría al derrumbe laboral y al inicio de la etapa en la que nos encontramos ahora. En aquel momento se llegaron a crear cinco millones de empleos flexibilizándose la ley de extranjería para aumentar el ejército laboral reservista que contuviera los precios salariales ante tanta demanda; los inmigrantes ocuparon más de la mitad de los cinco millones de nuevos puestos, y se promovió el crecimiento de otros muchos en sectores derivados de la construcción. No hay duda de que en este sector se ganaba dinero, en él mismo y en sus numerosas ramificaciones. Ello constituyó un atractivo para los jóvenes que no se sentían a gusto en los estudios de secundaria y el dinero que ganaban servía para cubrir las necesidades que tenían o se creaban. Muchos jóvenes sin estudios, o con niveles académicos limitados, encontraron trabajo, aunque fuera de baja calificación. Cuando la crisis llegó estos empleos, desaparecieron, y en el sector industrial los jóvenes fueron los primeros despedidos, fundamentalmente porque tenían contratos temporales e indemnizaciones más baratas. Estos jóvenes ahora no tienen trabajo; los que pueden operan en la economía sumergida.

En España hay un índice de abandono escolar del 30,6 %, superior al de los demás países UE27, de tal manera que

solo Malta, con el 38 %, y Portugal, con el 34,3 %, tienen datos peores en relación a sus estudios secundarios, aunque desde el hundimiento del sector de la construcción se han observado más matriculaciones escolares.

Respecto a la formación superior, el subempleo (el ocupado con una categoría que se encuentra bastante por debajo de su preparación profesional), ha sido normal en España durante las dos últimas décadas. Los universitarios empleados en ocupaciones que requieren una titulación menor, ha sido superior al 30 % desde comienzos de la década de los 90, el más elevado de la UE27. A las alarmas de la OIT se une el hecho de que el paro de los titulados universitarios en España se duplicó entre 2007 y 2009, hasta alcanzar una tasa del 9,4 %. En el resto de la UE el incremento fue de un punto, con un 4,8 % de los licenciados y diplomados sin trabajo. La sobreformación es todavía más relevante en los conjuntos de población más jóvenes: el porcentaje de ocupados sobrecualificados supera el 40 % en la población entre 25 y 29 años. La EPA revela que ya hay más de un millón de licenciados en paro.

Es frecuente el trabajo en negro en academias, en los puestos de becarios, los doctorados sin beca y sin remuneración que hacen muchos jóvenes titulados, al ver que no pueden obtener un empleo. Un gran número de ellos, ante el mercado laboral que se les presenta, se dedican a preparar oposiciones porque ven que en la función pública van a obtener condiciones laborales mucho mejores de lo que les podría ofrecer el mercado de trabajo privado. Pero la propia realidad de la crisis está llevando a que se sobresaturen las oposiciones, creando una situación de enorme dificultad para acceder a un empleo público. Y si hablamos de un concurso-oposición, la cosa ya roza lo imposible, siendo la máxima aspiración la de estar en «bolsa» para hacer sustituciones y ganar puntos y, así, en pocos años, aspirar

realmente a la plaza. De todas formas, las administraciones han lanzado una moratoria según la cual no va a haber oposiciones, o van a estar restringidas durante bastantes años.

Otra característica de los jóvenes trabajadores españoles es la temporalidad de sus empleos: en el primer trimestre de 2011, el 55,9 % de los jóvenes con edades comprendidas entre los 15 y 24 años que trabaja, tenía un contrato temporal, porcentaje que superaba y duplicaba la media de los países de la OCDE, situada en el 24,5 %. Más tarde, en agosto, el Gobierno suprimió el límite para encadenar contratos temporales que hasta entonces, desde la reforma laboral de 2006, tenía un tope de dos años, lo cual significó otro paso hacia la precarización. Un tercio de los casi cuatro millones de temporales que existen tienen contratos de menos de seis meses de duración, 20.300 de un día y 118.500 de menos de un mes. El número de asalariados con contrato indefinido, según datos de octubre de 2011, ha disminuido en 160.600 jóvenes durante el tercer trimestre, mientras que los temporales han aumentado en 47.600, lo que parece indicar que las empresas están sustituyendo una modalidad de contratación por la otra.. Como tendencia, durante 2011 la contratación indefinida de la población joven ha disminuido un 2,2 % respecto a 2010.

Desde los inicios de la especulación de la vivienda, esta se convirtió en un bien casi inasequible para los jóvenes. Ello hizo que la edad de emancipación de la familia fuera aumentando de tal manera que, si en 1977 los jóvenes emancipados de entre 20 a 34 años constituían el 44 % de su población, en 2001 eran el 33 %. A estas dificultades de la vivienda se han sumado las de la actual crisis, las cuales, juntas, han hecho que el 45 % de los adultos españoles de entre 18 y 34 años siga viviendo en el hogar progenitor, configurando una de las tasas más altas de Europa. De manera más segmentada: el 67 % de los jóvenes españoles de

entre 18 y 29 años vive con sus padres. Tampoco es de desdenar la cultura familiarista de la sociedad española, que ha contribuido a este retraso en la emancipación. Las actitudes sociales promueven que la mayoría de los jóvenes no salgan del hogar familiar hasta que van a formar la propia familia.

La prolongación de la relación familiar, aunque sea no deseada, sería una explicación al porqué en España no se han constituido guetos juveniles como los que se dan, por ejemplo, en ciudades de Francia, Inglaterra, etc. Este «colchón familiar» proporciona protección y seguridad, a la vez que al Estado le supone un enorme ahorro en dispendio social. No es de extrañar que hoy sean ensalzados una y otra vez los valores de la familia, su solidaridad, unidad, etc., o «la convivencia en el hogar funciona como un seguro de desempleo» (de un estudio elaborado por encargo de la Obra Social 'La Caixa').

Son de remarcar las importantes diferencias de desempleo entre las Comunidades Autónomas, y dentro de ellas, según las provincias: mientras Navarra y el País Vasco no alcanzan el 14 %, Andalucía supera el 31%, y dentro de ella, Cádiz cerró el año con el 35,33 %, siguiéndole Huelva con el 34,23 %.

Respecto al futuro próximo, la OCDE, en su último informe, afirma que la tasa de paro en España en 2012 crecerá de manera acentuada y tendrá una variación todavía más negativa frente a las anteriores previsiones, acercándose al 24 %, con lo cual el paro juvenil, que es el más sensible, sería el que más sufriría las consecuencias.

Siguiendo los pasos que señala la centralidad europea del capital, la patronal española alienta con nuevas ideas el cerco al mundo asalariado –de manera especial al más joven– como, por ejemplo, sugiriendo la creación de miniempleos de 400 € –paso del contrato basura al de coste casi nulo–, y acentuando la idea de desligar los incrementos salariales de

los del coste de la vida, pero vinculándolos a la productividad y la rentabilidad empresarial.

Despilfarro y corrupción

La argucia presentada por representantes del capital español para exigir el ahorro del 8,2 % del PIB, para cubrir así el déficit con el que ha cerrado España el 2011, es que «hemos» gastado más de lo que debíamos. Afirman que, para ello, se deberá acometer un recorte de 38.000 millones de euros más para cumplir con el objetivo de reducir hasta el 4,4 % el déficit en 2012. Han explicado que cada punto de déficit equivale aproximadamente a 10.000 millones de euros. Por su parte, el Gobierno catalán alega que para reducir «nuestro» déficit del 3,9 % del PIB de 2010 hasta el 1,3 % de 2011, ha sido preciso hacer ahorros mediante recortes por un valor de 4.900 millones de euros durante 2011. En los últimos dos años se habrá reducido la deuda en 5.611,8 millones de euros, cifras que marean y, sobre todo, que mienten. En el supuesto de la necesidad del dinero, sabemos quienes lo tienen y que lo tienen para hacer a su vez más dinero, en un frenesí desbocado, huida a un futuro dibujado sin imaginación. Se trata de una patología endémica. Dos cuestiones surgen de inmediato: quién y cómo se ha gastado este dinero (suponiendo que así sea), y si hay que pagarlo, ¿quién? Solo las costumbres (rutina y sumisión), la permeabilidad (propaganda) y la enorme adaptabilidad (supervivencia, con su equívoco sentido) de la especie humana, puede aceptar, hasta el momento, este estado social de las cosas.

Veamos de qué manera se ha empleado y se sigue haciendo uso del dinero público, y en qué magnitudes:

1. Banca. Los bancos españoles han utilizado desde el inicio de la crisis financiera ayudas públicas —ya sea en forma de capital o de avales para emitir deuda— por un valor

de 146.000 millones de euros, cifra equivalente al 8,4 % del PIB, según un informe oficial publicado el 1 diciembre de 2011. Esta cantidad no incluye todavía las ayudas concedidas en 2011. Las cantidades de ayuda utilizadas por las entidades han ido aumentando progresivamente a medida que avanzaba la crisis, desde los 2.330 millones de euros en 2008, a los 56.740 millones en 2009, y a los 87.150 millones en 2010, según los datos de Bruselas. En total, el volumen de ayudas autorizadas para la banca española hasta ahora asciende a 336.960 millones de euros, aunque sólo se han utilizado de manera efectiva la mitad.

En todo caso, el volumen de ayuda pública a la banca española todavía está por debajo de la media de la UE, que se sitúa en el 13 % del PIB. El conjunto de las entidades europeas ha utilizado ayudas públicas por valor de 1,6 billones de euros, de las cuales 1,1 billones corresponden a avales y 409.000 millones a medidas de recapitalización y tratamiento de «activos tóxicos».

En España, de los 2.500 millones de euros autorizados para facilitar el acceso de las empresas a financiación, solo se han utilizado 350 millones en 2010. Ahora bien, la misma banca española afirma haber obtenido 9.300 millones de beneficios en los nueve primeros meses de 2011.

El Banco de España informó a primeros de octubre que cuatro Cajas de Ahorro españolas habían recibido 7.551 millones de euros, poniendo así punto final a su proceso de recapitalización.

2. Industria del armamento. Hay aspectos en la Administración que, sin ser secretos oficiales, no se airean. Nos dicen que toda la industria española está inmersa en la crisis. Casi, porque la venta de armamento a otros países, solo en el primer semestre de 2010, aumentó en un 77,7 % con respecto al año anterior. Las exportaciones de material militar

alcanzaron los 1.346 millones de euros en 2009; son datos oficiales de la Subdirección General de Comercio Exterior de Material de Defensa y de Doble Uso. En 2010, el total de gasto militar en España²⁷ fue de 18.160 millones de euros, lo que supone respecto al PIB el 1,73 % o, si se quiere, 50 millones de euros/día. De todas formas, hay que tener en cuenta que el CNI se escuda en la ley de secretos oficiales y no facilita la liquidación final, que probablemente es muy superior a la que hemos incluido. Sabemos que la variación final del gasto desviado respecto al presupuesto aprobado fue de un +15,8 % en 2008 y de +11,9% en 2009.

3. Casa Real. Conviene saber que la asignación global de la Casa del Rey no está sometida al Tribunal de Cuentas. El presupuesto de la casa real para 2010 fue de 8,6 millones de euros, a los hay que sumar, al menos, otros 5,9 millones para el «apoyo a la gestión administrativa de la Jefatura del Estado». Esta cantidad adicional se utiliza para pagar los sueldos de la mayor parte de los 137 empleados de la casa. Los gastos totales de la Casa Real, incluyendo su asignación oficial, los gastos de desplazamientos, el mantenimiento de bienes muebles e inmuebles, el mantenimiento de los 60 vehículos oficiales y los viajes al extranjero, se elevan a 25 millones de euros.

4. Cárceles. Instituciones Penitenciarias obtuvo para el año 2010 una partida de 1.241,52 millones de euros, lo que supone un incremento de 65,10 millones, un 5,5 % más que en el ejercicio anterior. En 2009, mantener un preso en

27. Este análisis del gasto militar pertenece a *Stockholm International Peace Research Institute* (SIPRI), el Instituto que analiza los aspectos militares mundiales. Los criterios son: gasto de las fuerzas armadas; gasto del personal civil o militar con cargo al Ministerio de Defensa; gasto de funcionamiento de los programas militares incluidos los espaciales; gasto de las organizaciones paramilitares; gasto en I+D e inversiones en armas, infraestructuras e instalaciones militares; pensiones y seguridad social del personal civil o militar del Ministerio de Defensa; la ayuda militar y la participación en organismos o misiones militares al exterior.

España costó 54,79 € al día. La asignación para el mantenimiento del régimen penitenciario español –cuya población carcelaria tiene, como ya sabemos, la *ratio* más alta de Europa– fue en 2010 de 3.184.558 € al día, lo que supone unos 50 € preso/día. Entre otras consideraciones, no podemos dejar de pensar que la mayor parte de ellos vivirían mejor, fuera de la cárcel, con estos 1.500 € mensuales. Catalunya tiene el porcentaje más alto de funcionarios por recluso de todo el Estado español: 5.000 para 10.500 presos.

5. Suicidios y enfermedades mentales. Según la OMS, en el mundo occidental el suicidio es la segunda causa de muerte, tras los accidentes de tráfico, entre los 10 y 24 años. Afirma que se podría evitar el aumento de los suicidios con el rechazo a las políticas que hacen caer el sistema de previsión social, la educación, la sanidad, la cultura y el medio ambiente. El mismo Instituto Nacional de Estadística refiere que el número total de suicidios en España en 2008 fue de 3.421 personas, superando por primera vez a los fallecidos por siniestros de tráfico (3.021). Se sabe que las cifras reales son mayores que aquellas, puesto que muchos de aquellos sucesos se confunden con accidentes. También es notorio como en España los suicidios están aumentando, y son ya la tercera causa de muerte, tras la mortalidad cardiovascular y el cáncer.

El psiquiatra Álvaro Rivera, de San Juan de Dios (Salud Mental, Madrid), ha constatado que las situaciones de angustia que están viviendo los españoles han multiplicado los episodios de depresión y ansiedad en los últimos cuatro años. Las personas con problemas psicológicos entre los parados representan el 34 % en comparación con el 16 % de los que tienen trabajo y, cuanto más se prolonga el desempleo, mayores son las consecuencias sobre la salud mental. Únicamente el 14 % de estas personas tiene una pareja estable, y un porcentaje muy elevado está aislado socialmente, al pesar sobre ellas «un estigma importante». Afirma que

actualmente un 9 % de la población española padece una patología de estas características –un 3 % de carácter grave– y, haciendo una estimación de futuro, el 19 % sufrirá algún trastorno de este tipo a lo largo de su vida.

En España supone la segunda causa de baja laboral y el tercer grupo de enfermedades que genera más gasto al sistema sanitario público, en torno a unos 8.000 millones de euros anuales.

Gran parte del dinero público se sigue depositando en la basura y, sobre todo, en los bolsillos de muchos políticos. Unos ejemplos: Ciudad de la Cultura de Santiago de Compostela: 400 millones de euros; solo se ha construido con este dinero la tercera parte del proyecto completo. Tranvía de Zaragoza, con un coste de 400 millones de euros destinados a una única línea, con planes de ampliación a dos más. Caja Mágica, de Madrid: coste de 300 millones de euros (para el Open de Madrid de tenis), costó el doble de lo presupuestado. Aeropuerto de Castellón-Costa Azahar, cuyo coste ha sido de 150 millones de euros; hay visitas guiadas a sus instalaciones, que no operan. Palacio de Congresos de Oviedo, diseñado por el arquitecto Calatrava, con un coste de 143 millones de euros. Las setas de la Encarnación, Sevilla: 123 millones de euros, cobrados por Sacyr, con un 70 % de sobrecoste y una subvención pública de 65 millones para que sea gestionado por una empresa privada durante los primeros 40 años. Puerto deportivo de Laredo: una obra de 90 millones de euros. Tranvía de Jaén, 74 millones de euros y 6 millones anuales en su mantenimiento. Torre del Agua, en Zaragoza, de la Expo de aquella ciudad, con un coste –solo la Torre– de 46 millones de euros: se trata de un edificio de 76 metros de altura, vacío en su interior. Aeropuerto de Lleida-Alguaire, coste de 42 millones de euros, con una media de 50 pasajeros a la semana. En Valencia la Generalitat pagó 15 millones de euros al arquitecto Calatrava para dise-

ñar un proyecto urbanístico junto a la Ciudad de las Artes y las Ciencias, que casi con toda seguridad nunca se realizará. La Terminal-1 del aeropuerto de Barcelona ha supuesto una inversión superior a los 3.000 millones de euros. Una partida de otros 2.000 millones más se va a destinar para remodelar las Terminales A, B y C. (Cuando entre en servicio en 2013, el llamado Satélite de la Terminal 1 de Barcelona podrá absorber 70 millones de pasajeros al año).

6. El AVE merece un apartado propio: España es el país europeo con más kilómetros de vía para alta velocidad construidas (2.600 km, por encima de Francia y Alemania), y en construcción (2.200 km, por encima de los 378 alemanes y de los 300 franceses). Cada kilómetro de vía AVE cuesta entre 12 y 30 millones de euros (según orografía y geología del terreno), y su mantenimiento sube a 100.000 € por kilómetro/año, y 200.000 si es en túnel, según la Unión Internacional del Ferrocarril. Tomando como referencia la línea Madrid-Asturias, actualmente en construcción, solo para el trazado La Robla-Gijón (112 km), Fomento baraja una inversión de «más de 3.890 millones». El coste total de esta construcción es de 8.096 millones. Para el mantenimiento, suponemos 395 km (que son exclusivos para el ramal de Asturias) a razón de 100.000 €, y 60 km de túnel a 200.000 €, lo que resulta un gasto anual de 51,5 millones.

El Gobierno, en febrero de 2011, anunció a la UE que iba a licitar el tramo de AVE entre Olmedo (Valladolid) y Ourense, por 6.500 millones de euros, que tras la desviación presupuestaria se convirtieron en 7.700 millones.

En junio de 2011, el servicio AVE que une Toledo con Albacete, fue suprimido por su baja ocupación. Se invirtieron 3.500 millones de euros en este tramo, que ahora funcionará con trenes ordinarios. Solo la estación nueva de Albacete costó 48 millones.

Sin embargo, la partida en los presupuestos de 2011 de la red de alta velocidad es la menos afectada por los ajustes. Fueron destinados 5.187 millones de euros, el 73 % de la cuantía total para ferrocarriles, y su descenso escasamente llega a un 4 % con respecto al presupuesto de 2010.

7. Iglesia católica. En la Ley Orgánica de Libertad Religiosa de 1980, el Gobierno, en nombre de haber asistido siempre históricamente a la Iglesia, renovaba el compromiso del Estado de contribuir a su adecuado sostenimiento económico, pero de forma transitoria y respetando de forma absoluta el principio de libertad religiosa. Sin embargo, no ha dado ningún paso en esta dirección. En abril de 2009 el Gobierno elaboró un proyecto para modificar la orden que eximía a la Iglesia Católica del pago del Impuesto sobre Construcciones, Instalaciones y Obras (ICIO). Las obras en los edificios religiosos están exentas de abonar este suplemento municipal, que no supera el 4 % de la base imponible (el presupuesto de la obra). En la práctica, sin embargo, la Iglesia sigue sin pagar estos impuestos. A ello hay que añadir las exenciones fiscales/tributarias que, pese a lo que dice la ley, aún mantiene la institución.

En 2009, el Estado español entregó a esta iglesia más de 6.000 millones de euros para su financiación. Año tras año se repite la donación. Solo en centros escolares, se ceden más de 3.500 millones, más otros 600 destinados a pagar a los profesores de religión u otros docentes en centros concertados. La declaración de la renta reportó a los católicos 241 millones el año 2009. Por si no bastara, las donaciones a la Iglesia desgravan un 25 % del IRPF (personas físicas) y un 35 % del Impuesto de sociedades (personas jurídicas). Pero el Estado devuelve a los fieles, y por tanto aporta, el 25 % (o el 35 %) de esa cantidad. Esto supone 71 millones de euros.

Algo más de 60 millones de euros costó la visita del Papa a Valencia en 2006. La visita a Madrid, en agosto de 2011,

supuso un gasto equivalente al recorte en educación realizado por aquella Comunidad mediante la Ley de Medidas Urgentes, un total de 40 millones de euros, según estimaciones de la propia Consejería.

La CE ha emitido repetidas críticas desde los años 90 a los privilegios fiscales de que goza la Iglesia Católica en España. Las denuncias más airadas se produjeron en 2004 y 2005, en relación a la exención del pago de la tasa del Impuesto sobre el Valor Añadido (IVA). La UE exigió la aplicación del IVA a la Iglesia. El Gobierno y la Conferencia Episcopal acordaron en 2006 la renuncia de la Iglesia a la exención del IVA en las operaciones comerciales, que entró en vigor el 1 de enero del año siguiente. Sin embargo, la institución se sirve de mil vericuetos para eximirse de este pago, sin que tenga que esforzarse mucho, dada la permisividad de Hacienda para con ella. Además, se mantiene la exención en la renta, el patrimonio, IBI, sucesiones, donaciones y transmisiones patrimoniales. La exención de estos impuestos le supone un ahorro a la Iglesia de 750 millones de euros, que son otra contribución más del Estado. La donación de solares tampoco es una rareza: en Valencia se han cedido diez parcelas en la última década.

La Iglesia recibe, por otra parte, ayudas directas para el sostenimiento de su patrimonio artístico e inmobiliario: 280 museos, 103 catedrales o colegiadas y cerca de mil monasterios. Decenas de millares son sus templos. Las administraciones públicas en 2005 gastaron 200 millones de euros para obras de conservación o reforma.

8. Evasión de capitales. España ocupa el octavo puesto en el *ranking* mundial del PIB, y ello va aparejado con la evasión de impuestos de las personas jurídicas y de las particulares. El Observatorio de Responsabilidad Social Corporativa estima en unos 80.000 millones de euros la cantidad que cada año es trasladada desde España a los paraísos fiscales.

El 82 % de las empresas del Ibex (que cotizan en Bolsa) acude a paraísos fiscales (Repsol YPF, Grupo Santander, BBVA, Ferrovial, Gas Natural, ACS, Abengoa, Abertis, Inditex, Banco Sabadell, Telefónica, etc.). Nadie lo impide. Cada vez son más, según el informe del Observatorio, dado que en 2007 la presencia en los paraísos fiscales representaba el 69 % del Ibex 35. En el trienio de la crisis económica han aumentado, precisamente en casi un 19 %, las empresas que han decidido instalarse en esas zonas opacas a las Haciendas.

El Observatorio afirma que «mientras las inversiones de las empresas del Ibex 35 en paraísos fiscales han experimentado un crecimiento vertiginoso –entre enero y setiembre de 2010 ha sido el doble que en todo 2009–, la recaudación por el Impuesto de Sociedades se desplomó un 55 % entre 2007 y 2009», y recuerda que «las grandes empresas se benefician de deducciones y exenciones, con lo que en la práctica sólo pagan el 10 % de media sobre los beneficios en el Impuesto de Sociedades». Estas empresas «subieron el sueldo en un 15,5 % a los consejeros, con una media de 602.000 € más que en 2008».

Es decir, que el Estado, como institución, es sumamente corrupto, inepto y letal. Si a él unimos algo que le es intrínseco, como son los poderes económicos, tenemos lo que ahora vemos y vivimos. Sin querer ser tremendistas, creemos que se vislumbra un escenario dantesco en un futuro próximo. Más de dos millones y medio de personas están a las puertas de la beneficencia, la caridad y la solidaridad familiar o vecinal. Y cuando vemos la orientación, las propuestas, el lenguaje soez y los propósitos de los estrategas, pensamos –a menos que se dé una contundente y pertinaz reacción social– en un derrumbe y aplastamiento de nuestras sociedades. Quizás, por desgracia, de nuevo constataríamos lo que Walter Benjamin dejó escrito, a propósito de los totalitarismos, para la Europa de los años 30: que el fascista

no es sino un liberal dispuesto a llegar hasta las últimas consecuencias del liberalismo.

Se ha proclamado hasta la saciedad que todo lo que se hiciera contra este orden establecido no era más que atentar contra los cimientos de la civilización y los pilares del Estado de derecho, etc. Hoy, quizás más que nunca, queda patente que solo rompiendo este orden se podrá generar otra sociedad. Envalentonados los Estados europeos ante la pasividad y la condescendencia social, identificados aquellos con los supremos poderes financieros, conforman una alianza fuerte y despótica en su brutalidad, sobre las masas. Imposibilitados de llevar a cabo la Tercera Guerra Mundial, de tipo convencional, optan por una masacre generacional y cultural; millones de proletarios sobramos —eufemísticamente productores, especialistas, empleados, vendedores, informáticos, parados, jubilados, etc. ¿Qué hacer con ellos?... la marginación social, que es un linde en el proceso de la precarización.

Tras la Segunda Guerra Mundial y el consecuente final de la gran crisis, los triunfadores se prodigaron en las promesas —hechas sobre los sesenta millones de tumbas— de que jamás habría otra guerra como aquella; que todos los gobiernos velarían por la primacía de la paz y el bienestar de los pueblos. La guerra había sepultado, entre muchas cosas, las revueltas y las luchas sociales que intentaban evitar; también, la hecatombe que luego vendría. En 1948 se promulgaron Derechos humanos para todos. Casi setenta años después, el capital internacional preside de nuevo la humillación de la mayor parte de población de los pueblos de Europa.

Etcétera, febrero de 2012

Continuando con el actual estado del malestar...

Hasta aquí hemos señalado «el Estado del Malestar en España», subrayando el elevado índice de paro (24'5 %, más de 5,6 millones) y, más concretamente, un paro juvenil que es ya del 50 %, ambos entre los más elevados del mundo. Ahora nos queremos fijar en el sector del cemento y el ladrillo, que junto al financiero ha sido, desde el franquismo, la fuente de multimillonarios negocios, grandes corruptelas y lavado de dinero negro, y cuyo peso se ha multiplicado en las últimas décadas en la misma proporción que aumentaba la cantidad y la velocidad de circulación del dinero.

La sociedad del cemento, el ladrillo, las finanzas y los políticos

El largo proceso especulativo que coaliga esta asociación, con ánimo de grandes lucros, entre los bancos y cajas, la industria del cemento y el ladrillo, la industria del turismo y los políticos, tiene sus inicios con Franco y su Estado nacionalcatólico, y como era de esperar verá su continuación y máximo desarrollo con el Estado continuista de la democracia-monárquica nacionalcatólica. Sus protagonistas son los mismos bancos y cajas, aunque ahora han reducido su número debido a las fusiones y concentración de poder, la industria del cemento y del ladrillo, donde están básicamente los mismos²⁸. Respecto a los políticos, en la llamada «Transición» se acoplaron algunos nuevos que, rápidamente, se adaptaron a la situación, acompañados por los viejos

28. Sólo un ejemplo, en Sacyr Vallehermoso están, entre otros, Ferrovial, que fundó en 1952 el franquista Rafael del Pino y que se enriqueció realizando infraestructuras para Renfe. Sus hijos, que son ahora los jefes, se apellidan del Pino Calvo-Sotelo. Acciona viene de Mzov Cubiertas y Tejados. A Florentino Pérez de ACSA (que tiene un agujero de más de 9 mil millones) en 1973 Franco ya lo había nombrado Director de la asociación española de carreteras y con la UCD fue Director general de infraestructuras... Y así se podría continuar.

camaradas o por sus hijos²⁹, y continuaron, perfeccionaron y aumentaron las antiguas prácticas de caciquismo y corrupciones.

Este proceso especulativo inmobiliario-financiero se puede dividir en tres etapas (J. M. Naredo), cada una de las cuales termina con su consiguiente crisis, y cada una de ellas significa un salto adelante en el proceso especulativo:

La primera fase conoce su apogeo entre 1960 y 1973, cuando, a través de los sucesivos planes del Patronato Nacional de la Vivienda, se construyeron numerosos polígonos de viviendas con miles de pisos precarios en los suburbios de las ciudades. Es la fase de pantanos, carreteras, vías de tren, pisos baratos en los barrios periféricos para sustituir chabolas, y también de la primera construcción en serie de hoteles y apartamentos en la costa mediterránea. Por lo que respecta a la vivienda, hay que recordar dos datos: el primero, que en 1939 Franco mandó crear el Instituto Nacional de la Vivienda, que, en sus primeros tiempos, tendría más una función propagandística que la de realizar la proporción de viviendas necesarias protegidas de propiedad o alquiler; y, en segundo lugar, hay que remarcar que hasta 1950 más del 90 % de los habitantes de las ciudades españolas vivían en pisos o casas de alquiler (el 95 % en Barcelona, el 94 % en Madrid o el 90 % en Sevilla). En 1956, el Estado de Franco decreta la «Ley del suelo de España» y, al año siguiente (1957), se crea un nuevo Ministerio de la Vivienda, cuyo primer titular será el arquitecto falangista José Luis Arrese, que resumió el alcance de sus intenciones económico-políticas con la frase: «queremos una España de propietarios, no de proletarios». Esta primera fase terminaría con la crisis

29. Es una banalidad recordar que los Aznar, los Rato, los Gallardón y los Aguirre, los Bono y los Ruíz Giménez, los Fernández Ordóñez, los Fabra y los Fraga, o el notario-alcalde Porcioles y el inclito Samaranch y toda la retahíla que se quiera añadir, todos fueron o son franquistas.

del petróleo de 1973 y con una agitación social creciente. En 1975, pocos meses antes de la muerte del dictador, se reformaría la Ley del Suelo en cuanto a las expropiaciones, al aprovechamiento urbanístico o a la clasificación o calificación del suelo urbanizable.

La segunda fase se inicia en 1985, con los socialistas en el Estado. Su punto de partida fue la Ley Boyer, que modificaba los arrendamientos urbanos de indefinidos a temporales, permitía un incremento desmesurado del precio de los alquileres, suprimía la prórroga forzosa en los arrendamientos de viviendas y concedía libre acceso a inversiones extranjeras. Esta fase es importante porque se ponen las bases para el gran apogeo de la especulación inmobiliaria-financiera. Para impulsarla a pleno rendimiento, en 1990, el Gobierno de Felipe González aprueba una nueva reforma de la ley del suelo en la que, sobre todo, facilita la conversión de suelo rústico a urbanizable mediante el derecho a urbanizar, y de urbanizable a suelo urbano mediante el derecho al aprovechamiento urbanístico. Se inician también las grandes infraestructuras, autovías y autopistas y el tren de alta velocidad (AVE); asimismo, se inicia la experiencia corrupto-especulativa de los grandes fastos que consumen miles de toneladas de cemento, hierro, ladrillo o vidrio, las Olimpiadas de Barcelona y la Capitalidad Mundial de Sevilla. Precisamente, con la finalización de los fastos, empezó el mismo 1992 el declive, con la crisis que generó un paro de más del 20 % y que se alargó hasta casi 1995.

La tercera fase de este proceso especulativo inmobiliario-financiero se inicia con el Gobierno de los populares de Aznar, que promueve en 1998 una ley del suelo que es la culminación de la anterior reforma socialista. Significaba la liberalización del suelo. Salvo por una disposición jurídica, todo el suelo era urbanizable, con lo que abría totalmente la caja de las corruptelas en los ayuntamientos, pues, en el

momento de ser recalificado, aumentaban como la espuma las plusvalías del terreno, cedía a las Comunidades Autónomas las competencias en materia de ordenación urbanística y reducía el coeficiente de cesión obligatoria de los promotores al ayuntamiento. Será la etapa de jactanciosos proyectos megalómanos y multimillonarias corrupciones: el Fórum en Barcelona, la Ciudad de las Artes en Valencia, diversos aeropuertos sin aviones, estaciones y líneas del tren de alta velocidad sin pasajeros, museos sin obras de arte, parques temáticos elevados a la categoría de obras de Estado, circuitos de carreras y visitas del Papa, hoteles y apartamentos en toda la línea de mar...visibilizando todo el esperpento hispánico. Es la fase especulativa en la que se moverán los mayores volúmenes de capitales y, a mayor velocidad, miles de millones de dinero negro para ser lavado o dinero lavado para ser blanqueado, generando tanta corrupción que, por su desmesura, harta ya oír hablar (propaganda-informativa) sobre ella.

No es banal incidir en la corrupción; sabemos que no es una excepción que provoque escándalo, sino que es parte del normal funcionamiento de este sistema capitalista: la corrupción por sistema. Cuanto más y más rápidamente circula el dinero, mayor especulación y corrupción engendra. En el Estado español la corrupción viene siendo una práctica normal; lo fue durante el franquismo y lo es en sus actuales sucesores: monarquía, políticos, partidos, sindicatos, municipios, etc., y está muy ligada a la industria de la construcción y a la especulación inmobiliaria; la banca nacional y extranjera ha aportado el resto del ladrillazo, al sector que fuera el más importante del sistema productivo español.

El precio de la vivienda en España pasó de 52.800 pesetas/m² en 1987 a 174.100 en 2001, sufriendo un incremento del 45 % entre 1998 y 2001 (Ministerio de Fomento, 2002). El precio sube proporcionalmente a la construcción de viviendas: cuantas más viviendas se construyen, más sube

su precio, a pesar de que bajan los costes en obra. Por otro lado, el esfuerzo de las familias en vivienda ha llegado al 43,2 % del salario bruto en 2001, siendo las Comunidades en las que más ha subido el precio Baleares, Catalunya, la Comunidad de Madrid y el País Vasco (BBVA, 2002).

El precio de la vivienda, en términos reales, creció casi 14 veces más que los salarios en los últimos 17 años (1988-2005), según el informe «Precio y accesibilidad a la vivienda en España en el periodo 1987-2004», elaborado por CC.OO. En términos reales, entre 1984 y 1991 los precios medios habrían aumentado un 106 % (Banco de España). Otro informe más actual del Banco de España señala que, entre los años 1970 y 2009, estos precios subieron en algo más de un 300 % en un cuadro demográfico neutro.

En el ámbito de la OCDE, y desde 1980, la media del incremento de los precios de la vivienda fue, en valor nominal, del 175 %, mientras que en España el aumento fue del 1.022 %. Este porcentaje supone un incremento medio anual del 11 % durante los últimos 23 años.

Dos hechos propiciados desde la Unión Europea favorecerán esta escalada especulativa. En primer lugar, la aprobación en 1992 del Tratado de Maastrich, que liberalizaba la libre circulación de capitales y daba carta blanca a la precarización laboral, los contratos de trabajo temporales por jornadas y hasta por horas; aumentaba el control salarial de tal manera que en España, por ejemplo, entre 1995 y 2007, los salarios medios descendieron un 10 % en términos reales, según el incremento de la carestía de la vida respecto al aumento de los salarios. La Unión Europea se construyó a la medida del capital: con un mercado libre para los capitalistas y sus capitales, pero un mercado laboral precarizado y asfixiante para los trabajadores.

En segundo lugar, fue la adopción del euro como moneda única. La entrada en circulación del euro a principios de

2002 supuso, para el proceso especulativo inmobiliario y financiero, la retirada del freno que suponía la peseta como moneda débil, sujeta a continuas devaluaciones. Cuando los bancos querían buscar dinero en el exterior, tener que «pagar» con pesetas hacía que les saliese «caro» como consecuencia de su pobre valorización; sin embargo, al imponerse una moneda única fuerte, los bancos españoles podían buscar financiación a un interés «barato» y conceder créditos a «alto» interés variable³⁰.

La jugada de esta especulación financiera-inmobiliaria, que ha terminado en burbuja inmobiliaria, residía en revalorizar la totalidad del parque inmobiliario respecto al precio en alza de la pequeña cantidad que se vende. Es decir, el precio se mantiene alto con la condición de que no se pongan todos los pisos y viviendas masivamente a la venta, pues esto haría que el precio cayera. Ahí está la debilidad de la apuesta, pues por un lado se ha de continuar construyendo masivamente y aumentando el parque inmobiliario para continuar el proceso especulativo y de aumento de beneficios, pero por otra parte, y paradójicamente, cuanto más se construye y aumenta el parque inmobiliario, más virtual e irreal es el precio del inmueble que se pretende vender, pues su venta es cada vez más difícil, y si no hay circulación de mercancía no se realiza la valorización. Y a partir de ahí se entra en el terreno de los espejismos y de los sueños rotos. Pocas veces ven los capitalistas sus sueños fracasados, porque como ya hemos señalado —y aunque se repita mil y una vez, nunca será suficientemente reiterativo—, desde su Estado del capital, sus contactos políticos (amigotes de corrupciones y francachelas) se encargarán de solucionarlo.

30. El interés con que se valoriza la práctica de la usura siempre es el de un alto interés, de ahí saca el dinero su ganancia. Aunque la propaganda nos diga que el dinero está a un bajo precio, la realidad es que el interés siempre es alto pues en él está el beneficio de los bancos.

Resistencias: recuperar espacios

Cuánta razón tenía León Felipe, al señalar en sus versos, «que la justicia vale menos que el orín de los perros»; ahora sabemos que más del 80 % de los desahucios ordenados por los jueces en Madrid son encargos de Bankia para ejecutar sus embargos hipotecarios. Durante el año 2011 se tramitaron 58.241 procedimientos de desahucio, el mayor número hasta ahora, y se espera que aumenten este año en el que se ejecutan a un ritmo de 159 cada día, lo que significa miles de familias y personas al año que, de repente, se encuentran en la calle, solo dependiendo de la solidaridad y ayuda mutua de sus familiares o amigos. Sin piso y obligados por ley a seguir pagando la hipoteca a Bankia, a CaixaBank o a cualquier otra entidad bancaria, que además se ha quedado con el piso sobre el que cualquier juez, a las órdenes y disposición de estos bancos, ha ejecutado el desahucio.

Sin embargo, la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH), además de multitud de acciones de denuncia contra la especulación, la estafa y el saqueo efectuados por bancos y cajas de ahorro, también ha impedido en un año más de 250 desahucios. Este es un dato significativo, si se tiene en cuenta que en un embargo hipotecario, pedido por el banco, los burócratas representantes de la justicia que van a ejecutar el desahucio van acompañados por policías.

Asimismo, cada día se ejecutan diversas acciones contra bancos y cajas en todo el Estado. Por ejemplo, las continuas pitadas y caceroladas contra las *Torres Negras* de La Caixa, en la Avenida Diagonal de Barcelona, o la ocupación de las oficinas de Catalunya Caixa y de la de Fomento, sede de la patronal, las dos en Via Laietana. También se representó en la plaza de la Ciudad de la Justicia, de Barcelona, una teatralización en la que participaron algunos trabajadores de este complejo, en la que se representaba el papel que desarrollan los jueces y la

justicia, verdadero aparato y poder burocrático al servicio del capital, plagado de corruptelas, privilegios y mezquindades.

Además, en la mayoría del Estado español, se continúan *okupando* edificios, es decir, liberando espacios. Basta recordar que se han ocupado edificios en Olot, en Sant Cugat o en Rubí. En Sabadell, más de 200 personas ocuparon un edificio vacío de Caixa de Catalunya. En Cádiz, se ocupó una casa-palacio del siglo XVIII que Bankia pretende que es suyo. El Laboratorio social de León liberó un edificio que el Gobierno de Castilla-León tenía cerrado desde hacía más de cuatro años. En Oviedo, desde hace casi un año, funciona el centro social de la Madreña, que significó la primera ocupación en esta ciudad de un edificio para desarrollar actividades sociales. En Burgos y en Santiago se ocuparon también espacios.

La lista se podría alargar. Hemos hablado de aquellos que de los que hemos sabido, pero seguro que hay muchos más espacios que están siendo liberados y recuperados. En Sevilla tiene lugar un emocionante e interesante ejemplo de solidaridad y ayuda mutua en La Corrala de Vecinas la Utopía. Todo aquel que quiera saber más puede entrar en su página web, y también en corrala.blogspot.com. En Madrid, en Usera, se liberó un edificio propiedad del Instituto de la Vivienda, que llevaba 17 años cerrado; en Carabanchel se recuperó el espacio de un antiguo economato tras 14 años de cierre; en Barcelona se han realizado varias ocupaciones de edificios durante los últimos meses; asimismo, en varios barrios de la ciudad se han ocupado solares sin edificar y se están realizando una importante cantidad de huertos urbanos.

La mayoría de estos espacios liberados y recuperados resisten por la gente que los ocupa, habita, llena de actividad y realiza vida donde antes solo había vacío, desocupación y desposesión.

Etcétera, junio de 2012

1) El proceso especulativo inmobiliario

Desde 1998, el número de viviendas iniciadas anualmente se dispara, siendo la media anual entre 1998 y 2002 de 540.000. De esta forma, entre 1998 y 2002, se iniciaron 2,7 millones, lo que significa que en cinco años el *stock* de viviendas aumentó aproximadamente un 14,2 %. Entre 2000-2010 se han construido en España 4,6 millones de viviendas. El 13,2 % de las viviendas españolas están cerradas.

En el Censo de 2001, el número de viviendas en régimen de alquiler en España marcó un mínimo histórico con solo un 11 %. Actualmente, el 86 % de las viviendas son de propiedad, y solo un 14 % son de alquiler o cesión.

Hoy (2012) la cifra global de las viviendas existentes en España representa una de las tasas más altas del mundo, con un promedio de 1,55 viviendas por familia.

El urbanismo salvaje, la construcción de infraestructuras y la contaminación han destruido en las últimas dos décadas 7,7 hectáreas de litoral al día para crear urbanizaciones, suelo industrial y suelo comercial.

Durante los años del *boom* del ladrillo se alcanzaron cifras récord en la proyección de viviendas, que superaban ampliamente la demanda real. Por ejemplo, en 2006 el número de viviendas previstas en la costa fue de casi 1,5 millones, y en 2007 ascendió a los 3 millones. Tras el estallido de la burbuja han quedado un millón de viviendas sin vender, la mitad de ellas en la costa, y una selva de corrupción ligada al desarrollo urbanístico.

Tras la degradación del litoral se esconden también las ampliaciones y nuevas construcciones de puertos deportivos

e industriales. Tan solo para 2006 se proyectaban 42.000 nuevos amarres deportivos (las embarcaciones de recreo se utilizan una media de 21 días al año).

El parque inmobiliario de la Unión Europea, según los datos de 2001, es de 170 millones de viviendas, de las cuales un 10,5 % no son de uso permanente (*Euroconstruct. The prospective construction in Europe 2001*). En la relación de países de la UE, España aparece en primer lugar con un 32,2 % de viviendas de segunda residencia, o de superávit de parque inmobiliario. Portugal, Grecia e Italia ocupan los puestos siguientes con un 26,9 %, un 22,7 y un 17,7 respectivamente. Por lo tanto, queda claro que el sur de Europa está muy por encima de la media de la UE y, en contraposición, hay países como Alemania, Holanda y Reino Unido que incluso presentan déficit de viviendas.

	1950	1960	1970	1980	1990	2000	2010
Población (millones)	28,1	27,9	33,8	37,7	39,4	40,5	46,1
Viviendas (millones)	6,31	7,02	8,50	10,43	11,70	14,27	17,76
Segunda residencia	0,17	0,33	0,79	1,89	2,92	3,30	4,77
Viviendas vacías	0,18	0,36	1,35	2,39	2,47	2,89	5,5
Precio Medio	-	-	90	340	915	1335	2476

Tabla 1. Evolución del parque inmobiliario en España en los últimos 60 años

El último censo de viviendas se realizó en 2001, en que había 3,1 millones de viviendas desocupadas sobre un parque inmobiliario de unos 20,5 millones de viviendas, lo que representaba un 15 %. En Madrid se contabilizaban unas 388.212; en Barcelona, 338.648; en Valencia, 228.870; en Alicante, 192.184, y así sucesivamente. En la actualidad, el número de viviendas vacías se eleva a unos 5,6 millones, siendo unos 2 millones de nueva construcción; habría que añadir, además, todos los edificios en esqueleto y sin terminar de construir, lo que representa mucho más del 20 % del parque inmobiliario.

Desde el inicio de la crisis se han registrado en España unas 400.000 ejecuciones hipotecarias, de las que la mayor parte han acabado en desahucios. En 2011 se presentaron 72.000 ejecuciones hipotecarias; en el año 2012 fueron 90.000. Con respecto a los desahucios, en el año 2011 fueron 58.241, mientras que en el 2012 fueron más de 70.000 los desahuciados.

2) Paro y salarios

A pesar de las reiteradas palabras del Gobierno español acerca del inminente crecimiento del PIB, así como el intermitente anuncio de que van apareciendo diversos «brotes verdes» en la economía, la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico) incide en lo contrario al pronosticar que España superará ampliamente los seis millones de parados en 2013 y 2014 (alrededor del 28 % de la población), y al anunciar que la recesión se agravará en 2013, con una caída que triplicará la que prevé el Gobierno. La única variable que se sostiene en pie es la de las exportaciones.

Un ejemplo de manipulación de la información: se nos ha dicho que diciembre marcó un cambio de tendencia, que el paro remitía... Lo que pasa es que la población activa, desde hace casi un año está cayendo a un ritmo trimestral del 0,76 %, lo cual significa que 176.000 trabajadores han salido del mercado de trabajo.

Año	SMI diario	SMI mensual
2002	14,74 €	442,20 €
2003	15,04 €	451,20 €
2004	15,35 €	460,50 €
2005	17,10 €	513,00 €
2006	18,03 €	540,90 €
2007	19,02 €	570,60 €
2008	20,00 €	600,00 €
2009	20,80 €	624,00 €
2010	21,11 €	633,30 €
2011	21,38 €	641,40 €
2012	21,38 €	641,40 €
2013	21,51 €	645,30 €

Tabla 2. Variación anual del Salario mínimo interprofesional

En los últimos doce meses, se ha perdido el 4,78 % del empleo, y desde que empezó la mal llamada crisis el país ha perdido 3,5 millones de empleos. La tasa anual de destrucción de empleo, lejos de mejorar, empeora: hoy se destruye el doble de puestos de trabajo que en 2011.

Hay además otro factor: la salida de extranjeros. En 2012 la población activa entre los inmigrantes ha caído un 5 %, lo que representa que cerca de 200.000 personas han abandonado el país, dejando las listas del paro.

Y, sin embargo, un año atrás los ministros españoles nos avanzaron que lo peor de la crisis ya había pasado.

El IPC ha crecido un 30 % desde la entrada de nuestro país en el euro (año 2002), en tanto que los sueldos han crecido una media del 15 %, de manera que las conquistas de muchos años se van yendo al traste con las avanzadas políticas financieras.

Podemos ver en las variaciones del Salario mínimo Interprofesional (SMI) (Tabla 2) cuál ha sido su incremento, regulado cada año por Decreto Ley; para su determinación, el Gobierno tiene en cuenta el IPC, la productividad media nacional alcanzada o el incremento de la participación del trabajo en la renta nacional

El derrumbe salarial muestra unas cifras significativas. En 2004, el 53,6 % de los asalariados cobraba menos de dos veces el SMI; el año 2009, este porcentaje ya representaba el 57,5 %; pero el año pasado –últimos datos publicados–, la proporción de mileuristas había subido hasta el 57,9 %, lo que muestra el grado de deterioro de los ingresos de aquellos que aún mantienen su trabajo.

	Paro General (%)			Paro Juvenil (%)	
	Final 2010	Final 2012	Previs. 2013 (1)	Final 2010	Final 2012
GB	7,9	7,8	7,8	19,7	22,1
Italia	7,6	11,1	11,6	27,9	33,9
Alemania	8,1	5,4	7,7	9,2	7,9
España	20,1	26,6	27,9	42,0	55,9
Portugal (2)	10,6	16,3	17,7	19,5	29,2
Grecia (2)	27,5	26,8	29,3	32,5	57,8
Holanda	5,9	5,8	-	8,1	9,6
Francia	9,6	10,5	10,8	23,0	27,1
Polonia	10,5	10,6	11,1	35,0	28,4
UE	9,8	10,6	11,2	-	23,8

Tabla 3. Evolución del paro y previsiones

1. Para finales de 2013, según Instituto de la Economía Mundial, recogidos por el Instituto de Estudios Económicos (IEE).
2. A pesar del crecimiento del paro en España, el de Grecia es superior. También se ha disparado el de Portugal tras su petición de rescate.

Si lo vemos cuantificado en personas, un total de 10.434.641 de asalariados españoles ingresaban menos de dos veces el SMI en 2011. De ellos, más de la mitad –5,6 millones– percibían incluso unos ingresos que se situaban como media en 6.603 € anuales, por debajo del salario mínimo anual (trabajos de temporada como camareros, temporeros, etc.). Son datos de la Agencia Tributaria.

Hace un año, en enero 2012, el 60 % de los asalariados cobraba menos de 1.000 € al mes. El salario medio de los menores de 18 años se situaba en 4.108 € anuales. La media salarial de los que tenían entre 18 y 25 años era de 7.617 €, y en el caso de los jóvenes con edades comprendidas entre 26 y 35 años, los ingresos medios se situaban en 16.121 € al año, es decir, en el límite del mileurismo.

En 2010, según esas cifras, solo había 156.000 trabajadores por cuenta ajena con ingresos superiores a diez veces el SMI, apenas el 0,9% del conjunto de asalariados del país. Por debajo de los 168.218 contabilizados un año antes, y todavía más lejos de los 199.200 que la Agencia Tributaria registraba en 2008, lo que da una idea de la caída en el número de trabajadores por cuenta ajena con los niveles salariales más elevados.

El 29,9 % de los hogares españoles tiene pendiente el pago de una hipoteca. En el 9,3% de los casos, se vive de alquiler.

3) Pobreza y precariedad

En España, el 19,4 % de los hogares está en situación de pobreza (los criterios de la UE ponen en esta situación a todas aquellas familias y personas que se sitúan económicamente por debajo del 50 % de la renta media disponible neta en el conjunto del Estado). De acuerdo con esta definición, en España hay 2.192.000 familias en las que viven

8.509.000 personas bajo el umbral de la pobreza. Este 19,4 % de hogares corresponde al 22,1 % de población, y es superior a la media europea, el 15%.

El 44,1 % del total de los pobres de España tiene menos de 25 años. Esto sucede sobre todo en los grados más graves de pobreza. En la pobreza extrema, más del 65 % del colectivo (unas 347.500 personas) tiene menos de 25 años. En el conjunto de los pobres severos (1.739.800 personas) el 53,2 % son jóvenes o niños: 926.600.

La tasa de pobreza disminuye entre los mayores de 65 años: ha pasado del 21,7 % en 2010 al 16,9 % en 2012. Influye su inmunidad a los vaivenes inmobiliarios, ya que la mayoría ya tiene vivienda en propiedad y pagada. Actualmente en este sector recae parte de la carga de sostén de los jóvenes.

La tasa de pobreza aumenta entre las personas en edad de trabajar, entre 16 y 64 años, pasando del 19,4 % en 2010 al 21,0 % en 2012.

La media de ingresos mensuales de los hogares españoles en 2008 era de 2.088 €; los datos del INE revelan que, en 2011, la media de ingresos mensual de las familias era de 1.937 €, unos 150 € menos al mes de media, lo que supone un 7,2 % de caída en los ingresos de las familias.

4) Dinero

El Gobierno ha inyectado 52.548 millones de euros de dinero público en la banca española desde que se desató la crisis financiera en el año 2008, hasta la fecha. Y, además, mantenía avalados, a fecha del pasado mes de septiembre, otros 72.171 millones correspondientes a emisiones de bonos y obligaciones de las entidades bancarias. Todavía habrá que añadir unos 40.000 millones extra, correspondientes al nuevo proceso de saneamiento. El gobierno justifica el desembolso en la ne-

cesidad de «reforzar la solvencia de las entidades de crédito españolas en el contexto de escasez de liquidez existente».

Los niveles de descomposición del personal político-económico están muy avanzados; pero si solo fuera esto... Es que además su grado de sumisión a intereses sórdidos es preocupante: a pesar de que con ello no decimos nada nuevo, he aquí unas muestras:

En vigiliias de la actual crisis, el gobierno afirmaba que con la banca española «disfrutábamos de un sistema bancario muy solvente» y del que se presuponía capacidad de reacción ante la situación económica internacional excepcional que se avecinaba. En pleno debate en 2011, el Banco de España manifestó que Bankia era muy solvente. La inspección de diciembre del mismo año situaba al grupo mejor que Santander y BBVA. Y, sin embargo, hasta finales de 2012 Bankia ha recibido el mayor rescate de la historia de la banca española, 17.959 millones de euros, más 4.465 millones del FROB, que ya se han perdido.

El exministro Acebes, que dirigió la comisión de auditorías de la entidad, declaró que nadie le informó del deterioro contable de Bankia.

«Tan correcto es tener beneficios de 300 millones como pérdidas de 3.000 millones», manifiesta el exconsejero de Bankia, Romero de Tejada, defensor de las cuentas de Rato. Una vocal que estaba en la comisión auditora confiesa que ella estaba en dicha comisión «sin conocimientos financieros».

La Comunidad Valencia presumía con Bancaja y CAM de ser la tercera y cuarta caja de ahorros en España.

El Banco Financiero y de Ahorro (BFA), que recibió 4.465 millones de ayudas públicas a través del FROB, repartió luego entre enero y noviembre del pasado año algo más de 9 millones a los miembros salientes de su consejo de adminis-

tración. Rodrigo Rato (exdirector del FMI, de Caja Madrid, exvicepresidente de Iberia, etc.), cobraba cerca de 3 millones.

Se busca una banca fuerte, solvente, eficaz, incluso honesta. Para ello, las fusiones: de los 60 bancos existentes a inicios de 2012, se ha llegado a 12 entidades a finales del mismo; desde comienzos de la crisis, bancos y cajas han cerrado 6.200 oficinas y han reducido sus plantillas en 27.814 empleados. Las previsiones hasta el final de la reestructuración son de 55.000 empleados menos entre cajas y bancos. Se dice que todavía falta mucho por cerrar, destruir o suprimir.

Para hacernos ver el mal momento de la banca española, se nos explica la caída de beneficios. El grupo Santander obtuvo un beneficio neto de 5.351 millones de euros en 2011, un 35 % inferior a los 8.181 millones ganados en el ejercicio anterior debido a las fuertes dotaciones a provisiones y saneamientos realizados. El BBVA obtuvo un beneficio neto de 3.004 millones en 2011, que fue un 34,8 % inferior al logrado en 2010, después de realizar un ajuste contable en su negocio en Estados Unidos.

CaixaBank (más Banca Cívica y Banco de Valencia) ha visto reducido su beneficio en un 13,1 % en 2011, es decir solo ganó 1.053 millones debido también al obligado incremento de las provisiones.

Bankia procederá al despido de 5.000 empleados, con un coste de 300 millones, curiosamente la misma cantidad que se ha dado a los 50 directivos de esta entidad para que dejaran sus cargos.

Hay que recordar que España es el tercer país del mundo que más dinero per cápita, en función del PIB, ha inyectado a los bancos.

Otro aspecto de las finanzas es la gran compra de deuda por parte del gobierno; pero hay bastantes indicios que hacen pensar que se está utilizando el fondo de pensiones para su compra, y así intentar evitar a toda costa el rescate.

«España ha estado vaciando sigilosamente la mayor hucha del país», alguien ya ha dicho.

5) Banco malo, banco tóxico

El ministro de economía presenta el «banco malo», que hasta hace poco decía que no se iba a crear. A parte de confundir a la gente con esta expresión, se trata de crear un ente al que se transferirán los activos problemáticos de la banca para dar cumplimiento a las condiciones de su rescate.

Además de confundir y desconcertar a la gente con esta expresión, es más que dudoso que el «banco malo» –como si los otros fueran buenos– pueda alcanzar los fines por los que dicen se ha creado: comprar los activos «tóxicos» (pisos a medio construir o construidos, solares, etc.) de los bancos, que hoy día son de difícil o imposible cobro o que los bancos no consiguen sacarse de encima, para tratar de ir vendiéndolos a lo largo de los próximos diez años. En realidad el tal «banco» no es tal –una institución que maneja depósitos y concede préstamos–, sino que se tratará de una institución con un fondo, con forma de sociedad participada por el Estado y por el capital privado.

El gobierno afirma que con ello la banca podrá sanear su economía sin que le cueste más dinero a la gente. A partir del momento en que los bancos tengan sus números y balances estabilizados, volverán a prestar dinero, y poco a poco todo volverá a la normalidad.

Por de pronto, la banca exige una comisión del 6 % por la colocación de la «toxicidad». Evidentemente, esto aumentará los precios de lo que se quiera vender. La tentación de la codicia es fuerte, y ceder a precios de liquidación una gran parte del patrimonio inmobiliario puede impedir, otra vez, una posible vía de solución al mismo mercado del capital con consecuencias funestas para nosotros.

Lo que además no nos cuentan es que, aparte de deber la banca 176.000 millones de euros en activos tóxicos, hay todavía algo más grave, como es el que esta institución tiene otra deuda de 400.000 millones para con otros bancos extranjeros, que exigen que se salden cuanto antes. De manera que la banca, con el dinero que recaude cuando le venda sus activos al banco malo, y con el que pueda venir después, tendrá primero que pagar a sus acreedores extranjeros y mantener el no al crédito a empresas y particulares.

6) Ética y economía

A la vista del descalabro habido por la corrupción de banqueros y otros, está la reciente propuesta del Ministerio de Economía de conceder capacidad legal para seguir ejerciendo sus antiguos cargos a los condenados por delitos económicos. El Banco de España sería el responsable de juzgar qué personas sentenciadas reúnen las condiciones.

Apreciaciones frente al Estado del bienestar

¿Cuándo situar históricamente los inicios de lo que se ha dado en llamar el Estado del bienestar?

El Estado del bienestar viene de la mano de la Sociedad de Consumo; son dos caras de la misma moneda. Lógicamente, se debería dirigir la mirada hacia el año 1933, cuando desde la presidencia de Estados Unidos se empiezan a aplicar las políticas keynesianas del New Deal, cuyo significativo nombre ya fijaba su intención de abrir un nuevo trato o acuerdo entre el Estado y los «ciudadanos», y entre el trabajo y el capital. En la nueva etapa que abre la doctrina del economista británico Keynes, el papel intervencionista y protagonista del Estado en el desarrollo de la economía-política, que posteriormente se irá implantando en muchos de los Estados del mundo, será fundamental; es por ello que se ha dicho que «Lord Keynes es realmente un economista americano». Sin embargo, en los mismos EE.UU., un capitalista como Henry Ford, cuyos hechos y dichos eran órdenes para el Estado, en el año 1914 ya había establecido en sus factorías el aumento de salario a 5 dólares diarios, y había comprobado que como consecuencia de este aumento y de la aplicación de los métodos tayloristas a la cadena de montaje, las incidencias que interrumpían o afectaban la producción disminuían, el costo de producción se reducía y aumentaba la producción. El fordismo marca el camino del trabajador como consumidor de las mercancías que él mismo fabrica.

Retrocediendo más en el tiempo «histórico», ha habido quienes han construido el relato de un Estado Protector a un Estado Providencia con las leyes de la Seguridad Social obligatoria en la Alemania de Bismarck (1883). Incluso se ha retrocedido a la «*social assistance*» o a la «*public assistance*»

de las «*poor laws*» (leyes de pobres) del Parlamento inglés en 1834. En el túnel del tiempo histórico, la mayoría de historiadores académicos ponen el foco, dejan correr la imaginación y reconstruyen propagandísticamente todo aquello que mejor se ajusta a la opinión que les interesa dar en la actualidad para justificar la actuación del Estado moderno.

El Estado-nación moderno no nace completo y armado de la cabeza de Zeus. Como todo organismo burocrático complejo, se tiene que construir adoptando las formas necesarias según las circunstancias³¹, en un proceso mundial que lo lleva hasta la máquina que actualmente es. Pero una cosa tienen en común todos los Estados: toman posesión de los nacidos en su territorio. El «ciudadano» nacionalizado es un ente con condiciones jurídico-políticas; ya no es como antes, universalmente Hijo de Dios y, localmente, natural de su terruño: pasa a ser propiedad del Estado, que tiene la potestad sobre él³². El Estado cuida de su propiedad, y por eso se hace cargo de las vidas de sus súbditos nacionales: su salud, su educación, su seguridad... El Estado Protector, Providencia o Benefactor ha creado políticamente el concepto de los Otros, el extranjero o extraño, levanta muros de acero alrededor de territorios imaginados para controlar a la gran mayoría de las personas, pero solo una minoría, su dinero y las mercancías pueden moverse libremente. Los objetos, no los sujetos, son los únicos que pueden circular con libertad; el dinero, pero no las personas.

Entre el primer Estado de la burguesía triunfante que se declaraba garante de los derechos del hombre y del ciudadano, o aquel que firmaba en 1948 la Declaración Universal

31. Los Estados han adoptado diversas formas: liberal, fascista, nacionalsocialismo, capitalismo de Estado, democracia, Estado del bienestar o keynesiano, neoliberal, etc.

32. Por ello, cuando un Estado moderno ha perseguido y eliminado una comunidad determinada, primero la ha desnacionalizado, y luego no la vuelve a nacionalizar.

de los Derechos Humanos y el actual Estado democrata, suman, en poco más de dos siglos, la más grande barbarie que jamás ha conocido la historia: las guerras más atroces con las mayores matanzas de civiles, el mayor número de ciudades y tierras arrasadas, el mayor número de asesinados por las policías y por los ejércitos de sus propios súbditos nacionales en las incontables represiones de todos los Estados del mundo; de América a Asia, de Europa a África, se pueden contar por millones los «eliminados». Ahí está lo más inquietante de esta siniestra paradoja: con una apariencia de sosiego teatralizado, nos pueden decir que nos matan para salvarnos la vida, y, aún haciéndolo universal en el número, el espacio y el tiempo, la rueda sigue girando en este mundo que se nos presenta mucho más ancho y ajeno de lo que en realidad debiera ser.

¿Por qué los Estados industrializados del mundo implantan el llamado Estado del bienestar?

Durante la segunda mitad del siglo XIX y las dos primeras décadas del siglo XX, la fuerza y la resolución de un movimiento obrero que surgía y se constituía por su mismo actuar, inquietaba a un capitalismo que buscaba instituirse con una legislación y un Estado fuertes, y ajustado a sus necesidades de acumulación de capital. Un mundo dividido en dos mundos: capital y trabajo. Entre 1848 y 1920, se sucedieron un gran número de luchas por un movimiento obrero que buscaba su camino con una fuerza suficiente como para tener el poder de establecer una simbología y una cultura propias, sobre las que se perfilaba otro mundo posible. El hiato abierto hacía visible dos realidades distintas y diferenciadas entre dos clases sociales opuestas, antagónicas.

La represión de los Estados capitalistas, con sus ejércitos y policías, no parecían suficientes contra la lucha del movimiento obrero. Entre 1914 y 1918, los Estados industrializados exacerbaban el nacionalismo y lograron en una guerra

mundial, de todos contra todos, enfrentar a los trabajadores y pobres de Europa, América, Asia, África y Australia. Pero, sobre la montaña de cadáveres, especialmente en Europa, surgieron los consejos obreros y campesinos (los *soviets*), el derrocamiento del estado zarista ruso y su intento de implantación en Alemania, Hungría e Italia, así como también en China, donde momentáneamente se liberaron grandes ciudades (Shanghái y Cantón) y territorios.

Después de la Primera Gran Guerra, en un mundo dividido en dos, el poder obrero era un peligro que el capitalismo veía como muy real. Pero el capitalismo también estaba inmerso en sus propias contradicciones: la crisis de sobreproducción explotó con el *crack* de 1929; los almacenes estaban llenos de mercancías estancadas, los obreros en paro, los pequeños agricultores arruinados, la inflación disparada, las monedas depreciadas. Las factorías de Ford habían dado la primera pista, ante el peligro del control obrero: el taylorismo y la cadena de montaje como fórmula empresarial para controlar los tiempos y los espacios productivos, y un ligero aumento del salario que permitiese convertir al trabajador en consumidor.

Las doctrinas económicas de la intervención directa del Estado en la economía política se aplicaron tanto en los fascismos europeos, como en el capitalismo de Estado ruso y en el New Deal de EE.UU. Pero será el pleno funcionamiento de la industria de guerra y el ciclo de destrucción y reconstrucción mundiales el que permitirá al capital entrar en un nuevo período productivo. Por lo tanto, en el mismo año 1945, recién terminada la Segunda Guerra Mundial, los estados anglosajones ponen en circulación el término *The Welfare State*, es decir, el Estado benefactor o del bienestar. El capital, al poner en marcha a gran escala las políticas keynesianas, admitirá por décadas el protagonismo del Estado en la economía-política. Los partidos socialdemócratas, que ya anteriormente habían entrado en algunos Gobiernos eu-

ropeos, se implican ahora plenamente en la gestión del Estado. Los sindicatos se integran en la gestión de las empresas capitalistas y aceptan que la lucha obrera se centre únicamente en el salario y en las condiciones de salubridad de los puestos de trabajo. Incluso los partidos comunistas reclaman, y se conforman, con cualquier pequeña parcela burocrática que les permitan gestionar. En el sistema productivo industrial se impone el modelo fordista, de concentración obrera y productiva. Se desarrollan las infraestructuras y la logística para favorecer la rápida circulación de mercancías y de energía. En el llamado primer mundo, el trabajo no falta y el nivel de paro es mínimo; es la época de los electrodomésticos, la televisión y el automóvil. También se impone la industrialización de la agricultura y el sector terciario: industria del turismo, la cultura y el ocio. Los trabajadores, ya consumidores, se dejan arrastrar por la ilusión y la ficción de la sociedad del consumo y del supuesto bienestar.

Dos guerras mundiales, y entre ambas una crisis económica larga y virulenta, habían dejado a la especie humana chocada, entre la sorpresa del superviviente y la congoja inquietante de que el futuro podría ser más terrible, después de comprobarse los inimaginables efectos de las dos bombas nucleares y de encontrar una buena parte del mundo en ruinas. Lo ambivalente de esta sociedad se puso de manifiesto en la propaganda nuclear durante la llamada Guerra Fría: por una parte, se tiene la certeza de que el botón nuclear podría destruir cien veces el mundo y, por otra, las centrales nucleares garantizarían el futuro energético de los humanos. Cuanto más se repiten los términos «progreso» y «humanidad», más evidente es la posibilidad de la catástrofe y que la realidad supere la ficción. En las siguientes décadas se abriría un proceso de expansionismo productivo con la reconstrucción y la producción masiva de mercancías y, sin embargo, se seguirá evidenciando que la acumulación de riquezas en un polo representa, al mismo tiempo, la acumu-

lación de miseria en el otro. También se producirán, en este periodo, cambios sociales y culturales importantes.

Con la sociedad de consumo, la técnica entra masivamente en cada hogar y, por lo tanto, en la cotidianidad de las personas. En las cocinas, con la nevera, la lavadora, la aspiradora, las licuadoras, etc.; en el baño, por ejemplo, con el secador de pelo; en el salón y habitaciones, con la TV y el reproductor de música. Y como mayor signo individual exterior, el automóvil. La técnica se interioriza y se apodera de cada individuo; cualquier artefacto que llevamos cotidianamente es un complejo tecnológico difícil de imaginar y entender.

¿Qué han representado los llamados «treinta gloriosos»?

Tenemos que fijarnos, principalmente, en las sociedades industrializadas, que son donde realmente se puso en práctica este modelo; al resto del mundo llegaron, si acaso, sus secuelas o su propaganda. Los «treinta gloriosos» es la denominación que tienen los años de máxima producción y mayor tasa de ganancia, que van de 1945 hasta 1973.

El relato en el que se basaba la Sociedad del consumo y el Estado del bienestar era esencialmente triunfalista, una economía en constante crecimiento con una máxima producción y una mayor tasa de ganancia; almacenes y escaparates repletos de mercancías y multitud de consumidores con acceso a ellas, así como servicios públicos para todos. Un Estado dadivoso que garantizaba el bienestar de la gente para siempre; una idea de progreso continuo que permitiría la incorporación paulatina de todo el mundo en este sistema de trabajo, protección social y acceso al consumo; gracias, sobre todo, a la apertura del sistema de la propiedad con el que culmina el espejismo de la desaparición de las clases sociales, y por la que se inicia la colaboración *de facto*.

Asimismo, la implantación de este modelo social ha representado una transformación radical en las formas de vida

de las personas. El proceso de individualización a que ha conducido la asalarización de la mayoría de las actividades humanas, así como la extensión de la protección social, ha llevado a la desarticulación de los núcleos de comunidad, intercambio y solidaridad que existían en la sociedad pre-consumista. La más afectada, sin duda, ha sido la familia patriarcal, base económica y estructura de orden y opresión en la antigua sociedad. Así, esta se disgrega, quedando reducida a la mínima expresión. El salario ha permitido a mujeres y jóvenes independizarse del orden patriarcal.

Por otro lado, el reconocimiento de la igualdad teórica (la real se resiste) conseguida por la lucha a favor de los derechos civiles, representa en la práctica una liberación de los tabús y represión que mantenían el orden mediante la segregación sexual y social. Asimismo, esta libertad individual ha permitido la explosión de nuevas formas culturales que, sin duda, han enriquecido el comportamiento cotidiano.

Sin embargo (sin entrar en toda la barbarie que tuvo lugar en el mundo durante estos decenios: guerras, masacres, golpes de estado, represiones cruentas...), la actividad de la mayoría de los trabajadores en las empresas se empobrece, haciéndose rutinaria en la función que se le asigna dentro del proceso productivo. También, su vida fuera del puesto de trabajo, rodeada de aparatos, productos de consumo y de la industria cultural, deviene finalmente preestablecida y estresante.

Nos dicen que el brillo de la mercancía y la circulación del dinero convirtieron a los trabajadores en consumidores, y ya no quisieron pertenecer a la clase obrera que se difuminó y disolvió entre los neones de la publicidad y los escaparates. Sin embargo, durante la década de 1960, una serie de rebeliones sacudieron el mundo tanto en América como en Europa, donde se cruzaron telones de acero y, en algunos puntos, se alargaron durante toda la década de 1970. Se retomó la crítica al fetichismo de la mercancía, a la reifica-

ción y la cosificación de los trabajadores y las personas por parte de esta sociedad. La crítica a la vida cotidiana, al individuo aislado en su gregaria soledad; la crítica al trabajo, a su alienación; la crítica a los modos de producción, etc., fue puesta en práctica con la indisciplina laboral, el absentismo, el boicot, la huelga salvaje... Los sindicatos y los partidos perdieron su centralidad en el mundo obrero y los trabajadores buscaron nuevas formas de organizarse.

Consumo y energía

Pero no hubiera sido posible la sociedad que tenemos sin la explotación de los yacimientos energéticos hasta niveles cercanos a su agotamiento. El modelo de crecimiento y desarrollo ha sido diseñado de tal manera que, sin un altísimo volumen de energía, no se hubiera producido la tan cacareada sociedad del bienestar. Atrapados, se nos ha empujado por un camino que parece no tener salida. Rayando la utopía, algunos han alcanzado la Luna, y pronto otros planetas; pronto serán posibles la inteligencia artificial y los ejércitos podrán hacer la guerra sin soldados, pero el caso es que en 150 años hemos consumido bienes energéticos que tardaron 150 millones de años en generarse, y que consumimos energía a un ritmo 400 veces mayor que el que genera la biosfera, de tal manera que el crecimiento y consumo de las fuentes energéticas ha tomado forma exponencial hasta la primera década de este siglo.

Se necesita energía para producir energía. En los primeros años del petróleo, se precisaba un barril para extraer cien barriles, es decir una TRE³³ de 100:1, y en relación al carbón de superficie, la tasa era de 60:1. La TRE media del petróleo se encuentra hoy, en la mayoría de los países, entre 10:1 y 25:1.

33. TRE, o Tasa de Retorno de Energía, es aquella cantidad de energía que se precisa para obtener la que se quiere producir. Hablamos de «energía extendida», es decir, la que hay que sumar, además, para la fabricación de las máquinas y útiles necesarios para extraerla, así como los costes de su tratamiento, refino, transporte, distribución, etc.

En el *fracking*³⁴, otro espejismo actual, la relación es de entre 4:1, con un impacto insalubre y devastador mucho mayor.

En estos últimos decenios se ha alcanzado el cenit en la producción de petróleo y gas. Si muy ligeramente ha caído su demanda y, en consecuencia su producción (un -3% anual desde 2010), ha sido por sus altos costes. No le era posible a la concentración del capital mantener la misma tasa de beneficios y, al mismo tiempo, el Estado de bienestar para el resto de los mortales; solo el decrecimiento de los salarios y el expolio del patrimonio común a toda la sociedad –entre el cual se halla todo tipo y cantidad de energía– pueden mantener alta la acumulación y reproducción del capital.

Pero este disparate es doblemente obsceno al haber convertido la consecución de la energía en negocio y al haber expoliado y destruido con ello buena parte de los continentes. La codicia de unos pocos hizo que el planeta fuera dibujado como un manantial infinito de recursos que, con nuestro trabajo aplicado, nos iba a proporcionar satisfacción y bienestar como nunca podíamos imaginar.

Para algunos, el agotamiento y la carestía energética ha sido una de las causas de la actual crisis global; para la mayoría, su agravamiento y aceleración.

No todo el petróleo es para la energía motriz, lumínica o térmica. Hoy una gran parte va destinado a la industria doméstica (detergentes, plásticos, pinturas, fibras sintéticas), construcción (asfalto, PVC), farmacéutica, química, etc. Y las energías renovables, por su naturaleza, no pueden reemplazar al petróleo.

No se trata de augurar el Fin del Mundo, pero esta constatación debería apuntar hacia el final de un sistema de pro-

34. NdE: el *fracking* consiste la inyección de material en el subsuelo (generalmente agua) para ampliar las fracturas para la extracción de combustible

ducción, trabajo y consumo. Final que se estrella con los intereses de quienes se niegan a renunciar a sus prerrogativas, en detrimento de la sociedad del bienestar.

De los 975 millones de seres humanos que había a principios del siglo XIX, pasamos a 1.650 millones en 1900 y 6.000 en el año 2000; en 2011 se alcanzaron los 7.000 millones, con lo que el mundo se ha ofrecido como un inmenso y apetitoso pastel a los ojos de quienes tienen por vida la especulación y las ganancias. En este período de crecimiento demográfico, energético y económico (banca, bolsa, finanzas, etc.), queda bien plasmado el perfil de un crecimiento exponencial. Pero, como expresa el físico Albert Bartlett, la mayor carencia de los humanos es su incapacidad para entender el efecto devastador de la función exponencial.

Etcétera, noviembre de 2013

Del bienestar al malestar, o ni una cosa ni la otra

Es difícil hablar de una manera general de épocas de bienestar, igual que de épocas de malestar; bienestar y malestar conviven en cada época. Definir qué es bienestar nos llevaría a precisar qué entendemos por riqueza, por felicidad; qué parámetros usamos para evaluarlos, compararlos; para decir qué sociedad es de abundancia, cuál de penuria... (Sahlins). Con todo, hemos dado por llamar sociedad de bienestar o sociedad de consumo la que en los países de la Europa Occidental se establece después de la Segunda Guerra Mundial, hasta la década de 1980. El consumo, necesario siempre para el desarrollo del modo de producción capitalista, lo es más, ahora, cuando la explosión técnica deja sin límite la capacidad productiva. Recordemos que se trata de un modo de producción de mercancías, de valores de cambio, es decir, que produce no objetos para satisfacer las necesidades sino que crea necesidades para producir

objetos; producción, pues, de objetos para el sujeto y de sujetos para el objeto. En esta sociedad, consumir se convierte en el primer mandamiento: no consumir rayará en la delincuencia. Se instaura de esta manera una cultura, la del consumo, que alientan la publicidad y la propaganda; la publicidad, no tanto por el hecho de llamar la atención sobre las cualidades de tal o cual producto, como produciendo al consumidor mismo, convirtiendo el consumo en estilo de vida (Lasch); la propaganda, no tanto por pretender unificar una manera de pensar a partir de manipular unas ideas, como produciendo una manera de obrar (Ellul).

En esta sociedad, el Estado y las instituciones (escuela, hospital, asilo, justicia) se ocupan de nosotros, asegurándonos no la vida (nuestra creatividad, autonomía...), pero sí la supervivencia. Se ocupan de nosotros utilizando nuestro esfuerzo a su voluntad. Así, la crianza, la educación, la salud, etc., ámbitos antes regentados por la familia, pasan a ser regentados por el Estado. El cuidado de los niños, antes en manos de la familia (de la mujer sobre todo), se hará ahora por profesionales a cargo del Estado (esas mismas mujeres principalmente). Lo mismo pasa con la enseñanza y con el cuidado de nuestra salud. En resumen, el Estado regentará la vida: la perspectiva terapéutica, científica, desplaza ahora la anterior perspectiva religiosa. En definitiva, se nos desposee de un saber tremendamente importante para nosotros, haciéndonos así dependientes del Estado (ahora paternalista), que se ocupará de nosotros resolviendo, a través de profesionales, los conflictos individuales y sociales. El desarrollo técnico y la desposesión de antiguos saberes por el Estado y la «ciencia» nos hace dependientes de las instituciones y del Estado. En esta sociedad se instaura la dependencia como estilo de vida, delegando en otros (instituciones, partidos políticos, Estado) nuestra autonomía.

Esta sociedad de bienestar no cae del cielo ni es un regalo que nos viene como fruto maduro del modo de producción

capitalista, sino que es el resultado de una lucha entre clases, llegando a un compromiso, a un pacto social, que conviene a ambos aunque en distinto grado: así, por ejemplo, la escuela se universaliza, pero solo a medida que los conocimientos transmitidos son útiles como medio de control y de trasmisión de ideología, pasando como verdades eternas puras construcciones modernas; la medicina se hace universal, pero considerándonos como fuerza de trabajo a reparar y convirtiéndose así en negocio, transformando el arte de curar en una industria de la salud, cuyo norte es la obtención del máximo beneficio.

Esta sociedad, llamada –o mal llamada– de bienestar, toca fondo en la década de 1980. La economía productiva pasa a ser parasitaria: el capital ya solo invierte en sí mismo. La crítica a aquella sociedad de consumo la hace ahora el capital mismo, aplicándose su lógica mercantilista: ya no es rentable. Largo y unívoco camino desde la embestida neoliberal (monetarismo, Reagan, Thatcher) a la actual declaración de guerra: recortes –vía supresión– en servicios y prestaciones sociales. Esta sociedad ya no nos asegura la supervivencia. Sobramos la mayoría, no nos necesitan: de aquí, en la pura lógica capitalista, los recortes en sanidad, por ejemplo.

¿Qué hacer? ¿Luchar para volver a como estábamos antes? Luchar en contra de los recortes en educación y en sanidad, pero introduciendo la crítica que ya se hacía de una escuela que prima la competitividad, de una medicina convertida en industria de la salud y en negocio (Illich). ¿Apuntalar Estado e instituciones con problemas? Quizás, mejor, aprovechar a nuestro favor la actual disminución del consumo (para valorar lo esencial), la disminución del empleo (para disponer de tiempo). Ocuparnos nosotros de nuestras vidas para gestionarlas en nuestro beneficio. Aprovechar a nuestro favor el estallido social que representó el 15M; aprovechar a nuestro favor el descontento general que

provocan las medidas que, una tras otra, reducen salarios y libertades, al tiempo que suben las ganancias de empresas y bancos; aprovechar a nuestro favor la mayor visualización de la corrupción en todos los ámbitos, la mayor visualización del engaño de la política y de la justicia, de la absurda y criminal existencia de los desahucios, no tanto para atacar uno a uno a los corruptos como para atacar la relación social que los crea y sostiene.

Claro está que, cuando hablamos de aprovechar a nuestro favor la disminución del consumo o el aumento del paro, no se trata de una vuelta al miserabilismo: no vamos a reivindicar la escasez realmente existente en la mayor parte del planeta. Criticamos el consumo como creación de «necesidades» para realizar el valor de cambio, no para volver a la pobreza. Queremos la máxima riqueza, la que el dinero esconde; la que la ayuda mutua, el intercambio entre iguales y el don manifiestan. Queremos recorrer un nuevo y distinto camino a este, que ha convertido nuestra fuerza vital en fuerza de trabajo y en fuerza de consumo.

Salir de las instituciones, ocuparnos de nosotros mismos para resolver nuestras necesidades y deseos, y, en este hacer, dejar que desfallezcan las instituciones que nos gobiernan y su Estado.

¿Cuento de hadas o continuidad con la lucha de siempre contra el poder? Continuidad de la lucha contra el poder, desde abajo, sabiendo nuestro poder individual y colectivo: que el poder que tienen se lo damos nosotros; organizarnos para desarrollar las bases de un orden social más humano; desaprender lo que nos han enseñado, y nos atenaza, de lo que hay, como si hubiera sido siempre así y así hubiera de continuar siendo, cuando son construcciones recientes (lo que hoy entendemos por salud, saber, cuerpo, niño, familia, ...); aprender a vivir de otra manera, entre iguales, sin que la diferencia comporte desigualdad, gozando de una vida

que ya no es supervivencia. No es un cuento de hadas, no creemos en el paraíso ni somos tan naífs como para enarbolarse una armonía general sin contradicciones. Sabemos que no se trata de cambiar a las personas, sino la relación social que entre ellas se establece.

Ecétera, noviembre de 2013

La política del malestar y el bienestar de la economía

Día a día podemos observar a nuestro alrededor la continua transformación del mundo que conocemos, de la técnica, de las formas de relacionarnos, de los medios de comunicación, de los medios de trabajo. Con las nuevas leyes laborales, se despide a bajo coste para liquidar las viejas condiciones de trabajo que ya no volverán. La mayor parte de estos trabajadores ni siquiera son necesarios para la economía; la acumulación se realiza en otros países y se apuesta en la bolsa para su reparto. Se endurece la desposesión de los que no tienen nada que vender y la explotación de aquellos que aún tienen un puesto de trabajo.

Las políticas dirigidas a la contención del gasto público y la reducción del déficit suponen, en realidad, el aumento exponencial de la deuda pública, que trasfiere directamente una ingente cantidad de dinero público a manos privadas, legitimando la lógica: el dinero es deuda. El discurso de la crisis en el que se instala la política, y que ejecuta el Estado, consiste en dirigir el flujo de la deuda, aspirando la «riqueza» de abajo y distribuyéndola entre la clase dominante y la banca transnacional. En este proceso se adelgaza la clase media y se pauperiza a la clase baja.

El objetivo político de privatizar las prestaciones del Estado ha seguido su curso. Ya coexistían la «escuela pública» con la subvención de la «concertada», la privatización de la sanidad por áreas, servicios u hospitales, junto a los planes

de pensiones y las mutuas privadas. La reducción actual de los servicios que presta el Estado obedece tanto a la transmisión acelerada de los segmentos más rentables a las grandes corporaciones privadas, como a la necesidad de atender el pago de los intereses (35 % del PIB) de la deuda transferida, extraídos básicamente de los «rendimientos» del trabajo merced a la política fiscal.

Aquella vieja fábrica que ocupaba la ciudad, primero se desplazó fuera de los centros urbanos, después a otros países y continentes. La ciudad misma se está transformando en una gran factoría al servicio de los fondos de inversión internacionales y de la banca, facilitada por la política local.

Sobrevivir en estas urbes se ha convertido en una pesadilla que empuja al éxodo. La imposibilidad de vender tiempo a cambio de un salario, y el constante encarecimiento de las necesidades más elementales, recrudecen aún más la marginalidad y la sumergen bajo el océano de la crisis. Al mismo tiempo, la exigencia de transformar el espacio público en un reducto privado por el que se paga y concede derechos, transforma el espacio en un escenario mercantil abrumador. La televisión, que ha invadido nuestra intimidad, pretende colonizar nuestro interior con una contemplación del mundo que debe conseguir nuestra indiferencia o nuestra adhesión a determinados eventos político-festivos...

Sabemos que los políticos están al servicio de la economía —son su instrumento— y que son imprescindibles porque representan y ejercen el imperativo de la autoridad capitalista. En estas condiciones que nos impone la economía política, tratamos de resistir y de luchar contra la miseria. Nos defendemos y acertamos cuando afirmamos: «no nos representan». También se les grita «chorizos, corruptos...», pues esta es su condición de ser en el sistema, dando a entender a la vez que es posible otra política, una política dueña de la economía

capitalista. Pero, para ello, se requiere algo más que una regeneración moral de los políticos o un cambio en la política.

Una de las consecuencias del 15M ha sido acentuar la crisis de representación de los partidos políticos y del parlamentarismo como instrumentos de gestión social, crisis que se puede reforzar al contemplar el desparpajo y el menosprecio con que se ventilan las cuestiones que nos afectan cada día y que lo harán en el futuro. Paralelamente, asistimos a una proliferación de «alternativas políticas». Por un lado, la reacción de la política institucional se desarrolla según la capacidad de gobierno, mientras el Gobierno del Estado disfruta de una amplia mayoría que le permite aplicar cualquier reforma y, si es necesario, fortificarse tras la Reforma de la Ley de Seguridad Ciudadana para criminalizar y erradicar toda protesta social. En Catalunya, sin un gobierno estable y en descrédito, los partidos compiten por representar la calle, confinando toda la política posible y deseable en una insólita promesa: «el Estado os hará libres»; cosa por la cual, sin duda, pasaremos a los anales de la Historia.

Por otro lado, la larga crisis de representación que acompaña la política burguesa ha generado una miríada de «Alternativas», «Plataformas», «Procesos», etc., que recogiendo diferentes análisis, que van desde el anticapitalismo hasta el reformismo radical, pretenden regenerar la política integrándolos en el parlamentarismo, reproduciendo *de facto* la separación entre economía y política, cosa muy útil por varias razones: ¡tranquilos!, el sistema se puede reformar, se puede ser anticapitalista y participar en las instituciones capitalistas, el camino para acabar con la economía capitalista pasa a través de las instituciones capitalistas, podemos dedicarnos a la política sin necesidad de «cambiar» la economía...

Son las voces que claman por la democracia participativa, por su regeneración, que pretenden representar el descontento para articularlo convenientemente, desmenuzarlo para que sea útil. Son aquellos y aquellas aspirantes que per-

siguen representar la integración política en el marco capitalista, como si ello fuera posible, con un programa al viejo estilo socialdemócrata, que tan buenos resultados ha dado. Su gran labor será: ilusionar para frustrar, sumar para dividir, representar para desmovilizar...

Cuando de lo que se trata es de cambiar el mundo en el que vivimos, cambiar la economía, la relación social que nos hace a unos amos y a otros esclavos.

Numerosos de estos eventos y propuestas políticas se inspiran formalmente en el análisis crítico de los diferentes colectivos anticapitalistas, para concluir con la pretensión de representar y vehicular el descontento general, posterior a la ocupación de las plazas, dirigiendo la acción política hacia estructuras, plataformas, «el partido», las elecciones, la democracia...

Asistimos a charlas, conferencias, actos políticos; permanecemos expectantes ante las disertaciones que tratan de describir el mundo en el que vivimos, de los alegatos que lo critican y que apuntan a su superación y cuyos contenidos podemos suscribir. Contenidos que habitualmente se presentan encorsetados bajo la forma magistral, donde uno o varios conferenciantes, por turnos, nos interpretan la realidad bajo un formato: colocación de la mesa del conferenciante, disposición de los oyentes, gestión del tiempo de las diferentes intervenciones (conferenciante/oyentes)... que la mayoría de las veces constituyen un antagonismo entre la forma y su contenido. Hace más de 20 años que insistimos en ello. No solamente lo que se dice se presenta de tal forma que contradice aquello que pretende afirmar, sino que se malgasta el objeto mismo de la comunicación, la oportunidad de intercambiar los materiales respectivos que conforman un saber. La forma condiciona el contenido, confeccionando un saber que supuestamente se origina en la observación de la experiencia y cuya utilidad se reduce a la experiencia de la observación, un saber

que se sitúa más próximo al iluminismo que como fruto de la comunicación.

No se encuentra entre nuestros deseos la voluntad de determinar la política como un espacio separado, su territorio y su acción, darle un uso delimitado. Todo es política, y bajo esta premisa amplia e igualitaria tratamos de intervenir en todo aquello que afecta nuestras vidas; reunimos la capacidad de discutir, la de comunicar, el intercambio...

Etcétera, noviembre de 2013

Sobre el malestar del bienestar

«Pero volviendo al hilo de mi discurso, del que casi me había apartado, la primera razón por la cual los hombres sirven de buen grado es la de que nacen siervos y son educados como tales. De esta se desprende otra: bajo el yugo del tirano, es más fácil volverse cobarde y apocado».

La Boétie, Sobre la servidumbre voluntaria.

Estas afirmaciones del humanista francés se tornan más evidentes en tiempos de crisis, especialmente en los momentos actuales, en los que la impotencia ante los acontecimientos que se suceden a nuestro alrededor parece habernos convertido en siervos de la realidad... a través del lenguaje.

Nadie podrá poner en duda que una de las herramientas fundamentales de la dominación es la manipulación del lenguaje, la cual se ha institucionalizado desde la instauración histórica de cualquier forma de poder.

Hoy asistimos, posiblemente, a la culminación de esta manipulación, cuando algunos procesos históricos se disfrazan con eufemismos para recabar el consenso de una parte de la población y la aceptación, sin muchas protestas, de una determinada situación social. El llamado Estado del bienestar debe-

ría llamarse, en realidad, el reinado indiscutido de la mercancía, y su consecuencia debería denominarse Estado de narcosis.

Es cierto que, en todas las civilizaciones, el Poder instituido ha intentado narcotizar a sus súbditos poniendo a su disposición los bienes materiales necesarios para ello, pero como es de suponer este estado solo era posible despojando a otros pueblos de lo mínimo indispensable. La diferencia fundamental con nuestra civilización (es decir, la civilización occidental), es que esta ha superado con creces a las anteriores gracias a la revolución industrial y al desarrollo de la técnica derivada de la misma.

Pero antes de que la técnica cumpliera su misión, había que despojar al individuo de su propia autonomía (es decir, convertirlo en un apéndice de la máquina), haciéndolo completamente dependiente del Estado y, por ende, del propio capital. Para ello era necesario despejar el camino y acabar con todos aquellos que se oponían a sus proyectos.

Por tanto, el Estado del bienestar (narcosis) está basado en la total dependencia del individuo al Estado, para lo cual este se hizo gestor de los servicios básicos de la sociedad, especialmente la sanidad y la educación, mientras el capital se hacía dueño de la producción. La constante manipulación del lenguaje hizo que estos servicios básicos en manos del Estado fueran llamados «públicos», cuando en realidad deberían ser llamados «estatales».

Las sucesivas crisis provocadas por el capital eran destellos que iluminaban fugazmente las terribles consecuencias a las que el mundo en general, y Occidente en particular, se enfrentaban. Con ser graves estas crisis, especialmente el *crack* de 1929, no eran siquiera un reflejo de las consecuencias que pueden derivarse de la que en la actualidad atraviesa el planeta.

Desde luego, no han faltado las críticas al sistema capitalista, algunas de ellas profundas y radicales, surgidas del

mismo pueblo, sin que se lograra por ello cambiar la relación de explotación. Pero existen otros indicios, por regla general metafóricos, que nos desvelan algunas de las herramientas empleadas por el Poder para el sometimiento de sus súbditos. Desde esta perspectiva, pensamos que la función del héroe ha sido precisamente la de mediar entre el Poder y los súbditos, para que estos asumieran su condición de dependencia frente al mismo. Todas las civilizaciones han tenido sus héroes, venerados y reverenciados por todos, pero estos han surgido siempre en momentos críticos; y aunque sus apariencias y actuaciones son muy diferentes en cada uno de los momentos y en cada una de las civilizaciones, el fondo es exactamente el mismo: hacer asumir a la población su dependencia de agentes externos y esperar que las fuerzas justicieras los liberen de los poderes malignos.

La aparición, en Norteamérica, del primer superhéroe, responde a este planteamiento. En los años treinta, la Gran Depresión azotaba implacablemente al gigante norteamericano, y es precisamente en ese momento cuando nace el primer superhéroe de nuestra civilización: Superman. El gran justiciero venía a traer un aliento de esperanza a una sociedad hundida en la desesperación.

En la actualidad, siguen surgiendo héroes y superhéroes, pero son efímeros, porque no responden a su acción anterior, ya que esta ha fracasado, y han acabado convirtiéndose en un producto de consumo; pero surgen de pronto una especie de antihéroes que nos descubren una crítica sutil a nuestra civilización. Ignoramos si el director de cine George A. Romero tenía en mente una crítica al sistema capitalista cuando realizó la que podemos considerar primera película de zombies: *La noche de los muertos vivientes*. El año de su realización es bastante significativo: 1968; en pleno auge de la sociedad de consumo, y el mismo año en que una explosión de rebeldía recorría la espina dorsal de la sociedad

capitalista. No tardaron en surgir secuelas de esta primera película, casi todas de una calidad ínfima, pero en una de ellas los zombis se daban cita en espacios muy frecuentados por ellos cuando estaban vivos: las grandes superficies comerciales. En la actualidad, los zombis han proliferado hasta la náusea: películas, series de televisión, cómics, novelas, y hasta en tratados de sociología sobre el tema.

Da la impresión, a juzgar por los acontecimientos, que lo único que se busca de forma generalizada es una vuelta a la situación anterior de narcosis, como si necesitáramos de nuevo la droga del consumo para poder seguir viviendo. La crítica radical al sistema de explotación capitalista ha quedado reducida a su mínima expresión, y parece que lo único que nos queda es una reforma del sistema: mitigar su voracidad y hacerlo más humano. Buscar en estas condiciones una salida parece tarea imposible, porque lo primero que se necesitaría sería que los individuos recuperásemos nuestra autonomía y se generalizase la acción colectiva en direcciones muy distintas a las que se nos propone. Pero la realidad es muy tozuda, y el sueño de la transformación social parece haberse convertido en una pesadilla... zombi.

Esta recuperación a la que hacemos alusión tiene que basarse en la afinidad («atracción o adecuación de caracteres, opiniones, gustos, etc., que existe entre dos o más personas», según una de las acepciones del diccionario). Esta organización, basada en la afinidad, es la que adoptaron todos los movimientos antiautoritarios que se han ido sucediendo a través de la historia, y es también la forma de organización que adoptaron y siguen adoptando muchos grupos anarquistas. La afinidad implica amistad, es decir, afinidad biológica. Así lo expresaba Michel de Montaigne, el gran amigo de La Boétie:

«Me parece que a nada nos encamina la naturaleza tanto como la sociedad; y ya dijo Aristóteles que los buenos

legisladores fueron más cuidadosos de la amistad que de la justicia. Mas el punto extremo de la perfección de una amistad consiste en que sea pura, porque los que forman la voluptuosidad, el provecho o la conveniencia pública o privada, son mucho menos generosas y bellas, y menos amistosas también, pues que mezclan a la amistad causas, fines y frutos ajenos a ella misma. Las cuatro especies antiguas de amistad —natural, social, hospitalaria y amorosa— no concurren, en efecto, a la amistad entera.

De hijos a padres, la amistad es, más que tal, respeto. La amistad se nutre de comunicación, cosa que entre padres e hijos no puede haber, por la mucha disparidad de ambos, y hasta quizá ofendería, si la hubiese, a las leyes naturales. Porque ni todos los pensamientos de los padres pueden transmitirse a los hijos, lo que engendraría inconvenientes, ni los consejos y correcciones, que son uno de los primeros deberes de la amistad, pueden ser ejercidos por los hijos sobre los padres».

Montaigne, Ensayos, XXVII.

Pero la afinidad implica, además, afinidad ideológica, es decir, compartir los mismos objetivos, aunque en ocasiones los métodos empleados sean diferentes, pero siempre manteniendo firme la voluntad de acabar con la dominación y destruyendo el principio de autoridad.

Etcétera, noviembre de 2013

La crisis, metáfora del capital

Lo primero que tendríamos que tener en cuenta es que la palabra «crisis» puede recubrir varias realidades, según se observe, y no quedarse solo en crisis financiera, pues también puede ser crisis energética, crisis ecológica, crisis cultural, crisis sistémica y de modelo de civilización.

Nos preguntábamos, entonces, qué pretende el capital con este impacto real y su proyección propagandística. La respuesta inmediata fue: provocar una sensación de temor que arrastre a la gente a la incertidumbre y el estupor, y por lo tanto a más sumisión, es decir, aumentar la resignación y el consenso y dar por insuperable este sistema. De tal manera que, el capital, en primer lugar, podría acelerar sus prioridades económico-políticas, es decir, incrementar la explotación y el proceso disciplinante sobre la sociedad: reducir salarios, reducir plantillas, aumentar la carestía de la vida, reducir la resistencia social y criminalizar a los sectores sociales que efectuasen una crítica y se enfrentasen a la ofensiva de esta sociedad capitalista. Por otra parte, el capital pretendía conseguir un gran trasvase de dinero, por medio de cargas e impuestos, o bien saqueando los ahorros, que quedará en poder de esta minoría capitalista. El Estado del capital ha facilitado este gran saqueo de dinero, pero también (en un proceso que comenzó antes, y que ahora continúa) de empresas y bienes llamados públicos, pues el Estado los montó con los impuestos recaudados a la población, y después los pasó a manos privadas.

Para nosotros, la mayoría de la población, la crisis representa una mayor precarización de nuestra subsistencia. Para el capital, la crisis representa seguir consiguiendo el máximo beneficio para unos pocos, a cambio del máximo maleficio para la gran mayoría. No es el capitalismo el que está en crisis, sino que es la dinámica del capitalismo la que nos pone en crisis a las personas, a la naturaleza, a las formas de vida,

es decir, a la humanidad en general. Por lo tanto, *la crisis es la metáfora del capital*, en tanto que nos explica el mundo por él producido. La crisis hace visible y pone de manifiesto lo que sucede cotidianamente a nuestro alrededor, y que esta misma cotidianidad oculta. Nos hace comprender mejor el sistema capitalista, ya que nos confronta con su verdadera naturaleza: la de poner en crisis el mundo y todo lo que en él habita. La crisis es la forma que el capital tiene para poder restablecer su tasa de ganancia, cuando padece problemas de acumulación. El capital ha hecho de la crisis un instrumento que le permite reorganizarse, al mismo tiempo que seguir acumulando beneficios, cada vez en un número más pequeño de individuos ocultos detrás de las sociedades anónimas.

En su recorrido histórico, el capital ha provocado diferentes crisis y, en cada una de ellas, ha habido una reestructuración del modelo productivo y de dominación. Señalaremos tres momentos:

1. En la segunda mitad del siglo XIX se da una crisis de valorización, a la que el capital hace frente mediante nuevas fuentes de energía: electricidad y petróleo; y una nueva organización del trabajo (OCT), consiguiendo así una mayor explotación de los trabajadores. No se puede olvidar, en esta época, la acumulación capitalista por el expolio colonialista.
2. El año 1929, cuando el *crack* de la bolsa, se produce una crisis de sobreproducción: la capacidad productiva superaba con creces la demanda. Esta crisis se alargará hasta 1945 y se resuelve con la Segunda Guerra Mundial, la más brutal y mortífera que ha conocido la humanidad. Será el pleno funcionamiento de la industria de guerra y el ciclo de destrucción y reconstrucción mundial, el que permitirá al capital entrar en una nueva etapa productiva: la del modelo keynesiano. En el sistema productivo industrial se impone el modelo fordista-taylorista, de

concentración obrera y productiva. En el llamado primer mundo, el trabajo no falta, se impone la sociedad del consumo; es la época de los electrodomésticos, la televisión y el automóvil. También se aplica a nivel mundial la industrialización de la agricultura y el sector terciario: industria del turismo, la cultura y el ocio. Asimismo, se impone una nueva forma de colonialismo económico.

Consumir será el primer mandamiento. El Estado se hará cargo de nuestra supervivencia, de todo el ámbito de la reproducción del que cuidaba, hasta entonces, básicamente la familia. Él se ocupará de nuestra salud, de la enseñanza en todas sus fases a partir de la crianza. Desposeídos en todos estos ámbitos de un saber tradicional, nos hará dependientes del Estado, instaurándose de esta manera la dependencia y la asistencia como estilo de vida. Es la sociedad del consumismo que hoy toca fondo.

3. El actual modelo de dominación capitalista se inicia en 1973, con la llamada crisis del petróleo, que es una crisis de rentabilidad. El capital buscará nuevas maneras de aumentar la rentabilidad de sus beneficios. La organización productiva la veía demasiado rígida, y la fábrica extensa o fordista representaba una concentración obrera demasiado peligrosa, un símbolo desde el que se podían conseguir, con luchas, muchas victorias y demasiadas reivindicaciones. El capital impone como sistema productivo el toyotismo y el modelo de producción disperso, basados en una gran flexibilidad de los trabajadores y en la deslocalización de las empresas. La flexibilidad laboral venía acompañada por la fragmentación de los trabajadores, por su atomización definitiva, así como por un aumento del paro y de la precariedad: contratos a tiempo parciales, bajadas de salarios, más horas de trabajo y un constante aumento de la carestía de la vida. La dispersión de la producción significa, ade-

más de condiciones de explotación más extremas, hacer más difícil detener el proceso de producción.

A partir de 1973 se empieza a poner fin al modelo keynesiano y se instaura, con el dominio ideológico de la economía-política mundial, la facción monetarista de la Escuela de Chicago, que conoceremos como neoliberales. No podemos olvidar que el neoliberalismo se pone en práctica sobre una feroz represión y la sangre de miles de asesinados, primero con los militares chilenos (a Pinochet acudieron corriendo Friedman y sus *Chicago Boys*), y después con los militares argentinos. Su expansión mundial se impone con los gobiernos de Thatcher en Gran Bretaña y Reagan en EE.UU. La doctrina keynesiana quedará arrinconada en el recuerdo de algunos nostálgicos, y la doctrina monetarista neoliberal triunfará como la ideología económico-política que aún sufrimos.

También es importante recordar que, en las décadas de 1980 y 1990, se produce un gran desarrollo de las nuevas tecnologías, primero la microelectrónica, la cibernética y la robótica, después la biomedicina, la tecnología molecular y las Tecnologías de la Comunicación y la Información (TICs). Esto propicia importantes cambios en el proceso productivo y en el sistema financiero, pero también en la estratificación social, en los medios de comunicación, en las instancias culturales y psicosociales; en la recomposición del mundo del trabajo y en las formas de lucha y organización.

Esta transformación, que por supuesto afecta a la esfera del trabajo y de los mercados, implicará al mundo entero. En los últimos treinta años se ha producido un acelerado proceso de proletarización que ha capturado a millones de personas en Asia, en América, también en África. Trabajadores altamente explotados, mal pagados, con jornadas de trabajo interminables, con alta insalubridad. Esta masiva proletarización ha producido grandes desplazamientos de la población, desarraigos y desposesiones.

Lo que sí ha hecho posible esta nueva y agresiva mundialización del capital, es que hoy se den al mismo tiempo todos los modelos productivos capitalistas. Podemos encontrar, incluso en el mismo territorio, el modelo altamente tecnológico e informatizado, y también el modelo manchesteriano de la *Satanic Mill* o *fábricas del diablo*, como las denominaba William Blake, donde se amontonan niñas y niños, mujeres y hombres, trabajando por sueldos miserables en unas condiciones de explotación como las que existían en el siglo XIX (la prueba: las más de mil muertes de la fábrica de Dacca, en Bangladesh).

Todas estas transformaciones provocan nuevos procesos disciplinantes en el mundo, y también en Occidente, donde nosotros nos encontramos. Un nuevo proceso de Contrarreforma se impone, no solo en la esfera del trabajo, donde no se contemplan o se pierden derechos conquistados con años de luchas y de muertes, sino también socialmente con el repunte de la religión y del nacionalismo en la teatralización política.

Una cadena de crisis nos ha golpeado a lo largo de los últimos cuarenta años: el *crack* financiero de 1987, la crisis monetaria de 1992-93, la de los mercados del sudeste asiático en 1997, la de las punto-com y la caída del NASDAQ en el 2000, etc. Además, unos 150 Estados, de los 194 que hay en el mundo, han sido golpeados por alguna crisis. Finalmente, en 2007-2008 entra en quiebra el sistema de crédito debido al impago de las hipotecas de alto riesgo, y nos meten en esta llamada crisis financiera que aún arrastramos.

Pero, ¿cuál es el relato que nos venden sobre el origen de esta crisis con la que se nos castiga? Pues que todo es culpa del mal funcionamiento del capital financiero, de los especuladores y corruptos; de esta manera, culpando a una pequeña parte del sistema, se da por bueno y justo el mismo sistema capitalista que produce todo esto. Cuando en realidad la crisis es la metáfora tras la cual se quieren ocultar las contradicciones del sistema capitalista y de su economía.

El capital cada vez invierte una parte menor de los beneficios en la parte productiva, derivando una parte importante de ellos a los sectores de la especulación financiera: ya en 1990 el importe total de las transacciones financieras representaban 15 veces más del PIB mundial, pero en el 2007 eran 70 veces más. El mercado financiero se convierte en el principal motor de ganancias, en financiador de inversiones y distribuidor de ingresos y beneficios. La globalización del sistema financiero realiza la esencia del dinero, en cuanto que máxima abstracción y fetichización.

Los capitalistas depositan las ganancias en el sistema financiero, para obtener más beneficios. Para mejorar y ampliar el proceso de producción industrial han de depender del crédito. La deuda aparece como parte imprescindible para el funcionamiento del sistema capitalista: de las empresas, del Estado (con la deuda soberana) y también las personas y familias, que se hipotecan con créditos al consumo que encubren los bajos salarios y el aumento constante del precio de los productos. Sin el crédito no funciona la producción, pero tampoco el Estado. La sociedad de consumo se colapsa sin crédito. Detrás de la deuda pública y privada encontramos, oculta, la cara del poder del dinero privado. El crédito es un avance del beneficio (o del salario) y necesita de un futuro, es decir, permite gastar dinero futuro. La compra de dinero crea ficticiamente nuevos dineros cogiéndolos del futuro y poniéndolos en el mercado del presente. Con el crédito, el futuro de las personas queda hipotecado, la deuda es un pagaré a futuro que coacciona y modela los comportamientos del presente.

Así llegamos a la situación de la crisis financiera actual, con la constatación de que el capital financiero en circulación está lejos de tener el valor que representa. Y la crisis estalla por el punto más débil: el impago de la deuda. Entonces el crédito se congela, se retrae la inversión, lo que

deriva en una disminución de la actividad económica, en la caída de la producción, el paro y la bajada del consumo: es la recesión. Por lo tanto, existe una doble conexión entre el capital financiero y el capital productivo: como inversor y deudor. Aunque aparentemente toman caminos paralelos, el punto de encuentro de ambos son los numerosos beneficios que reportan a una minoría capitalista.

También existe una conexión entre el Estado y el capital, ya que históricamente fue la burguesía la clase que se apoderó del Estado, formando el Estado del capital que nos gobierna y somete. Esta jerga de la ilusión democrática, de un espacio separado, garante de la voluntad general, en el cual seríamos todos iguales, ciudadanos, es un cuento; como decía León Felipe: «No me contéis más cuentos / que vengo de lejos / y me sé todos los cuentos / No me contéis más cuentos».

Sobre la situación en el Estado español, cuando vemos que la mayor fuente de acumulación la constituye la asociación de especuladores de la banca, el turismo, el sector de la construcción e inmobiliario, su radiografía se pinta sola. Añadamos a esto el elevado índice de paro, que es estructural: en el año 1992, el Año Olímpico, el paro llegó hasta el 24'5 %; actualmente el paro general es del 26'6 % y, el juvenil, del 57'4 %; en Andalucía llega al 67'5 %.

Asistimos, pues, en los últimos años, aquí, en la región española, a un continuo empeoramiento de las condiciones de vida: lo real de la crisis se muestra con el aumento de los desahucios, del paro, de la pobreza, de los suicidios, de las medidas disciplinarias, de la represión, de la corrupción, del despilfarro, de las reestructuraciones, de las deslocalizaciones, de los EREs, y por el aumento de las políticas represivas y de aquellas que conllevan mayor precariedad a la mayor parte de la población.

Ante tal agresión a nuestras condiciones de vida, aparecen la rabia, la rebeldía, el ansia de libertad, las acciones y gestos diarios que se oponen a este castigo constante.

No queremos hacer una lectura idealista de las protestas y de las resistencias que la actual fase capitalista genera, y ahorrarnos así plantearnos el problema de la domesticación que lleva a cabo la dominación capitalista y la cuestión de la servidumbre voluntaria, pero tampoco queremos caer en el tópico izquierdista radical de solo ver en la gente productos de la alienación que el modo de producción de mercancías introduce.

Sabemos de las respuestas de la población explotada por el capital a lo real de esta crisis.

Por ejemplo, la lucha de la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH), que entre otras muchas acciones ha ocupado y liberado varios edificios de viviendas. En Catalunya: en Terrassa, Sabadell, Salt, Rubí, Blanes, Vilanova i la Geltru, Badalona, Manresa... y la lucha del bloque liberado en Salt, Girona.

En Sevilla, el 17 de mayo de 2012 tiene lugar la ocupación de un bloque de viviendas que la entidad financiera Ibercaja mantenía cerradas y vacías; allí tiene lugar un ejemplo de actividad solidaria y ayuda mutua, protagonizado principalmente por mujeres, en la Corrala La Utopía. Ahora, un año después, una decena de Corralas se han formado en Andalucía: en Triana, el Cerro del Águila, Alcalá de Guadaira, Tocina-los Rosales, Villanueva del Río, Málaga... y les han dado nombres tan sugerentes como Corrala Liberación o La Alegría, La Ilusión o La Esperanza, El Sueño o La Libertad, o corrala Las Luchadoras.

Desde 2011m los vecinos del barrio de Sants de Barcelona ocupan los locales de la fábrica textil de Can Batlló que empezó a funcionar en 1878, lugar de encierro y explotación que pasa a ser centro de actividades libres. La ocupación de la

antigua sede de la Cooperativa de Consumo la Flor de Maig, en el barrio de Poblenou de Barcelona, por un grupo de vecinos de la Asamblea de Poblenou; fundada en 1890 por una decena de obreros, llegó a ser, en 1936, una de las Cooperativas de Consumo más grandes de la Península Ibérica.

Estos son solo unos ejemplos de una corriente, unas veces soterrada y otra más visible, de rabia e indignación que recorre la Península Ibérica.

También la conflictividad obrera refleja y esconde la situación actual de la lucha de clases. Desde el inicio de la crisis se han reactivado las luchas obreras, si bien, mayoritariamente, tienen un carácter defensivo, principalmente contra los EREs y las reducciones de salarios y plantillas. De hecho, el Estado español es el segundo Estado europeo con una tasa de movilización obrera más alta, solo superado por Italia. También es uno de los Estados con más baja afiliación sindical, un 15 %; solo Estonia, Lituania y Francia tienen una afiliación sindical más baja, sobre un 10 %.

El año 2009 se contabilizaron 1.125 huelgas, en las que participaron 650.000 trabajadores, con una pérdida de 1.290.852 jornadas de trabajo. En los siguientes años hay un descenso en el número de conflictos. Así, en 2010, se dan 948 huelgas, que significan 671.498 jornadas de trabajo perdidas; frente a las 777 huelgas de 2011, con 484.54 jornadas no trabajadas. Sin embargo, en 2012 se realizaron 1.284 huelgas, en las que participaron 3.931.644 trabajadores y representaron 40,5 millones de horas de trabajo perdidas, unas 5 millones de jornadas no trabajadas.

Desde 2008 ha habido cuatro huelgas generales: en 2010, 2011 y dos en 2012; además de ocho huelgas generales en Euskal Herria desde que se inició esta crisis. También en 2012 tuvo lugar el conflicto de la minería, por una cuestión defensiva de reducción de las subvenciones, que provocó una huelga general del sector y una larga marcha de los mi-

neros hasta Madrid. No se pueden olvidar las movilizaciones en los sectores de la enseñanza y la sanidad.

De las huelgas desarrolladas este año, hay que resaltar la iniciada el 3 de junio en forma de huelga indefinida en las plantas de Hewlett Packard de Zaragoza y de Sant Cugat del Vallès, que afectó a sus 2.100 trabajadores, contra la bajada de salarios y recortes de condiciones laborales. Ha sido la mayor huelga en el sector informático español. Después de nueve días de huelga, la empresa se avino a la mayor parte de las condiciones exigidas por los trabajadores. Hay otras: la huelga, también victoriosa, de los servicios de limpieza de Madrid; la huelga de los trabajadores de Panrico en Santa Perpetua de Mogoda que, a pesar de la traición de los sindicatos, continúa. Ahora el sector de los astilleros navales está movilizado.

Volvamos al principio: La crisis es la metáfora del capital, que nos da a entender el mundo por él producido... pero, ¿de qué nos sirve este saber? ¿Cómo hacerlo operativo en la dirección de un cambio social necesario para salir de la barbarie actual? ¿Cómo movilizarnos contra las consecuencias del capitalismo y contra el capital mismo?

El mismo capital está liquidando su fase asistencial. Imposible volver atrás. Luchar contra las medidas que el capital está imponiendo, luchar contra los recortes en sanidad, enseñanza, pensiones, no ha de ser para querer regresar al estadio anterior, dejando de nuevo nuestras vidas en manos del Estado, sino para, en estas luchas, en este recorrido, apropiarnos nosotros de nuestras vidas, desplegando nuestros saberes, nuestras razones: la ayuda mutua, la solidaridad, el trueque, la afinidad, el don, la gratuidad. Recorrido contra las instituciones del Estado y a favor nuestro, sin caer en la ilusión de que con ello salimos ya del capitalismo, lo que sería banalizar un modo de producción y de vida, una relación social.

Texto preparado para la charla del XI Encuentro del libro anarquista de Madrid

Etcétera, diciembre de 2013

Otros libros de la misma colección

El timón y los remos

Ob skené

Comunización

Crítica de la Internacional Situacionista

Guerra, capital y petróleo

Otros títulos publicados

El 1000 y la OLLA

The Housing Monster

Abajo los restaurantes

Redes de solidaridad de Seattle

Decimocuarto asalto

Para que no me olvides

Bienvenidos a la máquina

Que llegue un día tan maravilloso como hoy

La Comuna de París

Ormai è fatta!

Todavía suspiro

Diario e ideario de un delincuente

Del Tiempo En Que Los Violentos Tenían Razón

Maderos, cerdos, asesinos

No podréis pararnos

Por la memoria anticapitalista

Historia de 10 años

Los Incontrolados

PUEDES DESCARGAR O COMPRAR NUESTRAS EDICIONES EN

www.editorialklinamen.net





